

La Llave de Oro
para el
Evangelismo

Por Ray Comfort

Contenido

Prólogo, por Kirk Cameron	3
Prefacio	4
1. Crecimiento espectacular	5
2. La salida de los problemas	11
3. Un estilo de vida sin vida.....	17
4. El propósito de la Ley.....	23
5. Nuestra columna vertebral quebrada	29
6. La clave estaba en el dobléz	34
7. Cuerpos destrozados	42
8. Lo asombroso de la gracia	49
9. ¿De qué huyeron?	55
10. El motivo y el resultado	66
11. La experiencia, la prueba verdadera	71
12. La insignia de la autoridad	80
13. ¡No me deje así!.....	86
14. Tome las dos tablas y llámeme cuando esté lamentándose	90
15. Un Dios airado.....	98
16. El misterio de los peces	103
17. El misterio resuelto	108
18. La carga por los perdidos	111
19. El Hombre Rico	117
20. ¿De quién son las galletas?	125
21. Invasores del contenido del Arca Perdida.....	132
22. ¿Y qué hay de mi abuelita?.....	138

Prólogo

Cuando vine a Cristo a la edad de 18 años, vine como un actor joven y muy próspero que había escuchado acerca de un vacío en mi corazón. Vine esperanzado con la idea de que Dios era real, que Dios era amor, que Él llenaría ese vacío y que Él me podría sanar. Invité a Jesús a mi corazón, me arrepentí de mi pecado, y esperé que las promesas de paz, amor, gozo y felicidad duradera que había hecho un predicador fueran verdaderas.

Después de trece años puedo decir, con toda honestidad, que nada puede compararse con el gozo de conocer a Jesucristo. Pero después de leer La Llave de Oro para el Avivamiento caí de rodillas en oración, con quebrantamiento y gratitud. Dios ha usado este libro para abrir mis ojos y cambiarme para siempre. Este libro conmovió mis fundamentos y me hizo inspeccionar no solamente la manera en que presento el Evangelio, sino mi propio entendimiento del Evangelio.

La Llave de Oro para el Avivamiento también ha conmovido mi tibio interés por mis familiares y amigos que no son salvos. Al fin puedo entender por qué Pablo se sentía deudor de todos, y constreñido a compartir el Evangelio. He quitado todos los libros de una de mis estanterías, y sólo he dejado la Biblia y La Llave de Oro para el Avivamiento.

Este libro es un golpe devastador al secreto mejor guardado de Satanás, el diablo no lo ha podido detener, y ahora ha caído en tus manos. Léelo con cuidado y prepárate para ser conmovido. Su mensaje es poderoso y cambia la vida. Espero que cada cristiano pueda leer este libro.

Que Dios te bendiga con un entendimiento más profundo de su verdad y su amor, y que te dé su poder y su propia pasión para alcanzar a los perdidos.

KIRK CAMERON

Prefacio

Un día a principios de los años ochenta, mientras esperaba que mi avión despegara, vi que alguien sentado delante de mí había sacado un periódico del bolsillo dejando una pequeña porción de papel que apenas sobresalía del bolsillo del asiento. Me incliné hacia delante, cogí el papelito y me dije en voz baja: “Podría ser una palabra del Señor”. Al darle la vuelta me quedé boquiabierto al leer: “Aún tengo muchas cosas que deciros, pero ahora no las podéis sobrellevar” (Juan 16:12). Recuerdo que las palabras “ahora no las podéis sobrellevar” me llamaron poderosamente la atención.

Después de un año, me enfrenté con la experiencia más profunda, oscura y temerosa de mi vida. Me dejó tan quebrantado por más de un año, que no tuve el suficiente ánimo para comer ni una sola vez con mi familia. Tardé cinco largos años en recuperarme de esta experiencia. Ahora entiendo lo que significa la palabra “sobrellevar”. En el idioma original significa “aguantar, declarar, recibir”. Me llevó al punto donde pude recibir, aguantar y declarar las muchas cosas que aprendí. Este libro trata de esas “muchas cosas”.

1 - Crecimiento Espectacular

Vivimos en tiempos emocionantes. Por todo nuestro alrededor vemos señales del final de los tiempos. Nación se levanta contra nación. Hay guerras, terremotos, hambre y violencia. Los judíos otra vez están en Jerusalén. La ciudad ha llegado a ser una pesada carga para las naciones. Jesús dijo que la iniquidad abundaría y ciertamente así está sucediendo. Al mismo tiempo, hemos visto el fenómeno increíble del levantamiento de mega-iglesias con congregaciones de decenas de miles de miembros. Hemos oído de millones de personas viniendo al Señor en Rusia, China y África. Pequeños avivamientos están brotando en diferentes lugares del mundo. Estos son tiempos emocionantes.

Con toda la emoción, parece que muy pocos se han fijado en algunas inconsistencias en las estadísticas. En 1996 se llevó a cabo una encuesta por el Instituto Alan Guttmacher de Nueva York, y se halló que

un 18 por ciento de las pacientes que abortaron se describen a sí mismas como cristianas renacidas o evangélicas.
(US. News & World Report, 19 de Agosto de 1996)

Esto quiere decir que, de las que asesinaron a su propio hijo, casi una de cada cinco personas profesaban fe en Jesucristo. Esto no concuerda con la verdad de que los cristianos deben amar a Dios y a su prójimo como a sí mismos.

En 1994 el Grupo de Investigaciones Barna (Barna Research Group) encontró más pruebas de que no todo va bien en la iglesia contemporánea. Una encuesta reveló que uno de cada cuatro adultos norteamericanos que decían ser cristianos nacidos de nuevo, creen que Jesucristo pecó mientras estaba en la tierra. Piense por un momento en las implicaciones de tal teología. Aquí tenemos a millones de creyentes que confiesan que Jesús es el Señor, pero aún creen que Él pecó. Por eso creen que la Biblia se equivoca cuando dice que Jesús “no conoció pecado” (2 Corintios 5:21), que “fue tentado en todo según nuestra semejanza, pero sin pecado” (Hebreos 4:15), y que Él “no cometió

pecado, ni se halló engaño en su boca” (1 Pedro 2:22). Esto también significa que Cristo no fue el Cordero sin mancha, como lo declara la Escritura. Su sacrificio no era perfecto, y eso implica que, puesto que Dios aceptó su muerte como expiación por nuestro pecado, Él mismo tiene una naturaleza corrompida.

Tristemente, la única conclusión lógica a la que tenemos que llegar es que estas multitudes que profesan fe en Jesús, en realidad no conocen lo que es una verdadera regeneración.

Hace algunos años, el Grupo de Investigaciones Barna llegó a la conclusión de que el sesenta y dos por ciento de los norteamericanos profesa tener una relación significativa con Jesucristo. Pero una encuesta hecha al mismo tiempo mostró que de estas personas que decían tener una relación significativa con Jesús, sólo un diez por ciento era lo que la encuesta llama “una especie diferente”:

Son más tolerantes con las personas de un contexto social distinto. Están involucrados en actividades de caridad. Están involucrados en cristianismo práctico. Están absolutamente dedicados a la oración.

Esto suena como cristianismo normal y bíblico. Quiere decir que hay mucha gente que dice que Cristo es importante para ellos, aunque ellos mismos no son una especie diferente. No están involucrados en obras buenas ni son tolerantes con otros. Tampoco están involucrados en un cristianismo práctico, ni están dedicados a la oración. Eso quiere decir que hay millones de personas en Estados Unidos que insinúan que pertenecen a Jesucristo, pero cuyas vidas no concuerdan con sus afirmaciones. Otra encuesta llevada a cabo halló

muy poca diferencia entre el comportamiento de las personas que asisten a una iglesia y el de las que no asisten, en cosas como mentir, defraudar o robar.

Se nos dice que el 91 por ciento de las personas miente regularmente en su trabajo o en su casa, que el 86 por ciento miente regularmente a sus padres y que el 75 por ciento miente regularmente a sus amigos (*El día en que América dijo la verdad*). El 92 por ciento

posee una Biblia, pero solamente el 11 por ciento la lee a diario. Las encuestas también demuestran que el 90 por ciento de los estadounidenses ora, pero el 87 por ciento no cree en todos los Diez Mandamientos. Para terminar con esto, el 61 por ciento cree que las relaciones sexuales antes del matrimonio no son algo moralmente malo.

Cuando estoy en un hotel, normalmente busco los canales de televisión para encontrar algo que merezca la pena ver. Muchas veces esto significa cruzar las aguas contaminadas y sucias de MTV. Si hay algo que simboliza esta generación mal hablada, sexualmente pervertida, depravada, blasfema y rebelde, es MTV. Un artículo de diciembre de 1995 de la revista *Youth Leader* dice:

Son más los jóvenes “cristianos” que ven MTV cada semana (42 por ciento), que los no cristianos (33 por ciento), según una encuesta del Grupo de Investigaciones Barna.

El artículo continúa diciendo que, de estos mismos jóvenes, un 60 por ciento ora diariamente, y un asombroso 72 por ciento lee la Biblia. Sin embargo, un 66 por ciento confiesa que durante los últimos tres meses ha mentido a uno de sus padres o a un maestro, un 55 por ciento ha tenido relaciones sexuales prematrimoniales, un 55 por ciento ha copiado en un examen y un 20 por ciento se ha emborrachado o ha consumido drogas ilegales.

Un líder de jóvenes cristiano fue entrevistado recientemente en un programa nacional de radio. Con mucha preocupación habló del hecho que los jóvenes abandonan la iglesia masivamente. Y dio la razón número uno por la que le dan la espalda a Dios. El había investigado el por qué, y halló que fue por falta de oportunidades en la iglesia, dando a conocer que la iglesia debería dar más oportunidades a los jóvenes.

Pregunte a cualquier pastor si hay oportunidades para servir dentro de la iglesia, y sin duda le hablará de la falta de gente para enseñar en la escuela dominical, visitar a los enfermos y a los ancianos, acompañar al equipo de evangelismo, limpiar el edificio de la iglesia, etc.

La verdad es que si alguien es un Judas de corazón, hallará cualquier excusa para volverse al mundo. Si se le hubiera dado un

formulario de encuesta a Judas para que lo rellenara, sin duda habría tenido muchas justificaciones por su traición al Salvador y por su desvío.

- Fue humillado públicamente por Jesús cuando sugirió que se diera el dinero a los pobres.
- Se sintió profundamente rechazado por no ser parte del círculo íntimo.
- Necesitaba el dinero.
- Los principales sacerdotes le obligaron hacerlo.
- El diablo le obligó a hacerlo.
- Las responsabilidades financieras llegaron a ser demasiadas para él.
- Fue abusado como niño.
- Tenía síndrome de traición.
- No tuvo un buen padre.
- No pensó que sus actos tuvieran las repercusiones terribles que tuvieron.

Hay los que creen que Judas nunca fue cristiano. Tienen mucha razón. Jesús dijo: “uno de vosotros es un diablo”. Ahí hay una buena indicación.

Judas Iscariote era un hipócrita. No tenía idea de quien era Jesús. Se quejó pensando que un acto de adoración sacrificial era un desperdicio de dinero. Pensó que el unguento costoso con que la mujer ungió a Jesús debería haberse vendido para dar el dinero a los pobres. Jesús de Nazaret no merecía tal extravagancia. En su mente, Jesús sólo valía aproximadamente treinta piezas de plata.

La Biblia nos dice que Judas estaba mintiendo cuando dijo que le preocupaban los pobres. En verdad era un ladrón a quien le faltaba tanto el temor de Dios que incluso robó dinero de la bolsa (Juan 12:6).

LA CLAVE DE LAS PARÁBOLAS

Cuando Jesús enseñó a sus discípulos la Parábola del Sembrador, estos no entendieron su significado. Él les dijo: “¿No sabéis esta parábola? ¿Cómo, pues, entenderéis todas las parábolas?” (Marcos 4:13). En otras palabras, la parábola del sembrador es la clave para descubrir todos los misterios de todas las demás parábolas. Si algún mensaje sobresale de la parábola es la verdad de que, cuando se predica el Evangelio, hay conversiones falsas y verdaderas. Esta parábola habla del oidor de tierra espinosa, de tierra pedregosa y de buena tierra, de verdaderas y falsas conversiones.

Habiéndose establecido esta premisa, entonces la percepción de lo que Jesús enseña en el resto de las parábolas acerca del reino de Dios empieza a hacerse más clara. Si alguien capta la verdad de que lo verdadero y lo falso están uno junto al otro, entonces las otras parábolas cobran sentido: el trigo y la cizaña (verdadero y falso), el buen pescado y el malo (verdadero y falso), las vírgenes sabias y las necias (verdaderas y falsas), las ovejas y las cabras (verdaderas y falsas).

Después de la parábola del trigo y la cizaña, Jesús pronunció la parábola de la red:

“Asimismo el reino de los cielos es semejante a una red que echada al mar, recoge toda clase de peces; y una vez llena, la sacan a la orilla; y sentados recogen lo bueno en cestas, y echan fuera lo malo. Así será el fin del siglo: saldrán los ángeles, y apartarán a los malos de entre los justos, y los echaran en el horno de fuego; allí será el lloro y el crujiir de dientes. Jesús les dijo: ¿Habéis entendido todas estas cosas? Ellos respondieron: Sí, Señor”. (Mateo 13:47-51).

Note que los peces malos y los buenos estaban juntos en la misma red. El mundo no es captado en la red del reino de los cielos, ellos se quedan en el mundo. Los peces malos que se capturan son los que responden al evangelio “el logro evangelístico”, y permanecen junto a los buenos hasta el día del juicio.

Judas era un falso convertido. Parece que él era un oyente de tierra espinosa. La Biblia nos habla de este tipo de oyente: “pero los afanes de este siglo, el engaño de las riquezas, y las codicias de otras cosas, entran y ahogan la palabra, y se hace infructuosa” (Marcos 4:19). Algunas de estas personas que profesan ser cristianos, se quedan en la iglesia, y otras se van.

Los falsos convertidos tienen una medida de espiritualidad. Judas la tuvo. Él convenció a algunos de los discípulos de que sinceramente le preocupaban los pobres. Pareció tan digno de confianza que fue el encargado de las finanzas. Cuando Jesús dijo: “Uno de vosotros me traicionará”, los discípulos no apuntaron el dedo al fiel tesorero, sino que sospecharon de sí mismos, diciendo: “¿Soy yo, Señor?” Por eso no es sorprendente que tan pocos en el cuerpo de Cristo jamás sospechen que estamos rodeados por los que pertenecen a la categoría de Judas. Aun así, las campanas de alarma deben sonar cuando observamos estadísticas como las citadas anteriormente. Las campanas de advertencia deberán sonar cuando la iglesia, que debería tener gran influencia en la política, no la tiene, y cuando su empuje llega a ser tan débil. Con nuestros millones de creyentes ni siquiera hemos podido prohibir la matanza de los no nacidos. Algo va radicalmente mal. Pero antes de ver el remedio, veamos la causa.

2 - La Salida de los Problemas

A la luz de estas alarmantes estadísticas, pocos pueden negar que la Iglesia en su totalidad queda muy lejos de la Iglesia poderosa, disciplinada y santificada del libro de los Hechos. Esto ha sucedido porque nuestro enemigo ha cambiado muy sutilmente el enfoque de nuestro mensaje. En vez de predicar las buenas nuevas, que el pecador puede ser justificado en Cristo y escapar de la ira venidera, hemos rebajado el Evangelio al mensaje de que podemos ser felices en Cristo y escapar de los problemas de esta vida.

Una de las editoriales más grandes de Estados Unidos editó recientemente una publicación de gran calidad que resume la promesa de una vida sin problemas, y que se titulaba: *¿Hay una salida?* En ella se lee:

Cada uno está buscando una salida a sus problemas. No hay una salida fácil. No lograrás respeto por juntarte con una pandilla. No hallarás el amor en el asiento trasero de un coche. Nunca hallarás el éxito dejando de ir a la escuela. Y las probabilidades de ganar la lotería son una entre un millón. Si de verdad buscas mejorar tu vida, entonces intenta el camino de Dios. Dios llega a la causa de la mayoría de nuestros problemas: el pecado.

Puede sonar admirable, e incluso “bíblico”, el anunciar a los pecadores que el cristianismo ofrece “la salida a sus problemas”, pero ésa no es la verdad.

Parece que estamos tan atrincherados en el evangelismo tradicional que no igualamos la vida real con el mensaje que predicamos. No es una exageración decir que las palabras que siguen se oyen frecuentemente en muchas iglesias los domingos por la mañana (yo sé, por experiencia, tras muchos años de ministerio itinerante, que esto sucede con frecuencia):

“Dios te ama y tiene un plan maravilloso para tu vida. Él quiere que tengas felicidad verdadera y quiere llenar el vacío de tu corazón, que tú has intentado llenar con sexo, drogas, alcohol o dinero.

Jesús dijo: “Yo he venido para que tengan vida, y que la tengan en abundancia”; así que ven adelante ahora mismo y entrégale tu vida a Jesús, para que puedas experimentar esta maravillosa vida nueva en Cristo.

Mientras vienen, vamos a orar por la familia Mendoza, quien perdió sus dos hijos en un accidente esta semana. Al hermano Peña le han diagnosticado un cáncer. Recuerden orar por toda la familia. Su esposa tuvo otro aborto el martes y sus dos hijos padecen de asma crónica. La hermana Orozco se cayó y se rompió la cadera. Ella es una creyente tan preciosa... Ha tenido prueba tras prueba en su vida, especialmente desde la muerte de su esposo Ernesto. El anciano Cumbres perdió su trabajo la semana pasada. Esto dificultará las cosas para la familia Cumbres, siendo que se aproxima su operación de circunvalación triple. La hermana Núñez falleció a consecuencia de una crisis renal el lunes por la noche. Sigán orando por la familia Núñez ya que ésta es su tercera tragedia en este año.

¿Cuántos de ustedes en esta mañana necesitan oración por enfermedad o tienen problemas con depresión? ¿Tantos? Sería mejor que se quedaran en sus asientos, y tendremos oración todos juntos.

Permítame hablarle de algunos de mis amigos cristianos que viven en el mundo real. Un matrimonio fue un día a una reunión. Su hijo menor se fue allí solo. De camino a casa, mi amigo, el esposo, se encontró con un accidente, y se paró para ayudar. Al ver el interior de un vehículo, encontró a su propio hijo muerto sobre el volante.

El pastor de una iglesia en donde colaboré fue llamado a levantarse a las 3:00 de la mañana para dar consejo a un hombre que estaba esperando en la sala de estar de su casa. Al entrar a la sala, este hombre

empezó a despedazarlo con un machete. El pastor casi murió, y quedó tan maltrecho que ahora es incapaz de ministrar. De hecho, necesita de cuidado las veinticuatro horas del día.

Otro amigo pastor se dio cuenta que su esposa tenía esclerosis múltiple. Esta enfermedad terrible le dejó a él como el único capaz de cuidar de sus tres jóvenes hijos. Más tarde, a él mismo le fue diagnosticado un cáncer.

Uno de mis artistas gráficos se casó con una mujer cuyo esposo cristiano murió de cáncer, dejándola sola para criar a cinco hijos. El matrimonio iba bien, hasta que ella se fue con otro hombre. Dejó a mi amigo con el hijo que era de él. Poco después, alguien entró en su casa y le dio una paliza. Tuvieron que llevarlo a un hospital para que recibiera tratamiento.

Otro amigo encontró a su esposa muerta en circunstancias extremadamente trágicas que no tengo la libertad de describir.

El 19 de junio de 2000, cinco de los aprendices de Misiones Nuevas Tribus levantaron su tienda durante una tormenta violenta en Mississippi. Jenny Knapp, una señorita atractiva de veinte años, notó que el techo se estaba cayendo y levantó el poste de la tienda para levantarlo. De repente, un rayo golpeó el poste y atravesó su cuerpo, provocándole quemaduras de segundo grado en cara, brazos y espalda. Sus amigos lograron reanimar su cuerpo aparentemente sin vida, y la llevaron con prisa al hospital, donde la admitieron en la unidad de cuidados intensivos. La joven misionera se recuperó, pero está terriblemente cicatrizada y parcialmente ciega. Es una verdad triste de la vida, pero en el mundo verdadero los relámpagos caen sobre los justos y los injustos.

Al menos una iglesia que conozco ya ha notado la paradoja. Antes se llamaba “La Iglesia Feliz”, pero, por alguna razón, decidió recientemente cambiar de nombre.

Creo que si todavía queremos aferrarnos al “Dios te ama y tiene un plan maravilloso para tu vida” deberíamos esconder el *Libro de los Mártires de Fox* de los ojos de los pecadores. Hablando del martirio,

¿alguna vez ha pensado en qué sería estar junto con su familia en la arena romana mientras entran los leones hambrientos? ¿Alguna vez ha considerado qué sería ser devorado por unos leones? Yo sí. Tengo una gran imaginación. ¿Qué le daría de comer primero al león? ¿Su brazo? ¿Cuánto tiempo permanecería consciente mientras el león le come?

¿Se puede imaginar lo que sentiría habiendo llevado a sus seres queridos a orar la oración del penitente, usando el gancho del plan maravilloso? Suponga que les había leído un libro de un hombre de Dios ampliamente conocido y respetado, en el cual se lee:

Todos están buscando la felicidad. Entonces, ¿por qué no hay más personas que experimentan esta felicidad? De acuerdo a la Biblia, la verdadera felicidad solamente se halla a la manera de Dios.

¿Qué le diría a su familia amada, al ver sus ojos aterrorizados? ¿Cómo podría reconciliar la palabra maravilloso con la verdad de que los dientes feroces del león le destrozan, pedazo a pedazo?

Estos son pensamientos terribles, pero no son sólo mis fantasías. Multitudes de mártires han sufrido torturas inexplicables por el nombre de Jesucristo. No debería haber sido una sorpresa cuando la persecución golpeó a la iglesia primitiva. Jesús les advirtió de la verdad, que tendrían que dar sus vidas por causa de Su nombre. Él también dijo: “El hermano entregará a la muerte al hermano, y el padre al hijo. Y los hijos se levantarán contra los padres, y los harán morir. Y seréis aborrecidos de todos por causa de mi nombre” (Mateo 10:21,22).

La historia nos cuenta la suerte de los apóstoles:

- Felipe: crucificado. Frigia, 54 d.C.
- Bernabé: quemado. Chipre, 64 d.C.
- Pedro: crucificado. Roma, 69 d.C.
- Pablo: decapitado. Roma, 66 d.C.
- Andrés: crucificado. Acaya, 70 d.C.
- Mateo: decapitado. Etiopía, 60 d.C.
- Lucas: colgado. Atenas 93 d.C.

- Tomás: matado a punta de lanza. Calamina, 70 d.C.
- Marcos: arrastrado hasta la muerte. Alejandría, 64 d.C.
- Santiago (el menor): apaleado hasta la muerte. Jerusalén, 66 d.C.

La persecución siempre ha sido la porción de los piadosos. De acuerdo a la Escritura, “fueron atormentados, experimentaron vituperios y azotes, y a más de esto, prisiones y cárceles. Fueron apedreados, aserrados, puestos a prueba, muertos a filo de espada; anduvieron de acá para allá cubiertos de pieles de ovejas y de cabras, pobres, angustiados, maltratados; de los cuales el mundo no era digno; errando por los desiertos, por los montes, por las cuevas y las cavernas de la tierra” (Hebreos 11:35-38).

Quizá algunos argumentan que la vida cristiana es un plan maravilloso porque Dios hace que todo sea para el bien de los que le aman (Romanos 8:28). Esta verdad es maravillosa, en el sentido más verdadero de la palabra. Sin importar lo que sucede, el creyente puede gozarse en esta promesa.

En 1995, cuando Li De Xian fue tomado cautivo por su fe en su tierra natal, China, sin duda él sabía que el Señor haría que todo obrara para su bien. Cuando fue golpeado con un palo pesado en la ingle y el abdomen hasta que vomitaba sangre; golpeado en la cara con su Biblia y dejado desangrándose en el suelo, esta promesa permaneció firme.

En 1413 se invitó a Juan Huss a comparecer ante el Concilio de la Iglesia Romana en Constancia. Cuando fue enviado a la prisión por diecinueve meses, esperando su sentencia por su fe, sin duda supo que Dios haría que las cosas obraran para su bien. Cuando fue quemado vivo, y su cuerpo carbonizado y muerto cayó sobre la ceniza, esta promesa maravillosa (que Dios haría que ese horror tan indecible obrara para su bien) permaneció firme.

De acuerdo a un estudio de la Universidad de Regent, hubo aproximadamente 156,000 mártires en el año 1998. La promesa de Dios también era verdadera para cada uno de estos hijos suyos.

Si es maravilloso que nuestro Creador haga que todas las cosas obren para nuestro bien, que saca algo bueno de cada agonía que sufren nuestros hermanos, entonces ¿Por qué no deberíamos usar esta verdad como carnada para pescar hombres? Simplemente, porque no es bíblico hacerlo así. Lea con atención el libro de los Hechos, y compruebe si alguno de los discípulos dijo a los pecadores que Dios los amaba y tenía un plan maravilloso para sus vidas. En lugar de esto, sus oyentes eran criminales culpables, enemigos de Dios que desesperadamente necesitaban la justicia; los discípulos no estaban para decirles que podrían “amplificar sus vidas con el plan maravilloso de Dios”. Para el pecador la palabra maravilloso tiene significado positivo, no negativo, como machetes, odio, persecución, golpes y martirio. Si responden a un mensaje solamente para mejorar sus vidas, se desilusionarán y perderán su fe al venir la persecución. Por esto mismo, muchos responden como experimento, simplemente para ver si la vida maravillosa realmente es tan buena como la hacen parecer. (Investigue y observe si alguno de los discípulos decía a los pecadores que Dios los amaba y tenía un plan maravilloso para su vida).

Jesús no protegió al nuevo convertido, Saulo de Tarso, de lo que le esperaba como cristiano. El dijo: “Yo te mostraré *cuánto te es necesario padecer* por mi nombre” (Hechos 9:16, cursiva añadida). Esteban fue cruelmente muerto a pedradas por su fe. Santiago fue muerto a filo de espada. Juan el Bautista también sintió el hierro afilado de la persecución. A través de los siglos, los cristianos han sido odiados, perseguidos, echados a los leones y, como Huss, quemados por causa del Evangelio.

A la luz de cristianos siendo quemados por su fe en el África Central en febrero del 2000, el mensaje “Dios te ama y tiene un plan maravilloso para tu vida”, probablemente se aplique solamente a los Estados Unidos. Esto puede haber sido el caso de Cassie Bernal, que fue tiroteada en la cabeza el 20 de abril de 1999, cuando respondió “sí” a la pregunta “¿crees en Dios?”

Si la persecución y las dificultades son las realidades de la vida cristiana, entonces, ¿por qué escogería alguien, con su mente en buen estado, ser cristiano? ¿Qué llevaría a alguien al Salvador si no fuera la

promesa de una nueva vida maravillosa en Cristo? Veremos esto en el siguiente capítulo.

3 - Un Estilo de Vida Sin Vida

Probablemente hay una respuesta razonable a la pregunta: “¿De verdad Cristo resuelve los problemas de los pecadores?” Si los que dicen que “Jesús resuelve problemas” se han “convertido” bajo el mismo Evangelio que ellos propagan, y ellos mismos no se han arrepentido, puede haber un poco de verdad en lo que están diciendo. Si siguen viviendo desordenadamente, entonces no tienen batalla con el mundo, la carne y el diablo. Son amigos del mundo. Siguen la corriente del mundo en vez de ir contra la corriente del mundo, y por eso no son atribulados en el mundo. Porque no viven “piadosamente en Cristo Jesús”, no “padecen persecución”. (2Timoteo 3:12). No son odiados por causa de su nombre, porque sus vidas en nada difieren de las del mundo. Viven en la carne, y por eso no tienen luchas por hacer morir a la carne.

Tampoco luchan contra el diablo. En verdad, él se goza de lo que ve. Han hallado “religión”, y piensan que con ir a la iglesia una hora el domingo por la mañana, ya están en paz con Dios. Así alivian su conciencia acusadora. Se han añadido a la membresía de la iglesia, disfrutan la música, las actividades sociales, las amistades y los muchos otros beneficios del cristianismo moderno, incluyendo, según piensan, la seguridad de la vida eterna. Ellos han hallado felicidad en su nuevo estilo de vida, pero no han hallado nueva vida en Cristo.

Y aquí está la doble tragedia de tal error. Cuando la iglesia declara que Jesús da felicidad, limita su alcance evangelístico a las personas que no son felices: los que tienen problemas con el alcohol, las drogas, el matrimonio, la personalidad o las finanzas.

Esta gente con problemas no oye el mensaje de pecado, justicia y juicio, con el mandato de arrepentirse y huir de la ira venidera. En lugar

de eso, oyen que Jesucristo es la respuesta a sus problemas de finanzas, matrimonio, alcohol y droga. Él es quien puede llenar el vacío dentro de ellos. Es por eso que ellos no pueden arrepentirse (no se les ha dicho), tienen una falsa conversión (Marcos 4:16 -17), y no llegan a ser nuevas criaturas en Cristo. Ellos “invocan el nombre del Señor”, pero “no se apartan de la iniquidad” (2Timoteo 2:19). En lugar de ello, traen sus pecados y problemas a la iglesia. Y esto tiene los siguientes efectos:

1. Se desgasta el pastor. En vez de poder dedicarse a la alimentación del rebaño, el pastor siempre se encuentra aconsejando a los que son *oidores de la palabra pero no hacedores*.
2. Trágicamente, el “Evangelio de la felicidad” ahora tiene a los obreros (que ya son de por sí escasos) atados en la función de ser consejeros y de sostener a la gente, cuando estas personas no necesitan consejo o sostén, sino arrepentimiento.

Después de hablar de los muchos problemas que afectan a la iglesia moderna, J. Packer escribe estas palabras llenas de sabiduría:

Éste es un fenómeno complicado, al cual han contribuido muchos factores; pero si vamos a la raíz de las cosas hallaremos que todas nuestras perplejidades se deben a que hemos dejado de asirnos del Evangelio bíblico. Sin darnos cuenta, hemos estado cambiando este Evangelio por un producto sustituto, el cual, aunque se parece, es totalmente distinto. De ahí vienen nuestros problemas.

En una publicación llamada *¿Qué quieres de tu vida?* se llega a la conclusión de que todos queremos ser felices. A pesar de las cosas mencionadas -sexo, dinero, amigos, fama, amor, etc.- queda la pregunta: “¿Podemos ser felices verdadera y continuamente? Por supuesto, la respuesta es que conocer a Jesús produce ‘ultrafelicidad’: el mejor momento magnificado un millón de veces”.

Pocos verán que hay algún error en esta publicación. Sin embargo, el llamado del Evangelio es universal, y no se limita al mundo triste y adolorido, como se promueve tantas veces. El Evangelio es una

promesa de justicia, no una promesa de felicidad, y es por eso que también se puede ofrecer a los que están disfrutando los placeres del pecado por un tiempo. Antes de mi conversión yo era una persona muy feliz, contenta, satisfecha, gozosa, agradecida y placentera. Amaba la vida y la disfruté hasta el límite. Por eso yo no era candidato al Evangelio moderno. Pero cuando fui confrontado con el espíritu de la ley de Dios, y entendí que “las riquezas no aprovechan en el día de la ira; mas la justicia libraré de muerte” (Proverbios 11:4), entonces vi mi necesidad del Salvador.

Permítame repetir: a causa de la creencia de que el propósito final del Evangelio es la felicidad del hombre en la tierra, y no su justicia, muchos no ven la intención de Dios. Creen que el Evangelio es solamente para aquellos que tienen falta de dinero, los que han sido quebrantados por las dificultades de la vida, los que sufren los problemas de la sociedad. Esta creencia se impregna más a través de los coros de adoración, que tienen melodías espléndidas, pero llevan este mensaje: “corazones adoloridos, gente quebrantada, vidas arruinadas, por esto moriste en el calvario”. Otra vez les digo, que antes de ser cristiano mi vida no estaba arruinada. A la edad de veinte años yo era un negociante exitoso, tenía casa propia, una mujer hermosa, coche, dinero y libertad para disfrutar la vida al máximo.

Campañas evangelísticas se promocionan con la idea de llevar el Evangelio a “los adoloridos y necesitados”. Permítame repetir: El Evangelio no se limita a la gente “adolorida”, con vidas arruinadas y corazones dolientes. Tanto la gente que sufre como la gente feliz, necesitan que se les muestre su estado pecaminoso ante Dios, para que busquen la justicia que hay en Cristo.

Déjeme ilustrar este asunto malentendido citando otra publicación moderna (en ninguna manera dudo de la sinceridad del autor):

Tú desearás estar donde está el Señor. Y Él pasa su tiempo con los adoloridos. Al principio de su ministerio, Jesús citó a Isaías para describir la obra que le tocaba hacer: “El Espíritu del Señor está sobre mí, por cuanto me ha ungido para dar buenas nuevas a los pobres; me ha enviado a sanar a los quebrantados de corazón; a pregonar libertad a los cautivos, y vista a los

ciegos, y poner en libertad a los oprimidos; a predicar el año agradable del Señor” (Lucas 4:18-19). Así que cuanto más sigas a Dios, más profundamente entrarás en un mundo de gente adolorida.

En Lucas 4:18-19, Jesús da un resumen de aquellos para quienes es el Evangelio:

- Los pobres.
- Los quebrantados de corazón.
- Los cautivos.
- Los ciegos.
- Los oprimidos.

Un estudio rápido nos enseña que Jesús no necesariamente habla de las personas de escasos recursos financieros cuando habla de los pobres. La palabra quiere decir “manso y humilde”, y puede referirse a los pobres de espíritu (Mateo 5:3). Estos son los bienaventurados a quienes pertenece el reino de los cielos. Los pobres son los que saben que son destituidos de justicia. El comentarista de la Biblia Matthew Henry dijo de este versículo: “A los que debía predicar: a los pobres; los que estaban pobres en el mundo; a los que estaban pobres en espíritu, a los mansos y humildes, y los que verdaderamente lamentaban su pecado”. (Comentario de Matthew Henry, Zondervan Publishing House, página 1425).

Cuando Jesús habla de los quebrantados de corazón, no se refiere a los descontentos, a las personas cuyos corazones sufren porque han sido dejados por sus amantes, sino a los que, como Pedro e Isaías, están contritos y lamentan su pecado.

Escucha de nuevo al respetado comentarista: “Porque Él fue mandado para sanar a los quebrantados de corazón, para dar paz a los que están dolidos y humillados por sus pecados, para dar descanso a los cansados y cargados por la carga de culpa y corrupción”.

Los cautivos son los que han sido “cautivados por el diablo para hacer su voluntad” (2 Timoteo 2:26).

Los ciegos son aquellos a los que “el dios de este siglo cegó el entendimiento... para que no les resplandezca la luz del Evangelio de la gloria de Cristo” (2 Corintios. 4:4).

Los oprimidos son los “oprimidos por el diablo” (Hechos 10:38).

El Evangelio de gracia es para los humildes, no para los orgullosos. Dios resiste a los soberbios, y da gracia a los humildes (Santiago.4:6). Las Escrituras nos dicen: “Abominación es a Jehová todo altivo de corazón” (Proverbios 16:5); “quitó de los tronos a los poderosos y exaltó a los humildes” (Lucas 1:52). Dios ve al hombre que es pobre y de espíritu contrito, y que tiembla ante su palabra (Isaías 66:2). Solamente los enfermos necesitan al doctor, y solamente los que están convencidos de la enfermedad del pecado apreciarán y se apropiarán de la sanidad del Evangelio.

LA VIDA ABUNDANTE

Todavía puede surgir la pregunta: ¿Por qué no usar para atraer a los pecadores a Jesús la verdad que Jesús mismo mencionó, que Él vino para traernos una vida abundante (Juan 10:10)? Es verdad, la vida cristiana está llena. Considere la vida de Pablo. Lea 2 Corintios 11:28--38, y observe si estaba aburrido cuando fue apedreado (una vez), sufrió naufragio (tres veces), fue azotado con varas (tres veces), y fue golpeado (cinco veces). Su vida estuvo llena. También hubo momentos en los que no estaba feliz. La verdad es que hubo una vez en la que estaba tan desesperado que quería morirse (2 Corintios 1:8).

El apóstol Pablo dio una buena lección sobre la vida abundante a los cristianos carnales de Corinto. Él les dijo que había sido condenado a muerte. Había estado hambriento y sediento. Le había faltado ropa. Había sido golpeado y no había tenido donde vivir. Aun con su ministerio establecido, fue forzado a trabajar con sus propias manos. Le habían maldecido, perseguido, difamado y tratado como si fuera la escoria del mundo. ¡Qué senda tan terrible y tan poco atractiva la que caminó Pablo! Uno pensaría que él debería haber puesto un anuncio ahí

que advirtiera a los corintios a no entrar por esa senda. Pero, por el contrario, los invitó a que le imitaran (1 Corintios 4:9-16).

¿DÓNDE ESTÁ EL AMOR DE DIOS?

¿Cómo pues supo el apóstol que Dios le amaba? Como hemos visto, él fue azotado, golpeado y apedreado, y una vez llegó a estar tan deprimido que quiso morir. Fue difamado, odiado, apresado por años y, finalmente, martirizado. ¿En qué se fijó él para estar seguro del amor de Dios?

Él no se fijó en su estilo de vida, porque para el ojo inexperto no parecía que la mano protectora de Dios estuviera sobre él. Su vida “abundante” ciertamente estaba llena, pero no de lo que nosotros consideraríamos atractivo. Imagínese a Pablo, acostado y medio desnudo en el suelo frío de una mazmorra, atado con cadenas a unos guardias romanos. Observe su espalda llena de sangre y su cara hinchada. “Pablo, otra vez te han azotado. ¿Dónde están tus amigos? ¿Demas y los otros te han dejado? ¿Dónde están tu coche lujoso y tu programa eficaz de edificación? Pablo, ¿dónde está la evidencia de la bendición de Dios?” Se mofa de él. “¿Qué? ¿Qué dijiste? ¿Te oí decir a través de tus labios hinchados que Dios te ama?”

Despacio, Pablo levanta su cabeza. Sus ojos, oscurecidos por el maltrato, penetran profundamente en los suyos. Brillan mientras le dice: “La cruz..”. Con dolor mete sus dedos en la túnica empapada de sangre y saca una gran carta que escribió con su propia mano. Su dedo tembloroso y manchado con sangre apunta hacia un versículo en especial. Usted fuerza sus ojos para ver en la tenue luz y poder leerlo: “Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí; y lo que ahora vivo, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, *el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí*”. (Gálatas 2:20, cursiva añadida).

Éste fue el origen y el recurso del gozo de Pablo y de ahí vino su fuerza: “Lejos esté de mi gloriarme, sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo”. (Gálatas 6:14). Los que entran por la puerta buscando

felicidad en Cristo, pensarán que su felicidad es evidencia del amor de Dios. Y podrán pensar que el Señor los ha abandonado cuando vengan las pruebas y su felicidad se vaya. Pero los que ven la cruz como una señal del amor de Dios, nunca dudarán de la firme dedicación de su Señor para con ellos.

Si la vida abundante significa algo diferente de una vida “feliz”, ¿quién nos escuchará si somos completamente honestos sobre las pruebas de vivir “piadosamente en Cristo Jesús”? (2Timoteo 3:12) Ciertamente, no son tantos los atraídos por este mensaje como que los que son atraídos por la proclamación de un plan maravilloso. ¿Cuál, pues, es la respuesta a este dilema?

4 - El Propósito de la Ley

¿Quién en el mundo abrazará el mensaje si no usamos la promesa de una nueva vida abundante y maravillosa en Cristo? La respuesta a nuestro dilema es hacer simplemente lo que hizo Jesús. Parece que toda la iglesia contemporánea está usando camisetas, matrículas, etiquetas, libros, pulseras, etc., con la pregunta: “¿Que haría Jesús?” Parece que se preguntan esto para todo, menos para el evangelismo. ¿Qué hacía Jesús cuando se enfrentaba con un pecador? Lo hacía un asunto de justicia y no de felicidad. El usó los Diez Mandamientos para mostrarles a los pecadores el estándar de justicia de Dios.

En Marcos 10.17, vemos a un hombre que corrió a Jesús, se arrodilló ante él y le preguntó cómo podría obtener la vida eterna. Este hombre vino *corriendo* y se *arrodilló* ante el Salvador. Aparentemente, su corazón sincero y humilde le hacía un candidato de primera, alguien que con mucha probabilidad se convertiría. Pero Jesús no le dio el mensaje de la gracia. Ni le mencionó el amor de Dios. Tampoco le habló de una vida abundante y maravillosa. En lugar de ello, usó la ley de Dios para exponer su pecado escondido. Este hombre era un trasgresor del primero de los Diez Mandamientos. Su dinero era su dios, y no se puede servir a Dios y al dinero. Y las Escrituras nos revelan que

fue el amor lo que motivó a Jesús a hablarle de esta manera a este joven rico (Marcos 10:21).

Siempre que testificamos a alguien debemos examinar nuestros motivos. ¿Amamos suficientemente al pecador para asegurarnos de que su conversión es genuina, o amamos más el sentimiento de ver que otra persona “se ha decidido por Jesús”, aun cuando nuestro celo sin conocimiento solamente haya producido otro Judas?

¿Por qué se tomó Jesús el tiempo para usar los Diez Mandamientos? Su método parece un poco arcaico, comparándolo con las conversiones rápidas y fáciles de los métodos modernos. El Dr. Martin Lloyd Jones nos da la respuesta:

Un Evangelio que sencillamente dice: “Ven a Jesús”, y ofrece a Jesús como un amigo, y ofrece una vida nueva maravillosa, sin convencimiento de pecado, no es evangelismo según el Nuevo Testamento. La esencia del evangelismo es empezar con la predicación de la ley; y es porque la ley no ha sido predicada, que hemos tenido tanto evangelismo superficial. El evangelismo verdadero siempre tiene que empezar con la predicación de la ley.

Cuando use la ley (Los Diez Mandamientos) para mostrarle al mundo su estado verdadero, el mundo se lo va a agradecer. Por primera vez en toda su vida, las personas verán el mensaje cristiano como una expresión de amor y preocupación por su eterno bienestar, y no solamente como un medio para lograr un mejor estilo de vida mientras estamos aquí en la tierra. Entonces empezarán a entender por qué deben estar preocupados por su salvación eterna. La ley les muestra que son condenados por Dios. Hasta los hace un poco temerosos.

Vea como John Wesley reconcilia el uso de la ley (para producir el temor de Dios) con el amor:

El segundo uso (de la ley) es llevar a la persona a la vida, a Cristo, para que viva. Es verdad, al hacer ambas cosas, sirve como el ayo severo: Nos lleva por fuerza, en vez de atraernos por amor. Pero el amor es la fuerza motivadora de todo. Es el

Espíritu de amor, que, de esta forma dolorosa, nos quita nuestra confianza en la carne, no dejando así ninguna caña cascada en la cual confiar. Y así constriñe al pecador, ya despojado de todo, a clamar en la amargura de su alma a gemir en la profundidad de su corazón: “Dejo todo pretexto, Señor, soy condenado; pero Tú has muerto” (cursiva añadida).

Tal vez usted se siente tentado a decir que nunca debemos condenar a los pecadores. Sin embargo, la Escritura nos dice que ya son condenados (Juan 3:18). Todo lo que la ley hace es mostrarles su estado verdadero. Si usted sacude la mesa de su habitación y piensa que está libre de polvo, abra las cortinas para que la luz de la mañana la alumbre. Entonces es muy probable que vea polvo sobre la mesa. La luz del sol no crea el polvo, *solamente* lo expone. Cuando tomamos el tiempo de abrir las cortinas del lugar Santísimo y dejar que la luz de la ley de Dios ilumine el corazón del pecador, todo lo que sucede es que la ley le muestra su estado verdadero ante Dios. Proverbios 6:23 nos dice que “el mandamiento es lámpara y la enseñanza (ley) es luz”.

Fue la ira de Dios la que le mostró a la mujer adúltera que estaba condenada. Se halló a sí misma entre las piedras y alguien duro. Si estas piedras duras no hubieran esperado para golpearla, ella podría haber muerto en su pecado e ido al infierno. Dudo que hubiera caído a los pies de Cristo si el terror de la ley de Dios no la hubiera llevado a ese lugar. Gracias a Dios que la ley la despertó y la hizo venir al Salvador.

El pecador cree que es rico en virtudes, pero la ley le muestra que está en bancarrota moral. Si no declara su bancarrota, la ley reclamará sin misericordia hasta su última gota de sangre.

¿QUÉ HAY, PUES, DEL LEGALISMO?

Una tarde llevé el equipo de evangelismo a Santa Mónica para predicar el Evangelio, cuando empezó a llover. No solamente llovió, sino que los relámpagos destellaron en el cielo. Los truenos hicieron temblar la tierra durante una tormenta extraordinaria en el sur de California. Para consolar al equipo, compramos dos pizzas grandes y nos refugiarnos de la fuerte lluvia bajo la terraza de una sala de teatro.

Mientras la mayoría del equipo de treinta personas disfrutaba la pizza de pepperoni, noté que una mujer desamparada con quien habían compartido la pizza estaba sola batallando con un pedazo de queso de treinta centímetros de largo. Parecía una liga de hule estirada, mientras lo sostenía con los pocos dientes que todavía le quedaban. Yo le sonreí y le pregunté si quería que le trajera unas tijeras. En medio de la batalla, pudo devolverme una sonrisa cortés.

Después de haberse comido un trozo grande de pizza, le ofrecí otro. Sorprendentemente rechazó el ofrecimiento. Pero minutos después ya estaba batallando con la segunda pieza. La escena nos conmovió de verdad.

De repente llegó la policía. El gerente del teatro había llamado a la policía (la ley) y le había dicho que quería que se llevaran a la mujer de allí. Había allí treinta personas de nuestro equipo que se refugiaban de la lluvia, pero él había escogido a una pobre mujer hambrienta, y había dicho a la policía que se la llevaran por la fuerza. Oí que los agentes protestaban diciendo que solamente se estaba refugiando de la lluvia. Pero el gerente insistía en que se la llevaran de allí.

En ese momento recordé que mi cartera estaba llena de billetes de un dólar. Cada viernes por la noche solía juntar a una pequeña multitud haciendo preguntas triviales dando un billete de dólar a los que contestaban correctamente. Cuando las personas se sentían a gusto, cambiaba de lo natural a lo espiritual y predicaba el Evangelio. Mientras los agentes de policía trasladaban a la mujer, me acerqué y tomé su mano. Sobresaltada volvió sus ojos para mirarme, probablemente pensando que estaba siendo esposada. Entonces se dio cuenta que le había puesto un taco de billetes de dólar en la mano, y en un segundo su temor se convirtió en gozo.

La Biblia nos dice en 1 Timoteo 1:8: “Pero sabemos que la ley es buena, si uno la usa legítimamente [para el propósito para el que fue diseñada]”. Así como este gerente de teatro había usado la ley para algo para lo cual nunca fue diseñada –echando a una mujer sin hogar a la lluvia– así también hay aquellos que usan la ley para algo para lo cual nunca fue diseñada.

¿Con qué propósito fue diseñada la ley de Dios? El siguiente versículo nos lo explica: “La ley no fue dada para el justo, sino para los transgresores”. Y sigue nombrando a los diferentes pecadores: los desobedientes, impíos, irreverentes, profanos, parricidas, fornicarios, homicidas, secuestradores, etc. El diseño principal de la ley no es para los salvos, sino para los que no han sido salvados. Fue dada como un ayo para llevarnos a Cristo. Fue diseñada principalmente como una herramienta evangelística.

Va contra la ley el tratar de usar la ley para justificar al hombre. Las Escrituras lo dicen muy claro: “El hombre no es justificado por las obras de la ley, sino por la fe de Jesucristo ... por cuanto por las obras de la ley, nadie será justificado”. (Gálatas 2:16). El propósito correcto de la ley es simplemente el de ser un espejo mostrándonos que necesitamos ser limpiados. Los que buscan ser justificados por la ley, están quitando el espejo de la pared y tratando de lavarse con él.

Tampoco se debe usar la ley para producir lo que llamamos “legalismo”. Se nos ha dado una libertad increíble en Cristo (Gálatas 5:1), pero existen aquellos que tratan de robar esta libertad imponiendo otra vez la ley sobre la espalda de los cristianos. Obviamente, el cristiano no vive desordenadamente. No miente, ni roba, ni mata, ni comete adulterio, etc. Pero su motivación para una vida santa no es el legalismo impuesto sobre él por medio de la ley. ¿Por qué pues se abstiene del pecado?, ¿para ganar el favor de Dios? No. En Cristo, él ya tiene el favor de Dios. Vive una vida que agrada a Dios porque quiere hacer todo lo que pueda para mostrar su gratitud hacia Dios por la misericordia increíble que ha recibido por el Evangelio. Su motivo es el amor, no el legalismo. D.L. Moody dijo: “La ley puede llevar a los hombres hasta el calvario, y solamente hasta allí”.

Entonces, ¿por qué se descarriaría una persona en el legalismo? ¿Por qué empezaría a decirles a los creyentes lo que pueden y no pueden hacer en Cristo? Simplemente sucede porque la ley no se usó bien en primer lugar. Permítame tratar de explicar lo que quiero decir. Si se usa la naturaleza espiritual de la ley en primer lugar en el evangelismo, el nuevo creyente será liberado una vez y para siempre de todo pensamiento legalista. La ley le revela que no hay ninguna manera

en que él pueda agradar a Dios fuera de la fe en Jesucristo. Mientras se halla ante los truenos y relámpagos que hacen temblar la tierra del monte Sinaí, se le aclara que el Santo Creador ve sus viles pensamientos. Se encoge mientras empieza a entender que Dios ve la codicia como si fuera adulterio y el odio como si fuera asesinato. El pecador culpable ve que por naturaleza es “hijo de ira”, y por eso corre para refugiarse en Cristo de la lluvia de la indignación de Dios. Sabe que es la gracia, y solamente la gracia, la que salva. No trae nada en sus manos, solamente se aferra a la cruz.

El creyente verdadero se salva sabiendo que nada de lo que haga le va a ganar el favor para de Dios. Después de una vida de buenas obras, de leer la Palabra, de orar y buscar a los perdidos, todavía es salvado por gracia y solamente por gracia. Es un siervo inútil que solamente hace lo que debe hacer.

Por otro lado, el que adquiere un compromiso con Cristo sin la ley, normalmente viene porque está buscando verdadera paz interior y satisfacción duradera. Viene a Dios para llenar el vacío que hay en su vida. No tiembla a nada. No huye de la ira de Dios. No hay temor. Para él, Dios es un Padre bondadoso, no un ser lleno de ira. La ley no le ha quitado toda su justicia propia. La verdad es que no cree que su justa recompensa sea la eterna condenación. Por eso, aún cuando se llama cristiano, piensa que, básicamente, él es una buena persona.

Por eso, se trata de una persona que probablemente cree que está agradando a Dios por medio de la lectura bíblica, la oración, el ayuno y las buenas obras. Sinceramente piensa que de alguna manera sus buenas obras lo encomiendan a Dios, y por eso estas personas son susceptibles a caer en el “no manejes, ni gustes ni aún toques” (Colosenses 2:16-23).

Cuando la ley se usa legítimamente, el creyente es librado del legalismo. Pero si se descuida la ley antes de la cruz, entonces los que profesan fe en Cristo son susceptibles de perderse en el legalismo e imponer demandas sobre otros creyentes, robándoles así la gran libertad que tenemos en Cristo. Vea la función de la ley en el gran clásico *El Progreso del Peregrino*, de John Bunyan.

Hay muchas referencias maravillosas a la obra de los Diez Mandamientos escondidos entre las páginas de la Palabra de Dios. Algunas de ellas las descubriremos en el capítulo siguiente.

5 - Nuestra Columna Vertebral Quebrada

Hay dos razones por las que la iglesia está llena de personas cuyas vidas no cumplen lo que debieran. En primer lugar, cómo hemos visto, el Evangelio moderno se ha degenerado para pasar a ser un medio para la obtención de la felicidad, y no de la justicia. En segundo lugar, hemos fallado en mostrarle al pecador que él es un infractor de la ley, alguien que ha violado la ley de un Dios Santo.

Cuando hablo de usar la ley en el evangelismo, no me refiero a una referencia casual a ella, sino a hacer de ella la columna vertebral de la presentación del Evangelio, porque su función es preparar el corazón para la gracia. Martín Lutero dijo acerca de la ley: “La obra y el propósito de ella (la ley) es humillar al hombre y prepararlo para buscar la gracia (si se usa correctamente)”. La ley es la vara y el cayado que el pastor usa para guiar a las ovejas hacia sí. Es la red del pescador y el azadón del agricultor. Son las Diez Trompetas de oro que preparan el camino para el rey. La ley hace que el pecador tenga sed de justicia para que viva. Es la luz santa que revela el polvo sobre la mesa del corazón humano para que el Evangelio en manos del Espíritu lo pueda limpiar perfectamente.

La ley debería ser estimada por la Iglesia por su obra maravillosa de preparar el corazón del pecador para la gracia. En Josué 3:14-17 vemos cómo Dios abrió el río Jordán cuando los pies de los sacerdotes, que cargaban el arca del pacto, tocaron sus aguas. ¿Recuerda el contenido del arca? Eran las dos tablas de la ley de Dios. ¿Piensa usted que Dios habría abierto las aguas si los sacerdotes se hubieran quejado de que las tablas de piedra eran demasiado pesadas y las hubieran tirado al suelo para hacer más ligera su carga? Sin embargo, esto es lo que la iglesia

contemporánea ha hecho. La ley es la personificación del Evangelio que llevamos, pero muchos han descuidado las cosas más importantes de la ley y las han estimado sin valor. Han vaciado el arca del Evangelio, dejándolo de su poder.

Respecto a la ley, R. C. Ryle dijo: “Pero nunca, nunca la despreciemos. Es el síntoma de un ministerio ignorante y un estado de religión insano, cuando la ley se considera sin importancia. El cristiano verdadero se deleita en la ley de Dios” (Romanos 7:22).

Los Diez Mandamientos son como los diez camellos que llevaron al siervo de Abraham en busca de una novia para Isaac (Génesis 24:10-20). Cuando llegó a la ciudad de Nacor, hizo que sus diez camellos se arrodillaran frente un pozo fuera de la ciudad mientras las mujeres de la ciudad salían para cargar agua. El siervo pidió que la futura novia se mostrara por su consideración con los camellos. Cuando Rebeca vio los camellos, corrió hacia el pozo para llevarles agua.

Dios el Padre mandó a su siervo, el Espíritu Santo, para buscar una novia para su hijo unigénito. Él escogió los Diez Mandamientos para llevar este mensaje especial de Su Señor.

Aunque no podemos claramente distinguir la novia de Cristo del resto del mundo, el Espíritu Santo sabe que la razón principal por la que saca agua del pozo de la salvación es para satisfacer los diez camellos sedientos de una ley santa y justa. El convertido verdadero viene al Salvador simplemente para satisfacer las demandas de una ley santa. La virgen esposada tiene respeto por los Mandamientos de Dios. No es un obrero rebelde e implacable. Como Pablo, se regocija en la ley y dice con el salmista: “Por el camino de tus mandamientos correré” (Salmo 119:32).

La ley es como la vara de Aarón que floreció (Números 17). Parece madera dura y muerta, pero de ella mana la vida del Evangelio. Si usted no está seguro que el uso de la ley es correcto, incorpórelo a su tabernáculo de testimonio y vea si florece.

Cuando las serpientes ardientes fueron enviadas a Israel, hicieron que los israelitas admitieran que habían pecado. Las serpientes también hicieron que fijaran su vista sobre la serpiente de bronce que Moisés

puso sobre un poste. Ésta fue la manera en que obtuvieron la salvación. Los que habían sido mordidos y condenados a morir podían ver a la serpiente de bronce y vivir (Números 21:6-9). En el Evangelio de Juan 3:14, Jesús cita específicamente este pasaje del Antiguo Testamento, refiriéndose a la salvación de los pecados. Los Diez Mandamientos son como diez serpientes que muerden y llevan consigo la maldición venenosa de la ley. Lleva a los pecadores a buscar y mirar al que fue levantado sobre la cruz. Fue la ley de Moisés la que clavó a Jesús en la cruz. El Mesías fue hecho maldición por nosotros y nos redimió de la maldición de la ley.

Jesús reprendió a los intérpretes de la ley porque con sus tradiciones hacían a la ley ineficaz. Incluso estorbaban la entrada y no dejaban pasar a otros al reino de Dios. Esto es lo que Jesús les dijo: “¡Ay de vosotros, intérpretes de la ley, porque habéis quitado la llave de la ciencia; vosotros mismos no entrasteis, y a los que entraban se lo impedisteis” (Lucas 11:52).

Los intérpretes de la ley profesaban ser expertos en la ley de Dios, pero por no usar la “llave de la ciencia” para llevar a los pecadores al Salvador, ellos mismos estorbaban su trabajo.

CORRER HACIA EL BORDE

Debe de haber sido increíble haber vivido durante el tiempo que Jesús caminaba por esta tierra. A veces las multitudes eran tan grandes que lo forzaban a irse a lugares abiertos, o a ministrarle desde una barca cercana a la orilla. En una de esas ocasiones cuando las multitudes le rodeaban, había por allí una mujer que sufría de flujo de sangre desde hacía muchos años. Se acercó a Él desde atrás, tocó el borde de su manto e inmediatamente fue sanada (Lucas 8:43-48).

El mundo no le podía ofrecer nada. Había gastado todos sus recursos en médicos, y en vez de mejorar, empeoraba. La sangre de su cuerpo, su misma vida, se le iba, y ya no había nada que pudiera hacer. De acuerdo a la Ley, había llegado a ser inmunda (Levítico 15:25), así que no tenía nada que perder al arrastrarse entre las multitudes para

tocar a este hombre de Nazaret. Pero ella no fue la única que se esforzaba por llegar a Él para tocar el borde de su manto:

“Y dondequiera que entraba, en aldeas, ciudades o campos, ponían en las calles a los que estaban enfermos y le rogaban que les dejara tocar siquiera el borde de su manto; y todos los que le tocaban quedaban sanos” (Marcos 6:56).

¿Por qué era tan especial este borde? Una respuesta podría ser que los que querían tocar el borde de su manto tenían que inclinarse para hacerlo, demostrando la humildad que se necesita para acercarnos al Salvador. La gracia es para los humildes.

Pero si nos fijamos en Números 15:38-40, vemos que el borde del manto era de gran significado porque estaba allí para recordar a los israelitas los Mandamientos de Dios, y que, consecuentemente, debían guardarse de la idolatría.

Esta mujer desesperada estiró su mano temblorosa y sintió que sus dedos tocaban el borde de su manto. De repente, un poder fluyó por su cuerpo. Pero fue algo más que solamente poder. Era virtud. Ella fue sanada más allá del sentido común de la palabra.

Esta historia ilustra la conversión del creyente verdadero. Nuestra vida misma se estaba yendo de nuestros seres inútiles. La ley nos convenció de que estábamos sin Dios, sin esperanza y sin justicia. Fuimos extranjeros al pueblo de Israel. Los Diez Mandamientos nos mostraron que nuestras ropas estaban manchadas con la suciedad de la carne. Nuestra única esperanza era estirarnos y tocar el manto de lino fino de Jesucristo, y rogarle que de alguna manera nos ayudara. De repente el poder fluyó de Su cuerpo. Poder para conquistar el pecado, virtud para limpiarnos de toda transgresión. Fuimos limpiados de la mancha de la inmundicia del pecado; limpiados, santificados, lavados, purificados, hechos vírgenes, *como si nunca antes nos hubiéramos manchado*. Como Rut, no podíamos encontrarnos con nuestro Redentor cara a cara, sin antes haber sido lavados, ungidos y vestidos con nuestras mejores ropas.

Este don se nos da gratuitamente a través del Evangelio. La Iglesia fue hecha una mujer virtuosa por la gracia del Dios Todopoderoso. Por eso pienso yo que la mujer virtuosa descrita en Proverbios 31 es un dibujo vívido de la novia de Cristo. Escondidas dentro de sus virtudes están las obras del verdadero creyente.

DISCERNIENDO LA DIFERENCIA

La ley de Dios prepara el corazón para las buenas nuevas del Evangelio. Sin esta obra preparatoria, el corazón de una persona está endurecido y llega a ser candidato a una falsa conversión. De vez en cuando podemos lograr ver la diferencia entre un falso y un verdadero convertido. En 1 Reyes 3:16-28 leemos la famosa narración de las dos mujeres que pretendían ser las madres del mismo hijo. Salomón con sabiduría mandó que el bebé fuera cortado en dos mitades y así se reveló quien era la madre verdadera.

Ambas mujeres vivían en la misma casa. Los convertidos falsos y verdaderos viven en la misma casa del Señor. Ambas llamaron a Salomón “señor”. Ambos, el falso y el verdadero convertido, llaman “Señor” a Jesús, y es por eso que se necesita la sabiduría de Salomón para discernir entre el falso convertido y el verdadero. ¿Cómo supo Salomón quién era la madre verdadera del niño? La madre verdadera mostró amor verdadero. Ella prefería perder a su hijo que verlo cortado en dos mitades por una espada.

He ahí cómo se distingue entre el verdadero convertido y el falso. El falso convertido se muestra porque divide el cuerpo de Cristo con una doctrina que le conviene, en vez de conducirse en humildad. Cortará un cuerpo de creyentes en partes por una interpretación particular de las Escrituras. Le falta la sabiduría que es apacible y abierta para razonar. Por otro lado, el convertido verdadero procurará mantener la unidad del cuerpo. Ni aun comerá carne, si esto hace que su hermano tropiece, y tampoco promoverá una interpretación privada que cause división.

Sin embargo, en la mayoría de los casos el falso convertido no lo es de manera tan evidente. Como los gemelos en el vientre de Tamar, uno tiene una cuerda escarlata alrededor de su mano (Génesis 38:27-28).

Quizá nosotros no podamos ver quién tiene la cuerda escarlata atada alrededor de su mano, pero Dios sí lo puede ver. Él conoce a los suyos. Es la Sangre que separa lo verdadero de lo falso.

No obstante, hay muchas personas que parecen estar ahí como testimonio de la predicación moderna. Es muy probable que estos se hayan metido en la iglesia bajo el mensaje de los que no usan la ley como ayo para llevar los pecadores a Cristo. Todo lo que esta gente ha oído es que Jesús murió en la cruz por sus pecados y que nunca hallará la paz verdadera hasta haber hallado la paz con Dios. Si está pensando en cómo se pueden relacionar esta enseñanza con aquél hecho, permanezca conmigo durante el siguiente capítulo.

6 - La Clave Estaba en el Doblez

Los que sólo predicán la gracia, ven a los muchos miles que permanecen en la comunión de la iglesia como una evidencia clara para justificar la presentación del Evangelio sin ninguna referencia a la ley.

Durante una guerra, hubo un hombre que inventó un paracaídas que era cien por cien fiable. No importaba si el usuario era pequeño o grande. Siempre se abría y llevaba a su usuario a salvo a tierra. La clave era la manera en que se doblaba. Cada parte del paracaídas tenía que ponerse exactamente en cierta posición, siguiendo las instrucciones del fabricante. Es verdad, era un trabajo algo arduo, pero bien valía la pena. El resultado era que se aseguraba que la vida de cada precioso ser humano que confiaba en el paracaídas sería preservada.

Muchos años después de que empezara la guerra, entró un grupo de hombres, llamados “los dobladores rápidos”, al cuarto de preparación de paracaídas. Estos hombres influyeron tanto a los trabajadores con su manera rápida y fácil de doblar, que el manual instructivo del fabricante pronto fue ignorado por completo. La producción se incrementó enormemente, y todos se gozaban de que se estaba ahorrando mucho tiempo y esfuerzo.

Sin embargo, con el paso del tiempo se evidenció el hecho de que algo iba muy mal. Un pequeño grupo de investigadores se fue al lugar donde se usaban los paracaídas y se asustaron horriblemente al descubrir que *nueve de cada diez personas que saltaban encontraban una muerte trágica.*

El espectáculo horrendo de tantos cuerpos destrozados repartidos por el suelo les afectó sobremanera. Esta gente no era gente sin cara. Eran esposos, esposas, padres, madres, hijos e hijas; personas apreciadas que habían encontrado una muerte innecesaria y terrible.

Rápidamente se avisó a los dobladores rápidos. Muchos se quebrantaron de corazón, e inmediatamente regresaron al manual de instrucciones y corrigieron su error. Con mucha seriedad y cuidado empezaron a doblar los paracaídas exactamente como les instruía el libro. El acordarse de las tragedias los motivaba a hacer su trabajo con una convicción sin compromisos.

Sí, hubo resistencia en algunos. Aunque sabían que se perdían tantas vidas, algunos se negaban a seguir el manual de instrucciones. Ignoraron increíblemente las cantidades de cuerpos destrozados de los que ellos eran directamente responsables. En vez de eso, *se fijaban en los pocos que habían sobrevivido a su método de doblamiento rápido para justificar su técnica.*

LIBRE DE SU SANGRE

Desde que el hombre cayó en pecado, ha habido una gran batalla por las almas de hombres y mujeres. Los que nos precedieron en siglos pasados no tuvieron un trabajo fácil. Su labor en el Evangelio muchas veces fue lenta y ardua. Pero ellos sabían que si *seguían las instrucciones de la Palabra de Dios*, entonces, con la ayuda de Dios, podrían librar a los pecadores de la muerte y del infierno. Si habían sembrado en lágrimas, segarían con gozo. Sobre todas las cosas querían ser “testigos verdaderos y fieles”. Si predicaban todo el consejo de Dios, estarían libres de la sangre de todo hombre. Los ministerios de hombres como Wesley, Wycliffe, Whitefield, Spurgeon y muchos más eran altamente efectivos en alcanzar a los perdidos. *La clave era el uso*

cuidadoso y completo de la ley para preparar el camino para el Evangelio.

Con el paso del tiempo, ciertos hombres descubrieron que el mensaje del Evangelio podía ser condensado y presentado en una manera mucho más fácil y rápida. Lamentablemente, esta manera fácil y rápida tenía varios problemas.

En primer lugar, su presentación no era bíblica. No seguía el ejemplo de las Escrituras de presentar el equilibrio entre la ley y la gracia como lo hizo Jesús. Siempre predicaba la ley a los orgullosos y soberbios y la gracia a los mansos y humildes (Lucas 10:25-26; 18:18-20; Juan 3:1-17). Ni una sola vez el Hijo de Dios ofreció las buenas nuevas (la cruz, la gracia y la misericordia) a los orgullosos, los soberbios o a los que se creían justos. Él siguió el ejemplo de su Padre, que resiste a los soberbios y da gracia a los humildes (Santiago 4:6). Pablo hizo lo mismo, como se ve en Atenas cuando usó la esencia del primer y el segundo mandamiento para reprobador la idolatría de los atenienses, al igual que en otras ocasiones (Romanos 2:22). El evangelismo bíblico siempre expone la ley a los soberbios y la gracia a los humildes. Con la ley debemos quebrantar el corazón duro, y con la gracia debemos sanar el corazón quebrantado. Martín Lutero dijo, hablando sobre el uso correcto de la ley: “Por lo tanto, éste es el uso apropiado y absoluto de la ley: por relámpagos, por tempestad, por el sonido de la bocina y por los truenos (como en el monte Sinaí) para asustar, golpear y romper en pedazos la bestia que se llama ‘autojustificación’.”

Sin la ley no puede haber conocimiento de pecado: “¿Qué diremos, pues? ¿La ley es pecado? En ninguna manera. *Pero yo no conocí el pecado sino por la ley, ...* y yo sin ley vivía en un tiempo; pero venido el mandamiento, el pecado revivió y yo morí (Romanos 7:7-9, cursiva añadida).

La ley fue el instrumento de muerte de la vieja naturaleza. Aseguraba que los pecadores en verdad se habían arrepentido, que se había tratado con la naturaleza de Adán clavándola en la cruz. Aseguraba que el nuevo convertido era una nueva criatura en Cristo.

De acuerdo a Romanos 7:7, la ley de Dios, y en especial los Diez Mandamientos, es la manera bíblica de despertar a los pecadores. John Wesley dijo: “El primer fin de la ley es convencer a los hombres de pecado, despertando a los que todavía duermen junto al barranco del infierno. El método ordinario de Dios es convencer a los pecadores por la ley, y solamente ése. Dios no ordenó que el Evangelio sea el medio para este fin, ni tampoco lo usó nuestro Señor para este fin”.

A. W. Pink dijo:

Los incrédulos hoy no están en condiciones de recibir el Evangelio hasta que la ley sea aplicada a sus corazones, porque “por la ley es el conocimiento de pecado”. Es una pérdida de tiempo el sembrar semillas en tierra que nunca fue arada o labrada. El presentar el sacrificio vicario de Cristo a los que son aficionados al pecado es dar lo que es santo a los perros.

Charles Spurgeon, al hablar de la preparación del terreno del corazón con el arado de la ley, dijo:

Otra razón por la que esta tierra era tan inadecuada es porque estaba totalmente sin preparación para recibir la semilla. No hubo arado antes de sembrar la semilla, ni tampoco rastrillo que la recogiera después. El que siembra sin arar, puede segar sin una hoz. El que predica el Evangelio sin predicar la ley, puede sostener todos los resultados en sus manos ya que no habrá mucho que sostener.

Robbie Flockhart solía decir, cuando predicaba en las calles de Edimburgo: “Tienes que predicar la ley, porque el Evangelio es como un hilo de seda que no se puede meter en los corazones de los hombres si antes no se ha hecho un camino con una aguja. La aguja de la ley llevará tras de sí el hilo de seda del Evangelio”. Se tiene que arar antes de sembrar si se espera segar después de sembrar.

¿A qué se refirió Jesús cuando mandó que no se diera lo santo a los perros? ¿De qué hablaba, cuando dijo: “No echéis las perlas delante de los cerdos, no sea que las pisoteen, y se vuelvan y os despedacen”

(Mateo 7:6)? La perla más preciosa de la Iglesia es “Cristo crucificado”. Predíqueles gracia a los orgullosos y observe lo que hacen con ella. Van a pisotear la sangre de Jesús con su falsa profesión, y, lo que es más, van a llegar a ser enemigos del Evangelio. Si no le despedazan físicamente, puede estar seguro que le van a despedazar verbalmente. Harán “afrenta al Espíritu de gracia” (Hebreos 10:29), esto es, insultarán al Espíritu Santo. Los “llenos de amargura” y los “tibios en la fe” son malos compañeros de la iglesia. El prosélito no convertido llega a ser doble hijo del infierno.

Los que hacen una profesión de fe sin tener un corazón humilde (producido por la ley), experimentan lo que se describe en 2 Pedro 2:22: “Pero les ha acontecido lo del verdadero proverbio: ‘el perro vuelve a su vómito, y la puerca lavada, a revolcarse en el cieno’ ”. Éste es el resultado trágico de echar las perlas del Evangelio de la gracia a los soberbios, a los que la Biblia llama “perros” y “cerdos”.

El falso convertido nunca “crucificó a la carne con sus pasiones y deseos” (Gálatas 5.24). Como el cerdo, tiene que regresar a revolcarse en el cieno. Los cerdos *necesitan* revolcarse en el cieno para así refrescar su carne. Así es con el falso convertido. Nunca se arrepintió, así que su carne no está muerta con Cristo, sino que arde en los deseos ilegítimos. Su corazón pecaminoso no puede soportar el calor de los deseos carnales; tiene que volverse al cieno.

A pesar de esto, el método nuevo y moderno de evangelismo no robó a la ley su poder de humillar los corazones orgullosos y de convertir el alma. Pero sí aumentó la velocidad del evangelístico, facilitando el lograr “compromisos”. También causó menos oposición y aparentemente logró resultados. Así que, en general, gustó.

En segundo lugar, el evangelismo moderno dejó de mencionar el día del juicio. La Biblia nos presenta el grande y terrible día del Señor como la verdadera razón para arrepentirse y confiar en el Salvador. “Pero Dios, habiendo pasado por alto los tiempos de esta ignorancia, ahora manda a todos los hombres en todo lugar que se arrepientan, *por cuanto ha establecido un día en el cual juzgará al mundo con justicia*” (Hechos 17:30-31). La nueva presentación no es fiel a Dios, pues ni siquiera menciona el acercamiento del día del juicio. La razón de la

muerte de Jesús en la cruz es para salvarnos de la ira venidera (1 Tesalonicenses 1:10). Ésta es la esencia del mensaje del Evangelio, pero en este nuevo método ni siquiera se menciona la existencia del infierno. Los “dobladores rápidos” han arrancado el corazón del Evangelio. El General William Booth, fundador del “Ejército de Salvación”, advirtió que en el Siglo XX se predicaría un Evangelio que prometería el cielo sin mencionar el infierno. El evangelismo moderno ha hecho exactamente esto. Tome su tiempo para estudiar de cerca el contenido de los folletos populares, y vea los errores de la presentación del método rápido:

- No se menciona el día del juicio.
- No se menciona el infierno.
- No se usa la ley para hacer entender el pecado personal.
- El Evangelio se presenta como un medio para obtener la felicidad en lugar de la justicia.

Ésta es una receta perfecta para obtener una falsa conversión, la del “oyente de terreno pedregoso”. Acepta la Palabra con gozo y felicidad, pero en el tiempo de tribulación, tentación y persecución, cae. Es como el joven que tenía el cuerpo “cubierto con una sábana”. Cuando vino la persecución, dejó la cubierta de la justicia y huyó desnudo.

Los falsos convertidos no son algo nuevo. George Whitefield dijo en sus días: “Ésta es la razón de que haya tantos convertidos ‘champiñones’, porque no se ara su terreno pedregoso, no tienen la convicción de la ley; son oyentes de terreno pedregoso”.

Charles Finney dijo: “La ley siempre tiene que preparar el camino para el Evangelio. El pasar por alto esto casi asegura como resultado las falsas esperanzas, la introducción de un estándar falso de lo que es la vida cristiana, y el llenar la iglesia con falsos convertidos. El tiempo lo revelará”.

Dios sabe que evito ser muy crítico con los autores de la literatura evangelística moderna. Son hermanos sinceros, fervientes, amantes y piadosos, pero a su celo por los perdidos le ha faltado el conocimiento

del uso de la ley de Dios, y los resultados son una destrucción que no se puede ignorar.

Después de descubrir la hipocresía creciente entre los que profesan fe en Cristo, un autor de los más populares folletos del tipo “Dios te ama y tiene un plan maravilloso para ti”, dijo: “La creencia de que los cristianos tienen derecho a una ‘vida placentera’ puede resultar en miembros desmoralizados de la iglesia. Esperando que la vida del cristiano sea un camino de rosas, puede ser muy desalentador para los nuevos cristianos –y también para los más maduros– cuando son conmovidos por las tormentas de la vida”.

En este libro, el mismo autor llora por el pecado evidente en la iglesia contemporánea. Tristemente, el caballo de la santidad ha escapado porque se ha quitado la puerta de la ley.

En tercer lugar, el método moderno también pasó por alto el pecado. Probablemente, la principal mención que se hace del pecado en el evangelismo moderno es Romanos 3:23: “Por cuanto todos pecaron y están destituidos de la gloria de Dios”. Al ver esta Escritura, la pregunta que yo haría si no fuera cristiano, sería: “¿Qué significa ‘gloria’?” Muchas veces oímos la palabra pecado en la arquería, para hacer saber al que mandó la flecha que la flecha no logró llegar hasta el blanco. Ahora bien, si no logré llegar al blanco, quisiera cuando menos saber cuál era el blanco, dónde estaba y por cuánto fallé, para saber si debo renunciar o tirar otra flecha.

La palabra griega usada en este versículo es *doxa*, que quiere decir “honor, adoración y alabanza”. La humanidad no logró la meta de darle al Creador el debido honor, adoración y alabanza. No hemos amado a Dios con todo el corazón, mente, alma y fuerza, lo que es la esencia de la ley (Marcos 12.30). “Todos pecaron” viene en el contexto donde Pablo dice que la ley ha dejado culpable a todo el mundo ante Dios (Romanos 3:19). Decir “pecado” al pecador, sin decirle el blanco al que está apuntando, es hacerle pensar que puede seguir intentando vivir mejor. Pero si se le muestra la ley, se le deja sin esperanza de algún día alcanzar el blanco, para que su única esperanza esté en el Salvador.

REVISE LA TIERRA

Aquí está nuestro problema: el 90 por ciento de la cosecha evangelística se está perdiendo. Se marchita y muere, cuando la luz del sol de tribulación, persecución y tentación cae sobre ella. Animamos a las personas a crecer y ser regados con la Palabra; les damos el fertilizante del consejo y el apoyo; les damos el seguimiento completo; pero todo sin fruto.

Entonces hay que revisar la tierra. Si nos tomamos el tiempo suficiente para volvernos completamente a la ley, a la tierra del corazón antes de sembrar la semilla del Evangelio, nos aseguraremos de que las piedras del pecado se quitarán con el arrepentimiento. Dios nos ha mostrado cómo es el lugar donde estamos sembrando. La tierra del corazón humano está muy dura. Las Escrituras lo llaman “corazón de piedra” (Ezequiel 36:26).

He oído que es una cosa normal y bíblica que el setenta y cinco por ciento de los que vienen a Cristo se alejen. Así, durante el llamado al altar, muchos predicadores saben que sólo una de cada cuatro personas que responden seguirá en la fe. Es muy probable entonces que no se alarmen con las estadísticas modernas que muestran una falla de un ochenta a noventa por ciento.

Esta idea la basan en la parábola del sembrador, que muestra que solamente el veinticinco por ciento de la siembra fue sobre buena tierra (Marcos 4:1-20). Sin embargo, no creo que Jesús nos haya dado esta parábola como consuelo por nuestros desalentadores resultados evangelísticos. Creo que nos la dio para nuestra instrucción.

Si estudiamos la parábola de cerca, vemos que el oyente de tierra buena, el convertido *genuino*, tenía algunas cosas que les faltaban a los demás. Tenía *entendimiento* (Mateo 13:23), y un *corazón bueno y recto* (Lucas 8:15). ¿Quiere decir esto que en la humanidad hay los que de alguna manera tienen entendimiento y un corazón bueno y recto, y que debemos seguir sembrando hasta que los encontremos? No, pues la Escritura deja muy claro que no hay quien entienda (Romanos 3:11), y que el corazón del hombre no es bueno, sino engañoso y perverso (Jeremías 17:9).

Entonces, ¿cómo obtuvo estas virtudes el convertido genuino? Queda claro que fue algo fuera de su corazón lo que le dio el entendimiento y un corazón bueno y recto. El ayo le ha enseñado que su corazón era perverso. La ley removió la tierra de su corazón y expuso las piedras del pecado. Cuando éstas fueron quitadas por el arrepentimiento, quedó la buena tierra de entendimiento y un corazón que se vio como en verdad es.

Una película antigua mostraba a un representante de la ley que entraba en un casino ilegal. Mire lo que el gerente le preguntó al oficial de la ley: “¿Va usted a hablarle a la gente antes de arrestarla? A ellos se les tiene que deletrear la ley para que sepan que lo que están haciendo es malo”. ¿Verdad que tiene razón? ¿Cómo vendrían tan pacíficamente los apostadores si no supieran que están traspasando la ley?

Si seguimos usando el método de los dobladores rápidos en el evangelismo, seguiremos produciendo “convertidos” de terreno pedregoso, con los resultados devastadores que veremos en el siguiente capítulo.

7 - Cuerpos Destrozados

Ahora venga conmigo para contemplar una vista trágica y espeluznante. Vamos al lugar de aterrizaje en el cual tantos han caído después de haberse convertido al Señor Jesucristo usando el método de los dobladores rápidos:

- *En 1990 se obtuvieron 600 decisiones en una campaña de evangelización en los Estados Unidos. Sin duda hubo mucho regocijo. Sin embargo, después de noventa días, los obreros de seguimiento no hallaron una sola persona que continuara en su fe. Esta campaña de evangelización produjo 600 resbalados, o, más bíblicamente hablando, “falsos convertidos”.*

• *En Cleveland, estado de Ohio, durante una campaña de evangelización en el interior de la ciudad, la alegría cesó cuando los que estaban involucrados en el seguimiento no pudieron hallar a ninguno de los que habían tomado una decisión.*

• *En 1985, en una campaña de evangelización que duró cuatro días, se obtuvieron 217 decisiones, pero, de acuerdo a un miembro del comité organizador, se perdieron un noventa y dos por ciento.*

• *Charles E. Hackett, director nacional del departamento de misiones nacionales de las Asambleas de Dios, dijo: “Un alma junto al altar ya no genera mucha emoción en muchos círculos, porque reconocemos que aproximadamente noventa y cinco de cada cien personas no van a integrarse a una iglesia. La verdad es que la mayoría de ellos ni siquiera regresará para visitarla otra vez”.*

• *En su libro Today’s Evangelism, Ernest C. Reisinger comenta lo siguiente acerca de una campaña especial de evangelización: “Duró ocho días, y supuestamente hubo sesenta y ocho convertidos. Sin embargo, después de ocho días, no se pudo encontrar a ninguno de los convertidos”.*

• *En 1991, los organizadores de un concierto en Salt Lake City se encargaron también del seguimiento. Dijeron que menos del cinco por ciento de los que responden a un llamado al altar durante una campaña de evangelización pública viven una vida cristiana al cabo de un año. En otras palabras, más del noventa y cinco por ciento mostraron ser falsos convertidos.*

• *Un pastor de Boulder, Colorado, mandó un equipo a Rusia en 1991 y logró 2500 decisiones. Al año siguiente pudieron comprobar que sólo 30 seguían en la fe. Estos datos arrojan un porcentaje de retención de poco más del uno por ciento.*

• *Un orador invitado de Estados Unidos obtuvo 400 decisiones en una iglesia local en Leeds, Inglaterra. Pero después de seis semanas, solamente dos seguían, y también ellas se alejaron con el tiempo.*

- *Una gran campaña de evangelización registró 18.000 decisiones, pero de acuerdo a una revista sobre el crecimiento de la Iglesia (Church Growth Magazine), lamentablemente, más del noventa y cuatro por ciento nunca se incorporaron a una iglesia local.*

- *En noviembre de 1970 se unieron varias iglesias para una convención en Fort Worth, Texas, y aseguraron 30,000 decisiones. Después de seis meses, el comité de seguimiento pudo hallar solamente a treinta personas que seguían en la fe.*

- *En Sacramento, California, una campaña de evangelización combinada produjo más de 2.000 compromisos. Una iglesia quiso dar seguimiento a 52 de estas decisiones y no pudo encontrar a ningún convertido.*

- *Una importante denominación de los Estados Unidos publicó que durante el año 1995 había logrado 384.074 decisiones, pero que solamente retuvieron 22.983 personas en la comunión de la iglesia. No pudieron dar cuenta de las otras 361.051 supuestas conversiones. Esto indica un porcentaje de pérdida del noventa y cuatro por ciento.*

- *Un pastor en Omaha, Nebraska, dijo que estuvo involucrado en una campaña de evangelización donde se hicieron 1.300 decisiones, pero ningún convertido siguió en la fe.*

- *El pastor Dennis Grenell de Auckland, Nueva Zelanda, que ha viajado a la India cada año desde 1980, declaró que había visto 80.000 tarjetas de decisiones en una choza en la ciudad de Rajamundry como resultado de una campaña evangelística años atrás. Lo triste es que tan sólo existían 80 cristianos en toda la ciudad.*

- *En la edición de marzo y abril de 1993 de American Horizon, el director nacional de misiones locales de una de las principales denominaciones de Estados Unidos, mostró que, en 1991, 11.500 iglesias habían registrado 294.784 decisiones para Cristo. Desafortunadamente, tan sólo hallaron a 14.337 de esas personas en comunión cristiana. Esto quiere decir que, a pesar de que*

indudablemente se hacía un intenso seguimiento, no pudieron dar cuenta de aproximadamente 280.000 de esas decisiones.

- *En un importante canal cristiano de televisión se emitió una entrevista con un líder cristiano de Rusia el día 5 de julio de 1996. Según esta persona, “De los convertidos rusos, muchos miles han recibido salvación y sanidad, pero como no hay muchos líderes, no muchos han continuado en la fe”.*

Note a quién se culpa en este caso. Se perdieron porque necesitaban más líderes. A la luz de la verdad de que Dios “es poderoso para guardaros sin caída, y presentaros sin mancha delante de su gloria con alegría” (Judas 24 versión Reina-Valera), o Dios no pudo guardarlos o más bien Su mano nunca estuvo en esas profesiones de fe.

Estadísticas como las anteriores son difíciles de encajar. ¿Qué comité organizador gritaría desde los tejados que, después de mucha oración antes de una gran campaña evangelística, cientos de miles de dólares gastados, los servicios de un evangelista de renombre y grandes esfuerzos en el seguimiento, los maravillosos resultados iniciales casi han desaparecido? Estas noticias no solamente serían muy desalentadoras para los que invirtieron tanto esfuerzo y tiempo en dicha campaña de evangelización, sino que el comité no tendría ninguna razón para explicar por qué una captura tan grande había desaparecido. Por eso, las estadísticas de este tipo se meten bajo la silenciosa alfombra de la discreción.

Un periódico del sur de California se atrevió a imprimir el artículo siguiente en julio de 1993: “Las campañas de evangelización no hacen tanto por los incrédulos como algunos pudieran pensar”. Según Peter Wagner, profesor en materia de “Crecimiento de la iglesia” en el Full Theological Seminary de Pasadena, “entre el trece y el dieciséis por ciento de los que toman una decisión en las campañas de evangelización llegan a ser miembros responsables de una iglesia”. Y eso sin contar a los cristianos que rededican sus vidas.

Estas estadísticas que arrojan un porcentaje de alejamiento de un ochenta y cuatro a un noventa y siete por ciento no se limita a las

campañas de evangelización, sino que es general en el evangelismo de las iglesias locales. En su libro *Fresh Wind, Fresh Fire*, (Aire fresco, fuego fresco), el autor Jim Cymbala observa la falta de crecimiento en la iglesia: “A pesar de toda la emisión cristiana y las campañas de alto perfil, el número de cristianos no aumenta a nivel nacional. La asistencia a la iglesia durante una semana es de tan solo el 37 por ciento de los habitantes, el porcentaje más bajo en diez años, aunque un 82 por ciento de los norteamericanos dicen ser cristianos” (Zondervan p. 80). El problema no está en las campañas de evangelización, sino en los métodos y el mensaje del evangelismo moderno.

Tristemente, estos no son casos aislados. Los cuerpos destrozados de los que erróneamente se llaman “resbalados” en el pecado, se hallan esparcidos por el suelo como resultado desastroso del Evangelio del método rápido.

Hace no mucho tiempo recibí la siguiente carta de un pastor de Florida:

Hemos visto más de un millar de personas que han aceptado al Señor en las calles. De estas personas, son muy pocas las que permanecen en la iglesia. He estado analizando esto; el mes pasado por ejemplo, prediqué a 155 personas el Evangelio completo (muerte, sepultura y resurrección) con el enfoque en el arrepentimiento y la remisión de pecados. Setenta personas hicieron un compromiso con Cristo. Sé que mi predicación fue la correcta, pero también sé que necesito un mejor seguimiento. ¿Podría darme algunas sugerencias?

Su dilema era que estaba predicando la luz del Evangelio (muerte, sepultura y resurrección de Cristo), sin usar la ley para despertar a los oyentes. Al igual que muchos otros que se enfrentan a este enigma, él pensaba que sus convertidos necesitaban más seguimiento. Un ministro respetado, cuyo programa evangelístico ha alcanzado a todo el mundo, dijo que su propósito es llegar al corazón de ese porcentaje de convertidos alejados haciendo un gran *énfasis en el seguimiento*. Sin embargo, caer en la trampa de pensar que el seguimiento es la respuesta es igual que creer que poniendo a un bebé que ha nacido muerto en la incubadora, resolveremos el problema.

El autor Gordon Miller escribió sobre su profunda preocupación por los profesantes convertidos que se quedan en la iglesia, pero que siguen en el pecado. Escribió lo siguiente:

Hace algunos meses me llamó un pastor anciano de una iglesia grande y creciente para comentarme algo sobre una nueva situación en su iglesia: un número creciente de convertidos incluyen cosas de la vida pasada en su vida cristiana y hacen cosas que asustan a sus líderes.

He aquí mi respuesta después de algún tiempo de reflexión:

Lo primero que hay que decir es que esta iglesia y sus ministros no han diluido el Evangelio ni han rebajado sus estándares. Esta iglesia es una de las mejores del país, con líderes dotados y piadosos. Predican un Evangelio puro sin temor y aun son mejores en la enseñanza que años atrás. Sin embargo, un número creciente de convertidos falla en mostrar un cambio moral en sus vidas.

Otra vez, un Evangelio sin compromisos no despertará a los pecadores. Esa no es su función. El autor y maestro de la Biblia, Paris Reidhead, cuando comentaba sobre el ministerio de Charles Finney, escribió:

Finney estuvo en Rochester, Nueva York, donde un comité de ciudadanos excepcionales fue encargado por Henry Ward Beecher para estudiar a los convertidos que habían venido a Cristo tras la predicación de Finney hacía una década. Se comprobó que el ochenta y cinco por ciento de los que hicieron profesiones de fe bajo la predicación de Finney todavía seguían viviendo fielmente para Cristo.

En contraposición, se ha revelado que solamente el uno y medio por ciento de los que deciden seguir a Cristo en las campañas evangelísticas de hoy en día seguirán viviendo como cristianos después de dos años. Esto debería darle una idea de

cuánto nos hemos alejado de la Palabra de Dios. (Finding the Reality of God –Hallando la Realidad de Dios–)

Probablemente usted esté pensando: “Pero a mí no me predicaron la ley cuando yo vine a Cristo”. Permítame hacerle algunas preguntas. Cuando vino al Salvador, ¿tenía conocimiento de pecado? Debe de haberlo tenido porque, si no, no se habría arrepentido. La persona que se arrepiente, se vuelve del pecado, y el pecado es transgresión de la ley (1 Juan 3:4).

Entonces, ¿cuál era su pecado? ¿Era codiciar el sexo opuesto, el adulterio o la fornicación? Si es así, entonces su pecado era la transgresión del séptimo mandamiento. ¿Robó (octavo mandamiento)? ¿Odió (sexto)? ¿Mintió (novenos)? ¿Blasfemó (tercero)? ¿Codició (décimo)? ¿Fue egoísta e ingrato para con Dios? ¿Reconoció que Dios debía tener el primer lugar en su vida (primero y cuarto)? ¿O probablemente se dio cuenta que Dios no era como usted se lo imaginaba o como se lo había fabricado (segundo)? ¿Se sintió mal por su mala actitud hacia sus padres (quinto)? ¿Cómo supo que había pecado contra Dios? ¿No fue porque tenía conocimiento de los Diez Mandamientos? Alguien, en algún lugar y de alguna manera le dijo: “No matarás, no robarás, etc.”, y su conciencia daba testimonio de la Ley. Como Pablo, usted también puede decir: “No conocí el pecado sino por la Ley” (Romanos 7:7).

ESTADÍSTICAS IMPERSONALES

Un sábado de 1998, cerca de Davis, California, una estudiante de Sacramento y un instructor de salto con paracaídas (que había hecho como dos mil saltos) se lanzaron de un avión desde una altura de 5000 metros. Ambos tenían poco más de veinte años. Trágicamente, el paracaídas falló a la hora de abrirse. Algunos testigos dijeron que habían oído los gritos de ayuda, y que habían sentido el impacto desde una distancia de dos campos de fútbol. Era el primer salto de la mujer. No es necesario decir que fue el último de ella y de su instructor.

He relatado este suceso verdadero para personalizar más el horror de ver a alguien encomendar su vida al paracaídas, y que éste falle. Uno

nunca podría olvidar los gritos de una mujer aterrorizada, ni la experiencia de sentir el movimiento de la tierra al ser golpeada por su frágil cuerpo.

La fría estadística de que aproximadamente uno de cada cien mil saltos terminan de esta manera no parece impactarnos mucho, pero (dependiendo de la sensibilidad de cada cual) los detalles de la muerte de una mujer joven son espeluznantes. De la misma manera, podemos hablar de los cientos de miles de personas que dejan la fe, y perder de vista la realidad de que estamos hablando de la salvación de seres humanos *individuales*.

No puedo expresar con palabras cuánto me quebranta el corazón el ver cuantos convertidos del método rápido han dejado la iglesia, y las multitudes de falsos convertidos que aún están en ella. A. W. Tozer escribió: “En mi opinión, decenas de miles de personas, si no millones, han sido llevados a algún tipo de experiencia religiosa al aceptar a Cristo, y no han sido salvos”.

No solamente estamos hablando de estadísticas sino de la salvación de hombres y mujeres de la muerte y de la eterna condenación en el infierno. Tenemos que terminar radicalmente con el método rápido y fácil, aunque este método elimine el reproche del Evangelio y parezca llenar nuestras iglesias.

Por favor, no caiga en la tentación de ignorar los resultados devastadores del evangelismo moderno y de ver a los comparativamente pocos que siguen en la fe como justificación del método. Recuerde que por cada 1.000 convertidos genuinos, hay como 9.000 que se hallan destrozados y esparcidos sobre la tierra de los corazones duros, como resultado directo de los métodos fáciles y rápidos del evangelismo moderno.

8 - Lo Asombroso de la Gracia

Una editorial cristiana, después de reconocer que no podían dar cuentas de 280.000 convertidos, concluyó diciendo: “Algo anda mal”.

Algo ha estado mal desde hace casi cien años de evangelismo, desde que la Iglesia abandonó la llave para llegar al corazón del pecador. Como hemos visto, cuando echó a un lado la ley de Dios en su función de convertir el alma (Salmo 19:7), la Iglesia eliminó la única manera en la que el pecador puede ver su necesidad del perdón de Dios.

Romanos 5:20 nos explica por qué entró en escena la ley de Dios: “Pero la ley se introdujo para que el pecado abundase; mas cuando el pecado abundó, sobreabundó la gracia”. Cuando abunda el pecado, sobreabunda la gracia, y, de acuerdo a las Escrituras, lo que hace sobreabundar la gracia es la Ley.

Podemos ver cómo obra la ley de Dios con una ilustración de la ley civil. Observe lo que sucede en la carretera cuando no hay ninguna señal de tráfico. Observe como los automovilistas sobrepasan el límite de velocidad. Parece que cada persona que traspasa el límite de velocidad se recuerda a sí mismo que los guardas de tráfico han olvidado patrullar su parte de la carretera. Por eso, en opinión de esa persona, sólo está transgrediendo la ley en 25 km/h., y, además, él no es el único que lo está haciendo.

Observe lo que sucede cuando el coche de la policía aparece en el retrovisor con las luces rojas intermitentes. El corazón del conductor da un brinco. En ese momento ya no se siente seguro con la excusa de que los demás también exceden la velocidad. Sabe que, personalmente, es tan culpable como cualquier otro, y que la ley le podría detener a él mismo. De repente, su transgresión de solamente 25 km/h. ya no le parece ser tan pequeña; ahora se le hace enorme.

Ahora vea la carretera del pecado. Naturalmente todo el mundo se mueve con la corriente. ¿Quién no ha tenido un amorío (o por lo menos lo ha deseado) algún día? En la sociedad de hoy, ¿quién no dice una mentira piadosa de vez en cuando? ¿Quién no toma lo ajeno de tanto en tanto? Saben que están haciendo mal, pero su seguridad es que hay muchos que son igualmente culpables, o incluso más. Parece que a Dios se le ha olvidado del todo el pecado y los Diez Mandamientos –“el malo dice en su corazón: Dios ha olvidado; ha encubierto su rostro; nunca lo verá” (Salmo 10:11).

Vea ahora cómo entra la ley con sus luces rojas intermitentes. El corazón del pecador se para y entonces se pone la mano sobre la boca. Examina el velocímetro de su conciencia. De repente, la conciencia le muestra la medida de su culpa a una nueva luz –la luz de la ley. Su sentido de seguridad de que hay muchos que hacen lo mismo llega a ser insignificante porque sabe que cada uno dará cuenta a Dios por sí mismo. El pecado no solamente llega a ser personal, sino que también parece “sobreabundar”. Su codicia sexual se convierte en *adulterio del corazón* (Mateo 5:27-28), sus mentiras piadosas, en *falso testimonio*; su propia voluntad llega a ser *rebelión*; su odio, *matanza*; sus dedos largos le hacen un *ladrón*. “Pero la ley se introdujo para que el pecado abundase”. Sin que entre la ley, el pecado está muerto. “Porque sin la ley el pecado está muerto” (esto es, en el sentido de que es una cosa inactiva y sin vida). (Romanos 7:8).

Fue el mandamiento el que le mostró que el pecado verdaderamente es “sobremanera pecaminoso” (Romanos 7:13). Pablo hablaba por experiencia propia, porque él se había sentado a los pies de Gamaliel, el gran maestro de la Ley, y por eso vio el pecado con todos sus colores.

LA OFENSA Y LA LOCURA DE LA CRUZ

De acuerdo a las Escrituras, “por medio de la ley es el conocimiento del pecado” (Romanos 3:20). Para ilustrar este punto, imagínese que yo le dijera: “*Alguien acaba de pagar por usted una multa de 3.000 euros por exceso de velocidad*”. Probablemente me contestaría con una sonrisa: “¡A mí no me han puesto una multa de 3.000 euros!” Su reacción sería comprensible. Si usted no supiera en primer lugar que ha transgredido la ley, las buenas nuevas de que alguien ha pagado la multa por usted no representarían una buena noticia sino que le parecerían una locura. Mi insinuación de que ha hecho algo ilegal hasta le parecería ofensiva.

Pero probablemente tendría más sentido si yo se lo dijera de esta manera: “Hoy la guardia civil le ha visto ir a 90 km/h en un área designada para una convención de niños ciegos. Usted ignoró diez señales de advertencia que decían que la velocidad máxima era de 25 km/h. Lo que hizo fue *extremadamente* peligroso. La multa es de 3.000

euros o encarcelamiento. Los agentes estaban a punto de darle alcance cuando un desconocido llegó y pagó su multa. La verdad es que es muy afortunado”. ¿Puede ahora ver cómo el compartir las buenas nuevas antes de hacer ver al pecador su culpa lo dejará pensando tan sólo que las buenas nuevas no son más que puras locuras? Sin embargo, haciéndole ver claramente su transgresión damos sentido a las buenas nuevas. Una explicación clara de la ley le hace *ver claramente su transgresión de la ley*, y le ayuda a entender y a apreciar las nuevas de que su multa ha sido pagada.

De la misma manera, el hablarle a alguien las buenas nuevas de que Jesús murió por él en la cruz por su pecado, no le llamará la atención. “Porque la palabra de la cruz es locura a los que se pierden” (1Corintios 1:18). Por eso es muy comprensible cuando dice: “¿De qué está hablando? No tengo ‘pecado’. Intento vivir una vida buena, etc”. El que usted le insinúe que él es pecador, cuando él no lo cree, le será ofensivo.

Pero los que toman el tiempo para seguir las pisadas de Jesús y desvelan el lado espiritual de la ley, explicando cuidadosamente el significado de los Diez Mandamientos, verán que el pecador queda declarado culpable como transgresor por la ley (Santiago 2.9). Y una vez que entienda su transgresión, las buenas nuevas no le serán ofensivas ni locura, sino serán poder de Dios para salvación.

¿DE QUÉ PECADO ESTÁS HABLANDO?

Cuando David pecó con Betsabé, quebrantó todos los Diez Mandamientos. Codició a la mujer de su prójimo, vivió una mentira, la robó, cometió adulterio, asesinó a su esposo, deshonoró a sus padres y también quebrantó los otros cuatro mandamientos referentes a su relación con Dios. Entonces Dios le mandó al profeta Natán para reprenderle (2Samuel 12:1-13). Hay un gran significado en el orden en que vino la reprensión. Natán le dio a David (el pastor de la nación de Israel) una parábola acerca de algo que podía entender: las ovejas. Empezó en el campo de lo natural en lugar de exponer el pecado del rey inmediatamente. Le contó la historia de un hombre rico que, en lugar de

matar a un cordero propio, mató al único cordero de un hombre pobre para alimentar a un desconocido.

David se indignó y se acomodó en su alto trono de justicia propia. Mostró su conocimiento de la ley al decir que el culpable tenía que restaurar cuatro veces lo robado y que debía morir por su crimen. Entonces Natán expuso el pecado del rey de tomar el “cordero” de otro hombre, diciendo: “Tú eres aquel hombre. ¿Por qué, pues, tuviste en poco la palabra de Jehová, haciendo lo malo delante de sus ojos?” Cuando David dijo: “He pecado contra Jehová”, el profeta entonces mostró gracia para con él y le dijo: “También Jehová ha remitido tu pecado; no morirás”.

Imagínese si Natán, por temor a ser rechazado, hubiera cambiado un poco las cosas y le hubiera dicho: “Dios te ama y tiene un plan maravilloso para tu vida. Pero hay algo que te está impidiendo gozar de este plan maravilloso; se llama pecado”.

Imagínese que hubiera prestado poca atención al pecado personal, haciendo referencia general a que todos los hombres han pecado y están destituidos de la gloria de Dios. La reacción de David pudiera haber sido: “¿De qué pecado estás hablando?”, en vez de admitir su transgresión terrible. Piénselo ¿Por qué hubiera tenido que clamar: “he pecado contra Jehová” al oír tal mensaje? En lugar de ello, habría podido, con un deseo sincero de experimentar ese plan maravilloso, admitir que él, como todos los hombres, había pecado, y que había sido destituido de la gloria de Dios.

Si a David no se le hubiera hecho temblar bajo la ira de la ley, el profeta habría eliminado la única manera de producir quebrantamiento verdadero, lo cual era tan necesario para el arrepentimiento de David. La “tristeza según Dios” produce arrepentimiento (2 Corintios 7:10). El peso de su culpa le hizo decir: “He pecado contra Jehová”. La ley le causó trabajo y carga, le hizo tener hambre y sed de justicia. Le alumbró acerca de la muy seria naturaleza del pecado contra Dios.

Recientemente recibimos una carta de alguien que había leído nuestra enseñanza vía Internet y había decidido usar la ley en su predicación. Decía lo siguiente: “Estuve visitando diferentes prisiones

de Lebanon, Tennessee, y testifiqué a alrededor de veinte reclusos endurecidos que estaban bajo Alta Seguridad. ¡Nunca vi a hombres adultos llorar así!”

Esta carta nos vino de Colorado: “Dios me guió hacia su enseñanza. Un poder y una unción nueva me llenaron, y al predicar la ley en los últimos nueve meses he visto como se multiplica el fruto. Hombres adultos llorando, jóvenes cayendo de rodillas ante sus compañeros y los escépticos mirando las cosas de una manera diferente”.

El pecado es como una cebolla. La cáscara de fuera representa la autojustificación dura y seca. Solamente cuando se tira la cáscara exterior hace llorar al ojo humano. La ley pela la cebolla y permite que el corazón sea constreñido.

EL FLORERO

Un niño rompió el florero antiguo de su padre. Era el florero que le habían prohibido tocar. Valía alrededor de 900 euros, pero el niño, pensando que sólo valía 20 euros, no lo cuidaba mucho. Después, cuando le comentaron el valor verdadero, vio la seriedad de lo que había hecho y verdaderamente lo lamentó. El entender con seriedad que había roto un florero muy valioso que ya le habían prohibido tocar, le ayudó a lamentarlo. Si no le hubieran explicado el valor del florero, no lo habría lamentado verdaderamente. ¿Se sentiría usted perturbado si hubiera roto un florero fácilmente reemplazable?

El mensaje sin leyes “Dios te ama y tiene un plan maravilloso para tu vida” no hace que el pecador tiemble. No le muestra la naturaleza fea de su transgresión, y por eso no provoca la tristeza según Dios, que es la que produce arrepentimiento.

¡Cuán veraces son estas palabras dichas por el príncipe de los predicadores, Charles Spurgeon!: “La ley desempeña un papel muy necesario”. También dijo de los pecadores: “Nunca aceptarán la gracia hasta que tiemblen ante una ley justa y santa”. Los que ven el papel de la ley serán Hijos del Trueno, antes de ser Hijos de Consolación. Saben

que los zapatos del orgullo humano tienen que ser quitados, antes que los pecadores puedan acercarse a la zarza ardiente del Evangelio”.

Es importante reconocer que se puede hacer reaccionar con lágrimas y sentimientos a los pecadores al decirles que Dios los ama. Este mensaje es más pertinente para ambos, el cristiano y el pecador. Es más fácil hablar de amor que hablar de pecado. Hace muchos años, antes de que conociera la función de la ley de Dios, hablé con una prostituta diciéndole que Dios la amaba, y el gozo fue mío al ver que inmediatamente empezó a llorar. Yo desconocía que sus lágrimas no eran una refleja de la tristeza según Dios, sino una respuesta emocional producto de su necesidad del amor de un padre. En mi ignorancia, gozosamente la guíé en la oración del pecador. Pero me desilusioné después de algún tiempo al saber que se había apartado de la fe y que su corazón sensible se había endurecido hacia las cosas de Dios.

Parece paradójico, pero la ley hace sobreatundar a la gracia, así como las tinieblas hacen que la luz brille. Fue John Newton, quien escribió el canto “Sublime Gracia”, el que también dijo que un entendimiento falso del equilibrio entre la ley y la gracia “produciría un error en ambas manos, la derecha y la izquierda”. No creo que alguien de nosotros pudiera tener un mejor entendimiento de la gracia, que el que escribió este himno.

Entonces surge la pregunta: ¿debería un pecador ser atraído por la ley o por gracia, por el temor o por el amor, cuando lo que está en juego es su salvación? Esto lo veremos en el siguiente capítulo.

9 - ¿De Qué Huyeron?

In 1993, las autoridades de tráfico de Washington D.C. se hallaron ante un dilema. A los trabajadores de una embajada se les había notificado varias veces una cantidad enorme de infracciones de las normas de estacionamiento pero, por su posición social, eran inmunes a cualquier tipo de proceso fiscal. Por la misma razón ellos no sentían

ninguna obligación de pagar sus infracciones. Hasta aquella fecha debían a la ciudad seis millones de dólares en multas.

¿Qué sucedió? Simplemente no tenían ningún respeto por la ley ni por los agentes de la ley; no tenían temor a ningún castigo. Por eso llegaron a ser tan atrevidos como para transgredir la ley de aquella manera.

Pero, en un esfuerzo por obligarles a pagar sus deudas, las autoridades aprobaron una normativa por la cual los vehículos de los transgresores del Código de Circulación no podrían ser registrados, con lo que se prohibiría a los infractores conducir sus automóviles.

Lo mismo ha sucedido con la iglesia. Ha dejado de predicar el castigo futuro para quienes han transgredido la ley de Dios. Por eso los pecadores son tan atrevidos para pecar. Le han perdido el respeto a la ley y a su agente, la Iglesia.

En San Diego, hay un club de alterne que tiene un gran letrado que dice: “Nosotros no creamos el pecado, solamente lo perfeccionamos”. Un canal televisivo se jactaba de sus programas para adultos diciendo: “Garantizado para transgredir más mandamientos que cualquier otro”. La portada de una revista en el aeropuerto de Los Ángeles decía: “Juego de sexo de jóvenes”. Cosas tan malas que se presentan como si fueran muy buenas. Estamos *tan* avergonzados. El mundo secular ha llegado a perder el temor de Dios; pero ¿cómo podemos esperar que teman al Señor, cuando gran parte de la Iglesia misma se ofende con su doctrina? Aunque no lo sepan, diariamente están amontonando castigo por transgredir la ley, pensando que nunca tendrán que pagar la multa. Atesoran ira para el día de la ira (Romanos 2:5). Si en aquel día son hallados culpables, pagarán por ella con sus almas. Tendrán que pagar en el infierno. Si no se les convence que el día de liquidación se acerca, que Dios traerá a juicio cada cosa secreta, sea buena o mala, seguirán creyendo que Dios no pide cuentas.

NO MOTIVADO POR TEMOR

L. E. Maxwell, maestro de la Biblia y director del Prairie Bible Institute en Alberta, Canadá, escribió sobre la forma en que los estudiantes “alcanzan” la salvación. Algunos fueron “motivados por temor”, otros fueron “motivados por amor”. Observó que, entre 1931 y 1949, el sesenta y cinco por ciento de los 2.507 estudiantes fueron motivados por temor, mientras que solamente el seis por ciento fue motivado por el amor. El otro veintinueve por ciento vino con otro motivo o ni siquiera podían recordar por qué vinieron al Salvador. Mientras llega el día del juicio uno solamente puede preguntarse cómo es que encontraron el arrepentimiento aquellos que no fueron motivados por el temor. Esto provoca las siguientes preguntas:

Quando encontraron el arrepentimiento, ¿de qué se arrepintieron? *Tiene* que haber sido “pecado”.

Quando entendieron que habían pecado contra Dios, ¿no temieron? ¿No tuvieron suficiente reverencia a Dios para que se produjera temor del Señor, el principio de la sabiduría?

Quando se volvieron del pecado, ¿cómo “escaparon de la ira venidera” sin temor?

Si fueron “motivados por el amor de Dios” demostrado en la cruz, ¿no temieron al ver hasta qué extremo fue Dios para redimirles por causa de su pecado?

Como cristianos, ¿ya llegaron al punto de temer a Dios? ¿Qué piensan cuando leen que Dios mató a un hombre y una mujer porque desobedecieron el noveno mandamiento (Hechos 5:1-10)? ¿Piensan que el salmista se equivocó cuando escribió: “Mi carne se ha estremecido por temor de ti, y de tus juicios tengo miedo” (Salmo 119:120)? ¿Han obedecido el mandamiento de Jesús: “Pero os enseñaré a quién debéis temer: temed a aquel que después de haber quitado la vida, tiene poder de echar en el infierno; sí, os digo, a éste temed” (Lucas 12:5)? Salmo 2:11 manda: “Servid a Jehová con temor, y alegraos con temblor”. La iglesia primitiva hizo exactamente esto; “caminaron en el temor del Señor” (Hechos 9:31). ¿Tienen la motivación de Pablo de buscar a los

perdidos: “Conociendo pues el temor del Señor, persuadimos a los hombres” (2 Corintios 5:11)?

La Escritura deja muy claro qué es lo que hace que los hombres huyan del pecado. Es el “temor del Señor” (Proverbios 16:6). Se entiende, pues, que la preocupación de Maxwell no era que muchos habían llegado a Cristo con temor, sino el hecho de que *muchos no había llegado así*. Cuando F. B. Meyer preguntó a cuatrocientos obreros cristianos por qué habían venido a Cristo, “un gran número dijo que fue por algún mensaje o por la influencia del temor del Señor”. Entonces añadió el famoso maestro de la Biblia: “¡Esto es más que interesante y asombroso, especialmente en estos últimos tiempos cuando muchas veces se nos culpa de no predicar el amor de Dios!” R. C. Sproul dijo: “Jesús no nos salva a Dios, sino nos salva de Dios”. También dijo: “Probablemente no haya otro concepto teológico que sea más repugnante en la América moderna que la idea de la ira divina”.

BIEN HABLADO

En una ocasión, mientras esperaba para dar testimonio a una pareja, no pude evitar escuchar el lenguaje sucio que la joven mujer estaba usando para explicar una situación desagradable para ella. Cuando logré entrar en la conversación, les di algunos de nuestros folletos, acompañados de dos de nuestros centavos con los Diez Mandamientos impresos sobre ellos, y volví la conversación a la ley. La mujer joven con la lengua suelta profesaba ser cristiana, pero cuando dije que había oído su lenguaje, y que algo no estaba en orden, admitió que ella había “resbalado”. Ella conocía bien el lenguaje del camino de salvación, pero insistía en que uno no debía venir a Cristo por temor “al día del juicio, al infierno, o a la ira de Dios”. Dijo que debíamos venir a Cristo en respuesta al amor de Dios expresado en la cruz.

Estaba claro, por su pecaminoso estilo de vida, que solamente tenía ese conocimiento en la cabeza. Ella no pensaba que este amor merecía su atención. Cuando le dije: “Jesús dijo: ‘Pero os enseñaré a quién debéis temer: temed a aquel que después de haber quitado la vida, tiene poder de echar en el infierno; sí, os digo, a este temed’ ”, entonces ella me dijo: “Creo que Dios te ha enviado a mí”.

A. W. Tozer dijo en *The Knowledge of the Holy* (El Conocimiento de lo Santo):

La justicia de Dios siempre permanecerá contra el pecador con gran severidad. La esperanza vaga y ligera de que Dios es demasiado benevolente como para castigar a los impíos ha llegado a ser un veneno fatal para la conciencia de millones. Calma sus temores y les permite practicar todas las formas placenteras de iniquidad mientras la muerte se acerca cada día y el mandato de arrepentirse se aleja sin darle ninguna atención. Como seres morales responsables, no debemos atrevernos a jugar de tal manera con nuestro futuro eterno.

Un íntimo amigo mío me dijo que como cristiano profesante, le faltaba el temor de Dios. Para él, Dios era solamente un buen amigo. Un día se dio cuenta de que los padres de su novia habían salido de la ciudad. Inmediatamente cayó de rodillas y sinceramente oró: “Esto podría ser de Ti. Señor, quiero perder mi virginidad ahora. Sabré que es de Ti si ella me invita a ir a su casa”. Ella le invitó, y ese día se convirtió en un fornicario. Entonces dio gracias a Dios sinceramente, porque creyó que Dios le había otorgado el deseo de su corazón.

Después de algún tiempo halló el arrepentimiento genuino, y ahora es salvo y sirve al Señor con fervor.

La falta del temor de Dios no se limita a los bancos de la iglesia. Casi el cuarenta por ciento de los pastores encuestados admitieron que habían tenido un amorío fuera del matrimonio después de empezar su ministerio.

Los que tienen falta del temor de Dios no se detendrán con la fornicación. Un hombre sabio dijo una vez: “Sobre todo, temo a Dios. Después de él, temo al que no le teme”. Si alguien no tiene el temor de Dios, te mentará, te robará, etc., ya que tiene la esperanza de que podrá escapar del castigo.

¿CUÁNTAS MENTIRAS?

Una vez, un niño de seis años se acercó a su padre, quien, como pastor, entendía la importancia del conocimiento del pecado. El niño dijo que quería invitar a Jesús a su corazón. El padre, sospechando que el niño tenía falta de conocimiento de pecado, le dijo que lo podría hacer cuando tuviera más edad, y le mandó acostarse.

Después de unos minutos, el niño salió de la cama y le preguntó si podía dar su corazón al Salvador. El padre, como todavía no estaba convencido de que el niño supiera lo que estaba pidiendo, y no quería que la salvación de su hijo fuera dudosa, le volvió a mandar a su cuarto. El niño volvió por tercera vez. Esta vez el padre le preguntó si alguna vez había quebrantado alguno de los Diez Mandamientos. El niño no creía haberlo hecho. Cuando se le preguntó si alguna vez había mentido, el niño dijo que no. El padre pensó por un rato y luego le preguntó cuántas veces tenía que mentir para ser un mentiroso. Cuando se aclaró que una mentira hace a uno mentiroso, el niño se dio cuenta de que había mentido y comenzó a llorar con un llanto incontrolable. Entonces, cuando el padre le preguntó si quería invitar a Jesús a su corazón, se encogió y dijo que sí con la cabeza. Se encogió porque tenía conocimiento de que había pecado contra Dios. Esto produjo temor. En ese momento, no pudo más que invitar a Jesús a entrar en su corazón. Pudo encontrar la verdadera tristeza según Dios. Aun siendo un niño, pudo convertirse.

Después de explicar la importancia del temor, L. E. Maxwell escribe: “¿Es posible enfrentarse a la majestad del Gobernador Moral sin mostrar respeto? ¿Acaso la autoridad de Su Ley no acarrea consecuencias? ¿No hay nada en Dios que podamos o debemos temer? Tuvo que ser un pecador cínico quien inventó tal cosa. Pero la historia, las Escrituras y las experiencias claman en contra de una teología tan adulterada y corrompida”.

El temor de Dios es lo que debe impedir al cristiano jugar con el eterno bienestar de los pecadores diluyendo el mensaje que se le ha confiado. Su devoción a la verdad será recompensada: “Mas los que lo

reprendieren (al impío) tendrán felicidad, y sobre ellos vendrá gran bendición” (Proverbios 24:25).

Parece que en los días de John Wesley había los que no querían predicar la ley para traer conocimiento de pecado. Justificaban su método diciendo que ellos predicaban a “Cristo, y a Él crucificado”. Entonces Wesley les enseñó su método de predicar a Cristo y a Él crucificado:

“Cuando Félix mandó traer a Pablo con el propósito de oír “acerca de la fe en Jesucristo”, en vez de predicarle a Cristo a su manera (con la que al gobernador le hubieran dado ganas de burlarse, contradecir y blasfemar), él ‘disertó acerca de la justicia, el dominio propio y el juicio venidero’, hasta que Félix, a pesar de su dureza, se espantó (Hechos 24:25). Siga este ejemplo. Predique a Cristo al pecador descuidado, al disertando sobre la justicia, el dominio propio y el juicio venidero”.

La Biblia nos aclara la razón por la que Pablo predicara así. En Hechos 28:23 leemos: “Y habiéndole señalado un día, vinieron a él muchos a la posada, a los cuales les declaraba y les testificaba del reino de Dios desde la mañana hasta la tarde, persuadiéndoles acerca de Jesús, tanto por la ley de Moisés, como por los profetas”.

Nuestra meta al predicar es persuadir a los pecadores “acerca de Jesús”. Él es el camino, la verdad y la vida. Sin Él perecerán. ¿Cómo lo hace Pablo? Él usaba tanto la profecía como la ley. La profecía apela al intelecto del hombre y crea fe en la Palabra de Dios. Al darse cuenta que la Biblia no es ningún libro cualquiera sino que contiene cientos de profecías indiscutibles que evidencian su origen sobrenatural, empiezan a creer en la Biblia. Pero la ley de Moisés apela a la conciencia del hombre y trae el conocimiento del pecado. Pablo usaba las dos cosas porque la profecía no trae conocimiento de pecado.

UNA NUEVA PRESENTACIÓN DEL EVANGELIO

Un matrimonio carismático muy conocido que tiene la meta de alcanzar a millones con el Evangelio, dice que ha descubierto un

método nuevo para lograr que se salve la gente. Dicen que un ángel le dijo a la mujer como obtendrían decisiones instantáneas:

“Imagínese que está en un restaurante y quiere que una camarera haga una decisión por Cristo. Esto es lo que le dirá:

*‘¿Sabía usted que hay dos clases de hermosas camareras?’
Su respuesta: ‘¿De veras?’ Entonces le dice: ‘Sí, las que son salvas y las que están por salvarse. ¿Cuál de ellas es usted?’ Si su respuesta es algo diferente a ‘soy salva’, dígame: ‘Repita esto conmigo: “Padre, perdona mis pecados. Jesús, ven a mi corazón. Hazme la persona que quieres que sea. Gracias por salvarme”’. Después, pregúntele: ‘¿Dónde está Jesús ahora?’ Si responde, ‘en mi corazón’, dígame, ‘¡Felicidades por ser una hija de Dios!’ Si su respuesta es otra, hágale repetir la oración otra vez”’.*

Esta pareja también dice: “Si habla con alguien, use las mismas palabras que el ángel dijo. ¡Funciona! Pero si le cambias las palabras, no funciona”’.

Esta técnica que el “ángel” dio a la mujer no es nueva. Es el método antiguo de manipular a los clientes para que respondan de la manera que uno quiere. Sin embargo, hay una diferencia importante. Las camareras están habituadas a decir sí a los clientes no solamente por su trabajo, sino porque la cantidad de sus propinas depende de ello.

¿Por qué después de 2000 años de evangelismo, un ángel de repente anunciaría un método que no está de acuerdo con la Palabra revelada de Dios? ¿De repente halló Dios un nuevo método y envió a un ángel para anunciarlo? ¿Cambió su manera de alcanzar al mundo?

Si un ángel nos da un Evangelio (o un método de proclamación evangélica), que no concuerda con las Sagradas Escrituras, deberíamos rechazarlo sin pensarlo dos veces. ¿Por qué haríamos tal cosa aunque parezca que funciona? Simplemente, porque tememos a Dios y obedecemos la seria advertencia de Pablo en Gálatas 1:8: “Mas si aun nosotros, o un ángel del cielo, os anunciare otro Evangelio del que habéis recibido, sea anatema”.

Insisto que no puedo expresar mi repulsa por este tipo de “evangelismo”. El clamor de mi corazón es que la gente sea salva del infierno, pero los métodos modernos obran *en contra*, no *a favor* de este fin. Me atrevo a decir que hacen el trabajo del diablo, y no el del Señor. En Mateo 13:25 se nos dice: “Pero mientras dormían los hombres, vino su enemigo y sembró cizaña entre el trigo, y se fue”. Como cristianos, debemos estar alerta a las obras del enemigo, entender verdaderas y falsas conversiones y tenerle suficiente temor a Dios para seguir los pasos del evangelismo *bíblico*. Debemos prestar atención a la advertencia de Pablo sobre “falsificar la Palabra de Dios” (2Corintios 2:17). John Wesley dijo que los que no se ocupan en el uso de la Ley, o son bebés en Cristo o no conocen en absoluto la verdadera regeneración”.

Un pastor de una gran iglesia me dijo que casi cada persona en el “Cinturón de la Biblia” (zona sur de los Estados Unidos denominada así por su gran número de iglesias) repite la misma frase. Tras ser personalmente confrontados sobre su relación con Cristo, dicen: “Yo he recibido a Jesucristo como Señor y Salvador. Eso ya lo sé yo”, aunque en lo profundo de sus corazones saben que no manifiestan ninguna de las señales de la regeneración. Decía este pastor que parece como que todos ellos han sido vacunados contra la verdad. Y tristemente lo han sido.

En una ocasión, recibí esta carta de una madre muy preocupada:

En un retiro de jóvenes mi hijo mayor “dio su corazón a Jesús”, y fue bautizado, pero desde entonces no ha mostrado ningún deseo sincero de vivir para el Señor. No quiero parecer ser muy crítica, pero simplemente no veo ese deseo de ninguna manera. No quiero que lo mismo suceda con mis otros dos hijos.

Sólo Dios sabe cuántos más han tenido la experiencia de ver falsas conversiones de seres queridos. Cuando estos falsos convertidos caen, se amargan y su postrer estado llega a ser peor que el primero. Han sido vacunados contra la verdad. ¿Qué le puede decir esta madre a su hijo?

Con frecuencia me encuentro con personas que son más que simplemente convertidos sin frutos; son *inconvertidos peligrosos*.

Tienen suficiente munición para hacer gran daño a la causa del Reino. Y siento compasión por ellos, porque son el triste producto de los métodos manipuladores modernos.

Cuando se encuentre a alguien que está en el ocultismo o en alguna doctrina extraña, indague un poco y no se sorprenda de que un día “aceptó a Cristo”. La Escritura nos advierte de que muchos de estos falsos convertidos dejarán la iglesia: “Pero el Espíritu dice claramente que en los postreros tiempos algunos apostatarán de la fe, escuchando a espíritus engañosos y a doctrinas de demonios” (1 Timoteo 4:1).

EL PODER MOTIVADOR

Charles Spurgeon reitera la importancia de enfatizar el día del juicio venidero:

Dios ha señalado un día en el cual juzgará a todo el mundo, y nosotros sufrimos y clamamos hasta que ponga fin al reino de maldad y traiga descanso a los oprimidos. Hermanos, debemos predicar la venida de nuestro Señor, y predicarla algo más de lo que lo hemos hecho hasta ahora, porque es el poder motivador del Evangelio. Son demasiados los que han detenido estas verdades, y de esta manera se ha debilitado el evangelismo. La punta de la flecha se ha quebrado, y su filo se ha perdido. La predicación del juicio venidero tiene poder para despertar a los hombres. Hay otra vida; el Señor vendrá por segunda vez; el juicio llegará; y la ira de Dios se revelará. Donde no se predica esto, me atrevo a decir que no se está predicando el Evangelio. Es absolutamente necesario en la predicación del Evangelio que los hombres sean advertidos de lo que sucederá si siguen viviendo en sus pecados.

¡Oiga, cirujano! ¿Es demasiado sensible como para decirle al hombre que está enfermo? ¿Espera sanar a los enfermos sin que se den cuenta y por eso los lisonjea? Pero, ¿qué sucede? Se ríen de usted y bailan sobre tus propios sepulcros. ¡Al fin se mueren! Su delicadeza es crueldad; sus lisonjas son veneno; es un asesino. ¡Detendremos a los

hombres en el paraíso de los necios? ¿Los dejaremos al sueño dulce del cual despertarán en el infierno? ¿Debemos ayudarlos a condenarse por la eternidad gracias a nuestras suaves palabras? En el nombre de Dios no lo haremos.

En el libro *Striking Incidents of Saving Grace* (Notables acontecimientos de la gracia salvadora), Henry Breedon nos habla de un predicador en Colliery, Inglaterra, que vio varias conversiones en su ministerio. Entonces, en 1861, pasó un “extranjero” por ahí, llevando a cabo reuniones en las que un “gran número de personas profesaban fe en Jesucristo”. El predicador entonces nos cuenta los tristes resultados:

Muchos de ellos regresaron al mundo en poco tiempo. El fracaso fue tan rotundo que otro miembro de ese ministerio me dijo: “No hubo ni siquiera una sola persona de las aproximadamente noventa que profesaron haber recibido al Señor en las reuniones de este hombre, que continuara asistiendo a la iglesia de Colliery”.

Ya había observado lo mismo, así que tuve un gran deseo de saber cuál era la causa de tales fracasos. Con calma, me puse a estudiar todo el asunto. Haciendo esto, pronto descubrí que la predicación que no se dirige a la conciencia del pecador y se esfuerza en quebrantar el espíritu no convertido aplicando la ley de Dios, casi nunca lleva a la salvación del alma. Y estos hombres raramente predicán la ley.

Sí, esto es, y nada más. “Por la ley viene el conocimiento del pecado”. Que todo ministro permita que esto arda en su alma por la luz y la llama del amor de Dios. Y que vaya y predique la verdad en Cristo Jesús, y muchas, muchas almas preciosas se salvarán. Pero si se omite la predicación de la ley, por mucho que se haga, las verdaderas conversiones serán escasas (Harvey Christian Publishers, págs 188, 189).

No podría dar un AMÉN más firme a su conclusión. ¡Sí, esto es, y nada más! “Por la ley viene el conocimiento del pecado”. Esta enseñanza es sumamente fundamental, pero a pesar de todo hemos

fallado en verla así. En el siguiente capítulo veremos la importancia de la motivación del pecador al responder al Evangelio.

10 - El Motivo y el Resultado

Ahora abordaré una enseñanza que comparto muchas veces y que clarifica los motivos que los pecadores deben tener cuando vienen al Salvador.

Dos hombres están sentados en un avión. Al primero se le da un paracaídas diciéndole que mejorará su vuelo. Al principio es un poco escéptico ya que no puede ver cómo un paracaídas podrá mejorar su vuelo.

Después de un rato, se decide a hacer el experimento para ver si lo que le han dicho es verdad. Habiéndoselo puesto, se da cuenta del peso sobre sus hombros, y de que tiene dificultad para sentarse bien derecho. Pero se consuela con la idea de que se le ha dicho que el paracaídas mejoraría su vuelo, así que se decide a darle un poco más de tiempo.

Mientras está esperando, se da cuenta de que los otros pasajeros empiezan a reírse de él porque está usando un paracaídas en el avión. Empieza a sentirse algo humillado. Como los demás siguen riéndose de él, se desespera, ya no aguanta más, y se sienta en su asiento, desabrocha el paracaídas, y lo tira al suelo. Desilusionado, se amarga porque aparentemente le han dicho una mentira.

Al segundo hombre se le da el paracaídas, *pero ponga atención a lo que le dicen*. Le dicen que tendrá que saltar del avión desde una altura de 10.000 metros. Él no se da cuenta del peso sobre sus hombros, ni de que no se puede sentar derecho. Su mente se consume con el pensamiento de lo que le pasaría si saltara del avión sin el paracaídas.

Analicemos, pues, el *motivo* y el *resultado* de las experiencias de cada pasajero. El motivo del primer hombre para ponerse el paracaídas era solamente mejorar su vuelo. El resultado de esta experiencia fue que, avergonzado por los otros pasajeros, se desilusionó y se amargó contra los que le dieron el paracaídas. Va a tener que pasar mucho tiempo antes de que se vuelva a poner una cosa así a su espalda.

El segundo hombre se puso el paracaídas con el único propósito de salir vivo del salto venidero. Por su conocimiento de lo que le sucedería si saltara sin el paracaídas, tiene gozo y paz en su corazón sabiendo que así será salvo de una muerte segura. Este conocimiento le da el poder de resistir las burlas de los demás pasajeros. Su actitud hacia los que le dieron el paracaídas es de profundo agradecimiento.

Escucha lo que nos dice el Evangelio moderno: “Póngase al Señor Jesucristo. Él le dará amor, paz, satisfacción y gozo duradero”. En otras palabras, Jesús mejorará su vuelo. El pecador responde, y, de manera experimental, “se pone” el Salvador, para ver si esas afirmaciones son veraces. ¿Y qué recibe? Las tribulaciones y tentaciones prometidas por Jesús. Los otros pasajeros se burlan de él. ¿Y qué hace ahora? Se quita al Señor Jesucristo; está ofendido por causa de la Palabra; está desilusionado y algo amargado, y con buena razón. Se le prometió paz, amor, gozo y satisfacción, y lo que recibió fueron aflicciones y humillación. Su amargura se dirige a los que supuestamente le dieron las buenas nuevas. Su postrer estado llega a ser peor que el primero, y llega a ser otro alejado inoculado y amargado.

En vez de predicar que Jesús hace más agradable el vuelo, deberíamos advertir a las personas que van a tener que saltar de un avión, que se ha decidido que morirán una sola vez y después vendrá el juicio. Cuando un pecador entiende las consecuencias horribles de transgredir las leyes de Dios, correrá al Salvador solamente para escapar de la ira venidera. Si somos testigos verdaderos y fieles, predicaremos esto, que hay una ira venidera, y que Dios manda a los hombres en todo lugar que se arrepientan, porque ha dispuesto un día en el cual juzgará al mundo en justicia (Hechos 17:30-31). No se trata aquí de felicidad, sino de justicia. El hecho de que la Biblia no menciona la palabra “felicidad” ni una sola vez mientras que sí menciona “justicia” de 250 a 300 veces, debería aclarar el asunto.

No importa qué feliz sea el pecador, o cuánto disfrute de los placeres temporales del pecado; sin la justicia de Cristo, perecerá en el día de la ira. La Biblia dice: “No aprovecharán las riquezas en el día de la ira, mas la justicia libraré de la muerte” (Proverbios 11:4). La paz y el gozo son frutos legítimos de la salvación, pero no es legítimo usar estos frutos como punto de atracción para la salvación. Si lo hacemos así, el pecador responderá con un motivo impuro, y sin arrepentimiento.

¿Recuerda usted por qué el segundo pasajero tenía gozo y paz en su corazón? Fue porque sabía que el paracaídas le salvaría de una muerte segura. De la misma manera, los creyentes tenemos gozo y paz porque sabemos que la justicia de Cristo nos libraré de la ira venidera.

Con esta convicción, hagamos una observación a cerca de un acontecimiento a bordo del avión. Hay una azafata nueva. Es su primer día y lleva consigo una cafetera con café hirviendo. Quiere impresionar a los pasajeros, y ciertamente lo logra. Mientras camina por el pasillo, se tropieza con los pies de alguien y derrama todo el café sobre el segundo pasajero. ¿Cuál es su reacción cuando le cae el café caliente? Naturalmente que dirá: “¡Ay, que me quemo!” Pero, ¿cree usted que va a agarrar el paracaídas y lo va a tirar al suelo? No. ¿Por qué iba a hacer algo así? Nunca se puso el paracaídas para mejorar su vuelo. Se lo puso para protegerse del salto venidero. Lo único que podrá lograr este incidente es que se ciña mejor el paracaídas en previsión del salto.

Si nos hemos puesto al Señor Jesucristo con el motivo correcto, “para huir de la ira venidera”, entonces, cuando venga la tribulación y cuando el vuelo se vuelva difícil, no nos enojaremos con Dios y no perderemos nuestro gozo y nuestra paz. ¿Por qué íbamos a hacerlo? No vinimos a Cristo para mejorar nuestra calidad de vida, sino para escapar de la ira venidera.

Si a algo le mueve la tribulación será solamente a llevar al creyente verdadero al Salvador. Tristemente, tenemos multitudes de cristianos que pierden su gozo y su paz cuando el vuelo llega a ser agitado. ¿Por qué? Porque son el producto de un Evangelio centrado en el bienestar de las personas. Vienen sin arrepentimiento, sin el cual no pueden salvarse.

¿CUÁL FUE EL PROBLEMA DE FARAÓN?

¿Por qué tardó Faraón tanto tiempo en doblegarse ante el Dios de Israel? Uno pensaría que una plaga hubiera sido suficiente para hacer que dejara al pueblo de Dios irse de inmediato. La respuesta se nos da en Éxodo 9:27-28. Después de algunas plagas terribles, Faraón mandó llamar a Moisés y Aarón y les dijo: “He pecado esta vez, Jehová es justo, y yo y mi pueblo, impíos. Orad a Jehová para que cesen los truenos de Dios y el granizo, y yo os dejaré ir, y no os detendré más”. Tales palabras probablemente podrían convencernos de que por fin estaba arrepentido. Pero Éxodo 9:30 nos da la respuesta de lo que todavía estaba faltando. Moisés le dijo: “Pero yo sé que ni tú ni tus siervos teméis todavía la presencia de Jehová Dios”. Faraón vio su pecado como algo que había hecho “esta vez”, pero su corazón todavía no temía lo suficiente a Dios como para obedecerle.

Hay muchos que profesan fe en el Salvador pero que son como Faraón. Una falta de entendimiento de la ley los ha dejado con un entendimiento poco profundo de la gravedad del pecado. Admiten que pecaron “esta vez”. Piensan que el pecado es algo que ellos hicieron una vez, en vez de ver que el pecado los ha llenado y que es toda una vida llena de transgresión. Les falta el temor de Dios, y, al igual que Faraón, estos “creyentes” claman al Señor solamente porque se hallan en medio de tribulaciones terribles. Después, al igual que el rey de Egipto, cuando se detienen las plagas de la vida, otra vez pecan y endurecen su corazón a la voluntad de Dios (Éxodo 9:34).

¿Qué, pues, es lo que quebrantará la voluntad de un pecador tenaz y rebelde, que sólo de labios honra a Dios pero que no le teme? La respuesta es que no sólo necesita ser aterrorizado con las plagas de la ley de Dios, sino que también tiene que ver la muerte del primogénito. Después de que la ley haya hecho su obra quebrantadora, el Evangelio le hará entender el costo de su redención. Su corazón temerá cuando se dé cuenta de que sólo podrá ser libre de la ira venidera si viene a través de la muerte del primogénito Hijo de Dios.

Pero la muerte de Jesús de Nazaret, quien compró nuestra salvación, no vino rápidamente. Jesús mismo nos dijo que el Cristo

tenía que sufrir. Cuando Charles Spurgeon comentó el Salmo 22:14, escribió:

“El clavarlo sobre la cruz hizo que se estremeciera con gran violencia. El movimiento estiró todos sus ligamentos, hirió cada nervio, y la mayoría de sus huesos fueron total o parcialmente dislocados. Cargando con el peso de su propio cuerpo, sintió como éste se estiraba cada momento durante esas seis largas horas. Su sentimiento de desmayo y debilidad general lo abrumaba al tiempo que, en términos humanos, Él se iba convirtiendo en una masa de miseria y enfermedad cada vez más débil... Para nosotros hubiera sido insoportable lo que Él sufrió, y el alivio del desmayo habría sido enorme. Pero en su caso, fue herido y sintió la espada; vació la copa y tomó cada gota”.

El Salvador resucitado retuvo las cicatrices de la cruz por una razón. Las horribles heridas del Calvario tienen que permanecer ante los ojos de cada cristiano. Están ahí como un testimonio terrible, no solamente del amor inescrutable de Dios por los pecadores, sino también de su increíble amor por la justicia.

En el siguiente capítulo vamos a sacar provecho de la sabiduría de unos hombres cuyos resultados son admirados por la iglesia, aunque desafortunadamente muchos ignoran los métodos que emplearon.

11 - La Experiencia: La Prueba Verdadera

Ahora vamos a sacar provecho de la sabiduría experimental de eminentes hombres de Dios del pasado.

Martín Lutero, al escribir su comentario de Gálatas, explicó: “Satanás, el dios de toda la disensión, diariamente hace surgir nuevas sectas, y por último ha levantado una secta que enseña que el hombre no debe ser aterrorizado por la ley, sino exhortado suavemente por la predicación de la gracia de Cristo”. Lutero hablaba de algo que él percibía como una doctrina satánica de su día. Una secta se había levantado y enseñaba que la gente no debía ser aterrorizada por la ley, sino que debía ser exhortada suavemente por la predicación de la gracia de Cristo. Sus palabras perfectamente describen los métodos de la mayor parte del evangelismo contemporáneo. Los evangelistas modernos nunca pensarían en el uso de la ley para aterrorizar, pues prefieren exhortar suavemente por la predicación de la gracia de Cristo. Lutero también dijo: “La función verdadera de la ley es la de acusar y matar, pero la función del Evangelio es dar vida”.

En su libro *Holiness* (Santidad), el autor J. C. Ryle escribió acerca de la motivación de los pecadores para venir a Cristo:

La gente nunca marchará decididamente hacia el cielo viviendo como peregrinos sobre esta tierra hasta que verdaderamente sientan que están en peligro del infierno... Expongamos los Diez Mandamientos y mostremos la longitud, la anchura, la profundidad y la altura de sus requisitos. Ésta fue la manera de nuestro Señor en el Sermón del Monte. No podemos hacer algo mejor que seguir su plan. Podemos estar seguros de que los hombres nunca vendrán a Cristo para quedarse con Él y vivir por Él, si no están seguros de la razón por la que vinieron y de cuál es su necesidad. Los que son atraídos por el Espíritu a acercarse a Jesús son los que han sido convencidos por el Espíritu de que tenían pecado. Sin una

entera convicción de pecado, puede parecer que los hombres vengan a Cristo y que le sigan por un tiempo, pero pronto se apartarán y regresarán al mundo. Isaac Watts, el gran escritor de himnos dijo:

Nunca conocí ni siquiera a una persona a lo largo de todo mi ministerio que dijera que los primeros indicios de interés por la religión en su corazón habían sido despertados por el sentido de la bondad de Dios (“¿qué le rendiré al Señor si me ha tratado con tanta bondad?”). En mi opinión, fueron en primer lugar motivados a huir de la ira venidera por un sentimiento de terror.

El Dr. Martin Lloyd Jones habló acerca de la función de la ley de Dios en la proclamación del Evangelio:

El problema con las personas que no están buscando ni Salvador ni salvación es que no entienden la verdadera naturaleza del pecado. Es la función peculiar de la ley el hacer entender precisamente eso a la mente y a la conciencia de la gente. Es por eso que los grandes predicadores evangélicos de hace 300 años, durante el tiempo de los Puritanos, y de hace 200 años, durante el tiempo de Whitefield, y otros más, siempre hicieron lo que ellos llamaron “la obra preliminar de la ley”.

John R. W. Scott, al comentar Gálatas 3:23-29, dijo:

“No podemos venir a Cristo para ser justificados sin venir primero a Moisés para ser condenados. Pero una vez que hemos venido a Moisés, y reconocido nuestro pecado, culpa y condenación, no debemos quedarnos ahí. Debemos permitir que Moisés nos dirija a Cristo”.

A un soldado de la Alemania nazi se le preguntó en una ocasión por qué había matado sin misericordia a mujeres y niños judíos durante la segunda guerra mundial. Él respondió que una de las motivaciones fue la “curiosidad”. Con calma dijo: “Simplemente disparé y ellos se cayeron”. Cuando el entrevistador le preguntó si no se sentía mal por haber hecho esto, dijo: “Me echaron veinte años de prisión, y cumplí

los veinte años”. En otras palabras, el había pagado sus deudas por sus hechos contra la sociedad. La deuda estaba zanjada. La justicia fue satisfecha.

Pero cuando el entrevistador le preguntó acerca de su conciencia, se negó a hablar más e inmediatamente se terminó la entrevista. La conciencia habla de algo más que la transgresión de una ley civil. La conciencia atestigua que hay una ley moral y les recuerda a los hombres que hay un Dios, cuya ley ha sido transgredida.

Paris Reidhead pronunció estas sabias palabras:

Si yo tuviera el poder, declararí una moratoria a la predicación pública del “plan de salvación” durante uno o dos años en Estados Unidos. Entonces, llamaría a todos los que tienen acceso a las ondas radiales y a los púlpitos para que prediquen la santidad de Dios y la justicia de Dios hasta que los pecadores clamen: “¿Qué debemos hacer para ser salvos?” Entonces les llevaría a una esquina y les diría el Evangelio en voz baja. Esta acción es necesaria porque hemos endurecido una generación de pecadores al decirles cómo pueden llegar a ser salvos antes de que puedan entender por qué necesitan ser salvos.

No utilice Juan 3.16. ¿Por qué? Porque le está diciendo a un pecador cómo puede salvarse antes de que reconozca que necesita ser salvo. Lo que ha hecho es endurecerle en contra del Evangelio.

¿Qué es lo que acaba de decirme? ¿“No uses Juan 3.16”? ¡Eso debe ser una herejía! Sin embargo, no creo que D. L. Moody considerara este consejo como antibíblico. Preste atención a lo que él dijo:

Es un gran error darle a un hombre que no ha sido convencido de pecado pasajes que no están destinados a él. Lo que necesita es la ley... No ofrezca el consuelo del Evangelio hasta que el pecador vea que es culpable ante Dios. Tenemos que declarar la ley lo suficiente para deshacer toda autojustificación. Me compadezco del hombre que solamente

predica un lado de la verdad: siempre el Evangelio, y nunca la ley (Pleasures and Profit of Bible Study, Morgan and Scott Ltd., pill).

LA LUZ NO LE DESPERTÓ

Pedro dormía profundamente en la prisión de Herodes (Hechos 12:6). Ésta es la fe en acción. La fe duerme aún en medio de la tormenta. Esteban había sido apedreado, Santiago había muerto a filo de espada, y Pedro duerme como un feligrés en los bancos traseros de una iglesia muerta. Estaba atado con cadenas entre dos soldados. Otros guardias estaban en frente de las puertas de la prisión. De repente, un ángel del Señor apareció y se situó junto a él “y una luz resplandeció en la celda”. Aquí podemos inferir algo importante, que la luz no despertó a Pedro de su sueño, ya que las Escrituras nos dicen que el ángel golpeó a Pedro en su costado. Al levantarse, se le cayeron las cadenas, se ciñó su ropa y siguió al ángel. Después de esto, las puertas de hierro de la prisión se abrieron solas y Pedro salió libre.

El pecador está en la prisión de su pecado. Ha sido llevado cautivo por el diablo. Está atado con las cadenas del pecado y está sentenciado a muerte. Está dormido en su pecado. Vive en un mundo de sueños. Pero la luz del Evangelio no le despertará. ¿Cómo podrán las “buenas nuevas” inquietar a un pecador? No, sino que es la ley la que debe zarandearle. Necesita ser golpeado por los rayos del Sinaí, y despertado por sus truenos. Esto le mostrará su situación en el umbral de la muerte. Entonces, se levantará y el Evangelio le quitará las cadenas del pecado y de la muerte. Será “el poder de Dios para salvación”. Entonces se ceñirá con la verdad, se pondrá su calzado del Evangelio y su manto de justicia. Seguirá al Señor y la puerta de hierro de la ciudad celestial se abrirá sola.

Nuestra nación está llena de gente, dentro y fuera de la iglesia, que ha llegado a la luz del Evangelio, pero que nunca ha sido zarandeada por la ley (en un capítulo posterior veremos cómo puede ser esto). Todavía están dormidos en su pecado, ignorando su terrible condición, porque la ley nunca los ha despertado. El poder de los mandamientos tiene que abrirles primero los ojos antes de que la luz del Evangelio pueda ser de beneficio. Observe esta secuencia en lo que Pablo escribe a

los Efesios: “Por lo cual (el Señor) dice: Despiértate tú que duermes, y levántate de los muertos, y té alumbrará Cristo” (Efesios 5:14). Se necesita que haya un despertar antes de que el Señor nos pueda dar luz. El Dr. Timothy Dwight, ex-rector de la Universidad de Yale, declaró: “Muy pocos son los que han sido despertados y convencidos de su necesidad por los dones y promesas del Evangelio; casi todos lo son por las denuncias de la ley”.

Recibí la siguiente hoja informativa de alguien en Nueva York. Esto ilustra como el Evangelio no tiene razón de ser sin la ley:

Nosotros visitamos a nuestra abuela de 96 años cada semana, y aunque en todos estos años no ha recibido el Evangelio, seguimos compartiendo con ella la verdad de Jesús. Miguel canta canciones para Él. Wendy habla siempre con ella. Oramos siempre por su fuerza física y también expresamos cuánto deseamos que Dios le revele a su Hijo.

La semana pasada, sin embargo, Wendy enfermó de gripe, y, mientras estaba en cama sintiéndose horriblemente mal, leyó el libro de Ray Comfort, que nos anima a compartir todo el Evangelio, y no solamente cubrirlo de azúcar. Habla de usar la ley al hablarle a un pecador para que vea como ha quebrantado la ley de Dios personalmente, y que está condenado sin el Salvador, quien pagó el precio por él. Salmos 19:7 dice: “La ley de Jehová es perfecta, convierte el alma”. Dios habló al corazón de Wendy, diciéndole que tenía que compartir la ley con la abuela antes de que la abuela pudiera ver la gracia y la misericordia de Dios en la cruz.

Así que, después de encomendar el día y todos los detalles a Dios, fuimos a visitar a nuestra abuela. Estuvo más alerta y menos distraída que normalmente. Mientras Miguel estaba orando, Wendy le leyó los Diez Mandamientos en Éxodo 20:1-17, y entonces le pregunto directamente: “Abuela, ¿Alguna vez has mentido? ¿Has robado algo, aunque no sea importante?” Ella contestó: “Creo que si”. Entonces Wendy compartió acerca de los justos juicios de Dios, el infierno, el cielo y el hecho de que algún día la abuela tendría que comparecer

frente a Dios para dar cuentas de su propia vida. Entonces le leyó Isaías 53:5-6 y le compartió acerca de Jesús y del horror de su cruz. La abuela le miraba sorprendida de que estas cosas horribles le hubieran sucedido a Él. Wendy compartió algo de su testimonio y entonces le preguntó si quería pedirle a Dios que perdonara sus pecados, y ella dijo que sí. Le pidió a Dios que la perdonara y que la lavara con la sangre de Jesús.

Esta anciana de 96 años no sabía que estaba pecando contra Dios hasta que la Ley en las manos del Espíritu hizo su obra. Vea los comentarios de Martín Lutero a Romanos 7:9 (y yo sin la ley vivía en un tiempo; pero venido el mandamiento, el pecado revivió y yo morí): “Así es con los que se justifican por sus obras, los orgullosos y los incrédulos. Como no conocen la ley de Dios que se revela en contra de ellos, les es imposible conocer su pecado. Por eso, no son receptivos a ninguna instrucción. Si conocieran la Ley, también conocerían su pecado; y el pecado que ahora está muerto para ellos, reviviría en ellos”.

Jonathan Edwards dijo: “La única manera en que podemos saber si estamos pecando es conociendo Su Ley moral”. George Whitefield dijo a sus oyentes: “Antes de que pueda traerles paz a sus corazones, ustedes tienen que ser ayudados a ver, sentir, llorar y lamentar sus transgresiones contra la Ley de Dios”. Es sólo cuando predicamos todo el consejo de Dios cuando trabajamos en armonía con el Espíritu Santo para convencer a los hombres de pecado. En *Today’s Gospel: Authentic or Synthetic?* (El Evangelio de Hoy: ¿Auténtico o Sintético?) Walter Chantry escribe:

“La ausencia de la Santa Ley de Dios en la predicación moderna es probablemente tan responsable como cualquier otro factor de la impotencia evangelística de nuestras iglesias y misiones. Solamente a la luz de la ley se puede exponer el pecado del corazón. Satanás ha logrado acallar la Ley, que es tan necesaria para llevar a los hombres perdidos a Cristo”.

Es imperativo que los predicadores de hoy aprendan a declarar la ley de Dios; porque hasta que aprendamos a herir las conciencias, no tendremos heridas que sanar con las vendas del Evangelio.

Escuche a John McArthur decir lo mismo: “La gracia de Dios no puede ser predicada fielmente a los incrédulos hasta que se haya predicado la ley de Dios y sea expuesta la naturaleza corrupta del hombre. Es imposible que una persona reconozca bien su necesidad de la gracia de Dios si no puede ver antes cuán gravemente ha fallado en las demandas de la santa ley de Dios.”

De acuerdo a John Newton, “la ignorancia de la naturaleza y el diseño de la ley es la base de casi todos los errores religiosos”. Charles Spurgeon afirmó: “No creo que alguien pueda predicar el Evangelio sin predicar la ley”. Y advierte: “Cuando la ley se oculta, se oscurece la luz por la cual el hombre percibe su culpa. Esta es una pérdida muy seria para el pecador en vez de ser una ganancia, porque disminuye la probabilidad de su convicción y su conversión. Yo afirmo que se ha quitado la herramienta complementaria más hábil del evangelismo si se ha echado a un lado la ley. Habiendo echado a un lado el ayo que lleva a los hombres a Cristo, estos nunca aceptarán la gracia hasta que tiemblen ante una ley justa y santa. Por eso la ley desempeña un papel tan necesario y no se debe prescindir de ella”.

Vea ahora la importancia de la ley para llevar a Robert Flockhart, uno de los predicadores favoritos de Spurgeon, a la cruz:

“No considero inaplicable el lenguaje del apóstol en Romanos 7:9 a mi situación en aquel tiempo: “pero venido el mandamiento, el pecado revivió y yo morí”. El pecado, que hasta este tiempo había estado dormido, se levantó contra mí como un gigante. Me vi en el espejo de la ley de Dios. La ley era espiritual y se extendió a los pensamientos y las intenciones de mi corazón. Pensamientos espantosos y blasfemos salieron de mi corazón. Tuve miedo de siquiera abrir mi Biblia o levantar mi vista, porque temía que el Señor enviara un rayo para fulminarme.

¡Qué cambio de la oscuridad a la luz, del reino de la oscuridad al reino del amado Hijo de Dios! Cuando mi culpa fue quitada y mi perdón sellado, la paz fluyó a mi alma como un río” (The Street Preacher, pp. 77, 81).

La reticencia del evangelismo moderno a predicar lo que produce temor, probablemente se debe en gran parte a la reacción de los pecadores. Algunos piensan, quizá, que el mensaje podría asociarse con lo que comúnmente se llama predicación del fuego del infierno. Pero hay una gran diferencia entre lo que es el uso de la Ley y la predicación sobre el fuego del infierno. Está claro que la idea de un infierno, sin el uso de la ley que justifique su existencia, no haya cabida en la mente del pecador. ¿Cómo podría un Dios de amor crear un lugar de tormento eterno? Imagínese que la policía de repente entra en su casa, le echa a la cárcel y le grita enérgicamente: “Te vas a quedar ahí por una buena temporada”. Esto, sin duda, le dejaría asustado y enojado. Lo que han hecho no tiene sentido.

Pero si el policía entrara en su casa y le explicara detenidamente su error, diciendo: “Hemos descubierto 10.000 plantas de marihuana en su patio interior. Va a tener que ingresar en prisión por una buena temporada”. Al menos entendería la razón por la que se le aplica esa pena. Conocer la ley que ha infringido le da entendimiento y hace que el juicio sea razonable.

La predicación del fuego del infierno sin el uso de la Ley para mostrar al pecador por qué Dios está enojado con él, es muy probable que lo deje asustado y enojado por algo que considera un castigo sin razón. Pero cuando se usa la ley de manera legítima, se apela al razonamiento de los pecadores. Pablo disertó con Félix acerca del juicio venidero y de sus pecados, hasta el punto de que el gobernador se espantó (Hechos 24:25). El infierno llegó a ser razonable. Sin duda que la justicia de la cual hablaba era la justicia que es por la ley, y el resultado fue que el temor del Señor cayó sobre su oyente.

Los que vienen al Salvador con tal conocimiento no desconocen el temor de Dios, aun ante la predicación de la cruz. Tiemblan frente al costo de su redención. Con corazones temerosos contemplan el terrible espectáculo que ofrece la cruz del Calvario. Se esfuerzan por su salvación con “temor y temblor”, porque no fueron redimidos con “oro ni plata, sino con la sangre preciosa de Cristo”.

En su maravilloso libro *Fresh Wind, Fresh Fire*, (Aire fresco, fuego fresco), el autor Jim Cymbala, frustrado con razón por la tibieza de la iglesia contemporánea, dice acerca de los discípulos:

Cuando recibieron poder en el día de Pentecostés, llegaron a ser la iglesia victoriosa, la iglesia guerrera. Con la manifestación de gracia del Espíritu de Dios en el aposento alto, los discípulos se enfrentaron a su primera audiencia. Pedro, el más errado de todos, llegó a ser el predicador de ese día. Por supuesto que esa predicación no fue una obra de arte homilética. Pero la gente cayó en una profunda convicción de pecado, “compungidos de corazón” por sus palabras ungidas, de acuerdo a Hechos 2:37. En ese día fueron añadidas tres mil personas a la iglesia (pág. 92).

Queda implícito el hecho que la clave fue el poder del Espíritu Santo que les fue dado. Esto es verdad. Pero hoy en día contamos con el mismo Espíritu Santo, y raramente vemos tal cosecha de almas. ¿Por qué no? Simplemente, porque Pedro preparó apropiadamente el terreno sobre el cual estaba sembrando. La audiencia estaba compuesta de hombres devotos que se juntaron el día de Pentecostés para conmemorar el día en que se dio la Ley de Dios en el monte Sinaí.

Aunque esas personas eran judíos piadosos, Pedro les dijo que eran ingobernables, que habían violado la ley de Dios al crucificar a Jesús (Hechos 2:23). Él enfatizó esto al decir: “Sepa pues, ciertísimamente toda la casa de Israel, que a este Jesús, a quien vosotros crucificasteis, Dios le ha hecho Señor y Cristo” (Hechos 2:36). Fue entonces cuando se dieron cuenta que su pecado era personal. Fueron “compungidos de corazón”, y clamaron por ayuda. Pedro les ofreció la gracia solamente después de que la ley les había convencido de pecado (v.38).

Lo mismo ocurrió con Nicodemo y Natanael. Nicodemo era un líder de los judíos, a quien Jesús llamó “maestro en Israel” (Juan 3:10). Por eso conocía bien la ley de Dios. También tenía un corazón humilde; era uno de los judíos que reconocía la divinidad del Hijo de Dios (Juan 3:2). La ley fue el ayo que llevó a este judío piadoso y humilde a Cristo.

De acuerdo a Juan 1.47, Jesús dijo que Natanael era un israelita (criado bajo la Ley) en el cual “no había engaño” (él no torcía la ley como hacían los fariseos). La Ley también sirvió como ayo para llevar a este judío piadoso al Salvador.

12 - La Insignia de Autoridad

Estados Unidos ha escogido vivir en la oscuridad moral. Su constitución ha reemplazado las Santas Escrituras como el punto de referencia moral. Las escrituras de los hombres han llegado a considerarse santas. Los Estados Unidos de hoy en día ya no difieren de los fariseos del tiempo de Cristo, cuyas leyes anulaban la Palabra de Dios.

Tome por ejemplo la pornografía. ¿Por qué debería nuestro gobierno tolerar tal perversión moral? Para ellos, la respuesta de las escrituras de nuestros antepasados es clara: es un derecho constitucional el producir literatura sucia aunque sea moralmente ofensiva. Pero pregúntele a un hombre que comercializa literatura pornográfica, si la pornografía de niños es legítima, y normalmente trazará su línea moral. Pregúntele a qué edad se termina la pornografía inmoral y llega a ser “moralmente aceptable”. Se dará cuenta de que la línea de separación es la línea del placer personal. No le apetece un niño de trece años, pero sí le place una señorita de diecisiete. Su amor por el pecado oculta su juicio moral.

La Constitución de los Estados Unidos se usa para algo para lo cual nunca fue diseñada. Cuando un documento legal se emplea como luz moral, terminamos con legisladores moralmente ciegos, guiando a una nación moralmente ciega. Ambos caen al hoyo sucio. Pero el argumento de la pornografía concluye con una declaración de la Santa Escritura: “Cualquiera que mira a una mujer para codiciarla, ya adulteró con ella en su corazón” (Mateo 5:28). Caso cerrado.

Si nos basamos en las Santas Escrituras como luz ética, tenemos que aclararles a los que oyen que nuestra referencia expresa es la Ley Moral de Dios. Esto es muy importante. En 1989, cuando vine a los Estados Unidos por primera vez, solía predicar al aire libre en Venice Beach, California. Yo desconocía por aquel entonces que la policía de allí usaba pantalones cortos y patrullaba la zona en bicicleta.

Una vez me puse a predicar desde un pequeño estrado y pronto un grupo de más o menos ochenta personas se reunió alrededor de mí y empezó a escuchar. De repente, un hombre vestido con pantalón corto se situó en frente de mí y me dijo que me callara. Cuando lo ignoré, se indignó y me dijo otra vez que me callara. Yo le pregunté: “¿Es usted un agente de policía?” Entonces se enfadó todavía más y me dijo: “Si no se calla lo arrestaré”.

Fue entonces cuando pude ver una insignia en su cinturón, algo que me decía que era un representante de la ley. De repente sus palabras llevaron consigo una gran autoridad. Yo estaba de pie a una altura mayor que él, y no podía ver su insignia, por lo que lo traté como una persona más de las que allí estaban.

Los que son representantes del Dios vivo pero no señalan a la ley como centro de su autoridad, no se ganarán el respeto del mundo. Jesús se dirigía a las multitudes como representante de la ley de Dios. La Biblia dice que el Mesías traería justicia a la tierra y que “las costas esperarán su ley” (Isaías 42:4). Repetidamente se refería a la ley como el centro de su autoridad, diciendo: “No he venido para abrogar la ley, sino para cumplirla. Ni una jota ni una tilde pasará de la ley”; “ésta es la ley y los profetas”; “no habéis leído en la ley”; “pero más fácil es que pasen el cielo y la tierra, que se frustre una tilde de la ley” (Mateo 5:17,18; 7:12; Lucas 16:17).

El aborto es malo. El adulterio es malo. La pornografía es mala. Podremos anunciar nuestras convicciones morales desde los techos de las casas más altas, pero el mundo no nos escuchará. El mundo en general pasa de las demandas de nuestra fe cristiana. No tiene ninguna intención de abrir su corazón a lo que tenemos que decir.

¿Por qué me di cuenta de repente de quién era el hombre que estaba diciéndome que me callara? Fue su insignia la que me infundió respeto. Su insignia me recordó que si no prestaba atención a sus palabras, habría un juicio venidero. Decirle al mundo que es malo matar, robar o cometer adulterio sin referencia al castigo futuro, es igual que apuntar con un cañón vacío.

Tal vez algunos escuchen porque la moralidad tiene influencias positivas. El robo puede destruir una sociedad. El adulterio puede arruinar las familias. La mentira puede destruir amistades. En tal contexto, la moralidad tiene sentido. Pero cuando digamos a las personas que se arrepientan porque Dios ha establecido un día en que juzgará al mundo con justicia (Hechos 17:31), entonces tendrán voluntad para obedecer al Evangelio, pues entenderán que su propio bienestar está en juego.

El que la Iglesia no señale a la ley de Dios es igual que esconder del mundo la insignia de autoridad. Los pecadores lógicamente ignorarán todo lo que les tenemos que decir. El Evangelio que predicamos solamente existe porque Dios está situado junto a la santidad de la Ley. Si no existiera la ley eterna, entonces no habría necesidad de un sacrificio.

La ley demanda retribución. Fue el fuego divino de la ley de Dios el que cayó sobre el sacrificio del Calvario.

Si el mundo supiera que hay una ley eterna a la que se tendrán que enfrentar; que la ley demanda la muerte y el infierno por la transgresión, entonces sinceramente considerarían las demandas del Evangelio. Si entendieran que el brazo de la ley alcanza hasta lo profundo del corazón humano, se arrepentirían. Si supieran que el Dios Todopoderoso está airado contra los impíos cada día y que su ira reposa sobre ellos, correrían hacia el Salvador.

Voy a decirlo de otra manera. Cada uno de los Diez Mandamientos es una llave en sí. Pero estas llaves no son de las que abren, sino de las que encierran al pecador en la celda del pecado y de la muerte. Pablo hablaba de estar guardado bajo la ley. Fue dejado sin esperanza,

condenado y esperando la pena capital de la mano de la ley, esa ley que transgredió tan abiertamente.

Hablando de la ley de Dios, Charles Spurgeon dijo: “Habiendo quitado de esta manera la máscara, y mostrado el estado desesperado del pecador, la ley incansable hace que abunde la ofensa aún más al llevarle la sentencia de condenación. Se sube al asiento del juez, se pone la gorra negra y pronuncia la sentencia de muerte. Con voz dura y sin misericordia, pronuncia las solemnes palabras: “ya está condenado.”

En la oscuridad de la ley, Pablo pudo ver la gloriosa luz del Evangelio. La gracia de Dios le mostró otra puerta, la Puerta del Salvador. Y pudo salir de la celda porque su multa había sido pagada por completo por la sangre derramada del Cordero sin mancha de Dios. La ley mostró a Pablo que no podía salvarse por sí mismo. Sabía que la salvación era un acto de misericordia, que su liberación de la muerte era resultado de la gracia de Dios, y no que su propio carácter había atraído hacia él la misericordia.

Este principio se hizo muy claro cuando estuve predicando al aire libre en la explanada de la Calle Tercera de Santa Mónica, California, donde me dieron permiso para predicar. Había estado llevando un equipo allí cada viernes por la tarde durante más de dos años, y solamente una vez antes había visto tal hostilidad contra el Evangelio. Se podía ver en la gente esa actitud de menosprecio producto del evangelismo moderno. Un hombre explicó su “experiencia cristiana” predicando que su gallo había muerto por el mundo y que si solamente le diéramos nuestros corazones tendríamos gozo y paz. Otro que profesaba ser ateo empezó a burlarse de las cosas de Dios gritando “alabado sea Jesús”, entre otras cosas (y confirmó mis sospechas cuando admitió que una vez “había dado su corazón a Jesús”). Una guapa señorita miembro de los Mormones prosiguió diciendo que yo era Satanás e intentó asustarme descubriéndome sus pechos (yo dirigí mi vista hacia otro lado). Otros estaban escupiendo y no paraban de decir palabrotas. Entre otras cosas, tres señoritas me arrebataron el micrófono para decir que eran brujas. Algunos años atrás, yo habría dudado de lo que decían, pero ese día creí su testimonio.

Durante muchos años he usado un maniquí, llamado Lázaro, que simplemente permanecía callado bajo una sábana para atraer a la gente. Muchas veces la gente me preguntaba: “¿Cuál es el propósito de esta cosa?”, a lo que yo respondía: “Es para que la gente se pare y pregunte cuál es el propósito de tenerlo aquí. Funciona, ¿verdad que sí?”

Esa noche en particular, Lázaro recibió su parte de persecución. Un hombre joven comenzó a cometer actos lujuriosos con él, con lo que la gente se lo empezó a pasar de miedo. Mientras seguía hablando, llegó otro joven de entre el gentío y le pisoteó la cabeza. Fue un acto tan violento que la cara de plástico de Lázaro se rompió. De un salto me bajé de mi caja (mi humilde estrado), agarré al joven por su camisa y le dije: “Este monigote me ha costado mucho dinero. Me tiene que dar 80 dólares ahora mismo; si no, se va a meter en un gran problema”. Entonces le miré a los ojos y le dije: “Queda arrestado por causar premeditadamente daños a mi propiedad. Llamaré a la policía”.

Se le veía temeroso, y dijo: “Tenga, todo lo que traigo”. Inmediatamente me dio unos cuantos dólares. Se los di a un amigo para que los contara y dijo que solamente había 28 dólares. Le dije que eso no bastaba y que quería los 80 dólares. Protestó diciendo que no tenía más dinero en efectivo.

Para ese momento ya se había juntado un gran gentío, y (mientras seguía sosteniendo al joven por la camisa) dije: “Así como estoy deteniendo a este hombre porque ha transgredido la ley, Dios también les ha puesto a ustedes en una celda de detención por transgredir su ley. La sentencia por sus transgresiones en contra de Dios es la muerte”.

Entonces pasé de la ley a la gracia y dije: “Dios es rico en misericordia y mandó a su Hijo para pagar la multa por ustedes”. Les prediqué el mensaje de la cruz, del arrepentimiento y de la fe... mientras seguía cogiendo a este hombre por la camisa. Le dije al gentío que, por el hecho de que Jesús pagó toda la multa en la cruz, Dios puede extender su misericordia hacia nosotros y hacernos libres.

Entonces me volví al joven, le devolví el dinero y le dije: “Aquí tiene su dinero. Tampoco llamaré a la policía. Queda libre para irse”.

Fue sin duda una ilustración bien clara de la misericordia de Dios. La culpa del joven era muy evidente (se le había arrestado mientras realizaba el acto vandálico). No podía hacer expiación. No merecía más que juicio, pero recibió misericordia.

EL PLACER DEL PECADO

Alguien me llamó y me pidió consejo acerca de un folleto que quería publicar. Quería ayudar a hombres adictos a la pornografía. Iba a escribir sus experiencias en forma de folleto, relatando como la pornografía lo había arruinado. El vicio produjo culpabilidad, arruinó su matrimonio y lo hizo esclavo de sus pasiones. Él pensaba que cuando las personas vieran las consecuencias del pecado se volverían de la pornografía. Su filosofía suena bien, pero raramente funciona. Si funcionara, tendríamos menos gente fumadora, drogadicta, apostando o consumiendo alcohol. La evidencia de que el fumar resulta en una muerte lenta y dolorosa no detiene a los fumadores. El abuso de las drogas mata. Las apuestas destruyen hogares y vidas. Las ciudades que han legalizado las apuestas tienen un promedio más alto de criminalidad, suicidio, bancarrota y otros males sociales; pero la gente sigue apostando. A pesar de la gran cantidad de muertos, multitudes de personas continúan adentrándose al mar envenenado llamado alcohol.

La gente conoce las consecuencias de una vida pecaminosa, pero el placer inmediato pesa mucho más que los temores de las consecuencias a largo plazo. El hombre pecaminoso no abandonará su pecado sin tener una buena razón. El infierno es una buena razón.

En el siguiente capítulo veremos como se pueden usar de manera efectiva los Diez Mandamientos en el testimonio personal.

13 - ¡No Me Deje Así!

Me encontraba en Baltimore y no tenía ninguna reunión ese domingo por la noche, así que decidí cambiar el billete de avión para regresar antes a casa. Cuando llamé, la agente de la compañía aérea me dijo primero el nombre de la aerolínea, después me dijo que se llamaba Fran, y por último me preguntó si me podía ayudar. Le expliqué mi situación y le hice reír un poco, lo que me dio libertad para preguntarle algo sobre su vida espiritual. Dije: “Fran, ¿es usted cristiana?” Ella me dijo: “No. No creo en el nacimiento virginal”. Le expliqué que ese no era el tema del momento, sino que su problema era los Diez Mandamientos. Le pregunte: “¿Alguna vez ha mentado?” Ella dijo que sí. También admitió haber robado. Cuando le expliqué que la lujuria es igual al adulterio a los ojos de Dios y le pregunté si había codiciado otros hombres que no fueran su marido, dijo: “Claro que sí”.

Le dije: “Fran, por su propia admisión usted es adúltera, ladrona y mentirosa de corazón. Tendrá que enfrentarse a Dios en el día del juicio, y solamente hemos observado tres de los Diez Mandamientos”. Entonces le dije: “Quiero un asiento junto a la ventana, si es posible”. No le gustó el cambio de tema y me dijo: “¡No me deje así!” Amablemente le dije: “¿Cuál es el problema, Fran? ¿No le gusta que le deje con este peso sobre su conciencia?” Seguí disertando con ella a cerca de la salvación, el juicio y después la cruz.

No debemos temer hacer temblar al pecador. ¿Qué es peor, un poco de temblor por causa de la culpabilidad o la eternidad en el lago de fuego? Hombres como Whitefield predicaban hasta que la ley “tapaba la boca” a los pecadores, quienes bajaban sus rostros con vergüenza. No temieron usar los terrores de la ley para llevar a los hombres a la cruz. Una conciencia resucitada y acusadora es la primera evidencia de la obra del Espíritu Santo. Es un gran error tranquilizar la voz de la conciencia con argumentos como el perdón de Dios antes de que haya tenido la oportunidad de hacer su obra preciosa.

Fran no se enojó conmigo. Yo no la condené. Ella misma admitió sus pecados. Además, ¿qué podía decir? ¿“Yo pensaba que mentir y

robar estaba bien”? No pudo empezar a justificar sus pecados a la luz de su conciencia despierta. Gracias al aliado de la ley de la conciencia, podemos decir cosas duras a los pecadores.

Es interesante comprobar que la conciencia no se implica en el disfrute de los placeres del pecado. La persona no regenerada ama al pecado con todo su corazón, su mente, su alma y sus fuerzas. Pero el juez del tribunal de la mente se mantiene de pie y hace un juicio imparcial. Es la conciencia “dando testimonio, acusándoles o defendiéndoles en sus razonamientos” (Romanos 2:15). El juez declara culpable o no culpable según las evidencias puestas ante él.

Durante los tiempos de sequía en algunas partes de África, los antílopes vienen a los charcos de aguas sucias para saciar su sed, ya que sin beber morirán de deshidratación. Sin embargo, escondidos en las aguas turbias están los cocodrilos hambrientos. Lo único visible son los ojos del monstruo, que observa cada movimiento del antílope.

El deseo de beber consume al animal de tal manera que muy despacio se atreve acercarse a la orilla del agua dejando a un lado por completo el instinto que Dios le dio para guardarse del peligro. El instinto le advierte del peligro, pero su insaciable sed lo lleva al agua. De repente, se abren las grandes quijadas del cocodrilo y, entre el agua que salpica, el animal es arrastrado a una muerte aterradora.

El pecador es llevado al charco sucio de iniquidad por su insaciable sed de pecado. Los clamores de la conciencia que Dios le dio se calman a la vista de lo que está delante de él. De repente, la muerte le agarra y en un instante se va para siempre, tragado por las quijadas del infierno eterno.

La ley hace ver al cocodrilo antes del ataque. Mientras que el pecador toma las aguas del pecado, de repente ve la forma terrible del pecado escondido en el charco. Esto es lo que el apóstol Pablo estaba diciendo en Romanos 7:8-12. La ley le mostró el apetito en el ojo de la bestia para hacer que se alejara rápidamente del charco de la iniquidad.

¡HASTA LUEGO, LUCAS!

Regularmente recibimos llamadas de personas disléxicas que se equivocan de número. Una mañana recibimos una llamada de un hombre de voz profunda que pensaba que estaba llamando a una compañía de productos agrícolas. Le dije que se había equivocado en los últimos dos dígitos, y también le animé a que leyera la Biblia. Me dijo que no lo iba a hacer porque era ateo. Durante los siguientes minutos estuve razonando con él acerca de la existencia de Dios, que todo lo que existe tiene que tener un hacedor. Fue una lucha enérgica, pero solamente era un juego de espadas. Simplemente estaba haciendo tiempo para pasar al punto importante, y lograr la caza. Tomé en mano los Mandamientos y me dirigí al corazón: “¿Piensa usted que ha guardado los Diez Mandamientos?” Dijo que pensaba que sí. “¿Alguna vez ha mentido?” Lo había hecho, pero no se paraba ni por un momento para admitir que era un mentiroso. Se movía para atrás y para adelante, insistiendo en que alguien que mentía era humano, o decía mentiras piadosas, o era débil, como todos los demás.

Como seguí insistiéndole, de repente me dijo: “Está bien, soy mentiroso”. Tocamos otros dos mandamientos, los cuales también admitió haber transgredido; también admitió la existencia de su conciencia y la verdad del juicio venidero. De repente, sus referencias a la evolución, a los pecados de otras personas y a la hipocresía ya no eran puntos de importancia. Fue herido mortalmente, compungido de corazón. Se volvió atrás y protestó: “¡Soy una buena persona!”, a lo que respondí, “¡No, no es cierto, eres un ladrón y un mentiroso!” Esto ya fue demasiado para él. Así que me dijo: “Hasta luego, Lucas”, y colgó el teléfono.

Me quedé sentado junto al teléfono, deseando que se hubiera quedado en la batalla por un momento más. Le hubiera dicho que solamente estaba añadiendo la autojustificación a su pecado. También me habría gustado decirle que estudiara Mateo 24 y Lucas 21, que le ayudarían a comprender que la Biblia es la Palabra del Creador. Entonces oí que la mano de Dios estuviera sobre él.

Aproximadamente diez segundos después de esto, sonó el teléfono otra vez. Cuando lo levanté, oí a un hombre con una voz profunda y

sería que decía: “¿Qué pasa? ¿Cómo me contesta usted otra vez? Iba a llamar al otro número, pero en lugar de ello he llamado a este número que me calienta la sangre”.

Sangre caliente quiere decir que hay vida. Él ya no era un ateo de sangre fría. No pude contener mi gozo. Le dije que estudiara Mateo 24 y Lucas 21. Entonces le di mi nombre y le dije que podía llamarnos cuando quisiera. Siguió refunfuñando, y me dijo que no sabía por qué había llamado otra vez y que sólo tenía dos alternativas: o que era un distraído que había vuelto a llamar al número equivocado, o que la mano de Dios estaba sobre él. Le dije que era porque la mano de Dios estaba sobre él. No me disputó esto, y esta vez nuestra despedida fue más amable.

NÚMERO CORRECTO

Era viernes por la tarde. El teléfono sonó, y cuando contesté escuché: “¿Hablo a Importaciones Directas?” Le dije que no, y le pregunté a qué número quería llamar. Era nuestro número. Entonces le dije: “Bueno, es nuestro número, pero antes de que cuelgue asegúrese de que leerá la Biblia”. Él calló un momento, y después me preguntó: “¿Por qué?” Le dije que era para que pudiera averiguar cómo asegurar su destino eterno, y añadí: “No hay nada más importante que esto, ¿verdad?” Él dijo, “Uy, uy, uy... será mejor que me siente para esto”. Le pregunté: “¿Es judío?” Cuando me dijo que sí le dije que yo también era judío, y comenté: “Recuerde que tendrá que enfrentar los Diez Mandamientos en el día del juicio”.

Su respuesta fue interesante: “He estado estudiando especialmente el mandamiento sobre el adulterio, y he llegado a la conclusión que uno puede jugar con esto siempre y cuando la mujer no esté casada”. Le dije: “Si usted tan sólo la mira con codicia, la Biblia dice que está cometiendo adulterio en su corazón. ¿Alguna vez ha mentido?” Sí, lo había hecho. Le pregunté si había robado y sí, lo había hecho. Entonces le dije amablemente que por admisión propia era un mentiroso, un adúltero y un ladrón, y que por eso necesitaba un Salvador, Jesucristo, para salvarlo de la ira de Dios. Le dije que leyera la Biblia y buscara a Dios para encontrar la salvación de su alma. También le invité a que me llamara en cualquier momento cuando quisiera hablar conmigo. Su voz

se oía muy deprimida cuando me dijo: “Muchas gracias por hablar conmigo”. Creo que arruiné su fin de semana.

En el siguiente capítulo vamos a ver una pregunta muy importante. ¿Qué es lo que enciende la llama ardiente de pasión por las almas perdidas en el corazón de los creyentes?

14 - Tome las Dos Tablas y Llámeme Cuando Esté Lamentándose

¿Por qué hay tan pocos soldados en el frente del cuerpo de Cristo? Hay tantos que dicen que aman a Dios, leen la Palabra, oran y alaban a Dios con pasión, pero tan poquitos que tienen lo que Spurgeon llamaba la “ternura profunda”. Estos son los que llevan una angustia en el alma por la suerte de los impíos. Salen fuera de su comodidad y buscan de alguna manera salvar lo que está perdido. El amor de Cristo les “constríne” (2Corintios 5:14). La palabra griega usada aquí denota que su amor los inunda, preocupa y presiona a alcanzar a los perdidos. Jesús decía que había una gran falta de este tipo de gente (Mateo 9:37,38), y mandó que oráramos para que Dios nos diera más. Se quitan sus mantos de condescendencia, se ponen la armadura de luz y van a la batalla.

Durante años no pude descubrir qué era lo que forjaba a estas almas raras y resistentes. ¿Eran unos diamantes que brillaban más que otros a causa del temperamento que Dios les había dado? ¿Acaso nacieron con una naturaleza sin temor y su testimonio audaz y celoso era natural para ellos, brillando así más que otros que no tenían tales virtudes? No. Algunos de los testigos de Cristo más celosos y audaces que yo haya conocido eran gente de una personalidad tranquila y tímida.

Una noche de 1994 hallé la respuesta. Un amigo pastor, Mike Smalley, y yo estábamos en casa de Winkie y Faye Pratney en el centro de Texas. Winkie es un compañero de Nueva Zelanda, así que era algo muy especial para nosotros juntarnos para cenar.

Winkie salió para preparar los filetes en la barbacoa, pero después de pocos minutos regresó contrariado porque se había acabado el gas de la barbacoa. Asamos los filetes dentro, aunque él decía que no estarían tan tiernos como los que se asan al calor intenso del asador. Después de unos pocos minutos, toda la casa se llenó de humo, pero bien valió la pena. Los filetes estaban como para chuparse los dedos. Y los ventiladores de la casa pronto limpiaron el aire.

Cuando hablaba acerca de lo tiernos que estaban los filetes, Winkie compartió su secreto. Explicó que la manera de hacer tierno un filete es quemándolo por ambos lados durante cuarenta segundos sobre un hierro muy, muy caliente. Esto sella los jugos dentro del filete, y entonces se asa despacio hasta que esté hecho.

Aproximadamente a las 3:00 de la mañana siguiente, se me ocurrió qué es lo que produce un cristiano con la ternura deseada. Cuando un pecador viene bajo el calor intenso de la ley de Dios, resulta que se sella un corazón tierno dentro de él. He aquí como sucede: cuando la espiritualidad de la Ley le toca, le muestra la grave pecaminosidad de su corazón. Le revela que el mismo centro de su naturaleza es vil, que su codicia es adulterio, que su odio es matanza, que es un mentiroso, un ladrón y un rebelde; un pecador egoísta e ingrato.

Empieza a ver que su Creador odia lo que él ama. La ley le mostrará que incluso sus buenas obras son oscurecidas por un motivo egoísta. Este conocimiento, junto con la verdad de que ha ofendido gravemente a Dios al transgredir su ley, y que el infierno es su justa paga, es como el calor intenso que sella la ternura en su alma.

Cuando la Ley es revelada, se abraza a ella como un hombre muriendo de sed abraza un cántaro de agua. La experiencia de ser llevado hasta el borde mismo de la muerte por el calor abrasador de la Ley, y de recibir gratuitamente las aguas de la vida a pesar de su condición, asegura para siempre la virtud de una gratitud inexpresable. Esto le hace un obrero de por vida. La ley le da el entendimiento de que se le perdonó mucho, así que ama mucho, verticalmente y también horizontalmente.

Tal ternura difícilmente se puede cultivar en alguien que ya tiene el conocimiento de la gracia de Dios en Cristo. Su entendimiento de la bondad de Dios le priva del temor de la ira. Solamente los que pueden decir que la gracia les quitó los temores ven que la gracia es verdaderamente sublime. Por eso creo que es un error decirle a un pecador culpable que Dios le ama. Tal conocimiento no permite que el temor entre en su corazón. Esto le priva de una profundidad de gratitud que tendría si el temor hubiera podido hacer su obra.

Por esta razón, el testigo alumbrado de Cristo no teme encender con fuego sus palabras al hablar con los pecadores. Sabe que cuando el humo de la ira de la Ley condena al prisionero delante de él, en realidad prepara su corazón para recibir un perdón que será muy apreciado, *a causa del temor que tomó posesión del corazón del prisionero*. El cristiano sabe que las lágrimas producidas por el temor serán enjugadas por la mano suave de la gracia de Dios. Sabe que esta mano no se apreciará si no se permite que la ley haga su obra tan necesaria. Es la ley de Dios la que expone el pecado, y cuando el pecado se ve bajo la luz penetrante de la ley, como lo hemos visto, hace que la gracia sobreabunde. La palabra griega usada para explicar esto en Romanos 5:20 es *hyperperisseuo*, que quiere decir “sobreabundar”.

Si yo fuera un doctor y supiera que usted tiene una enfermedad terrible, sería imprudente si le diera la curación sin primero explicarle cuidadosamente que tiene una enfermedad. Pero no solamente le diría que está enfermo, sino dejaría que el temor hiciera una obra para su bien. Lo haría para asegurarme de que va a querer curarse. Al mostrarle las radiografías, observaría las gotas de sudor corriendo por su frente y me diría a mí mismo: “¡Qué bien que empieza a ver la seriedad de su enfermedad!” El temor no sólo le hará desear la curación, sino que al recibir la curación me apreciará mucho como doctor.

En una ocasión, un gran predicador una vez le preguntó a un actor muy famoso por qué sucedía que cuando los actores presentan una historia muchas veces logran que la audiencia lllore, mientras que es muy raro que los predicadores conmuevan a una congregación a tal grado. El actor le dijo que ellos presentan la ficción como si fuera realidad, mientras que los ministros demasiadas veces presentan la realidad como si fuera ficción.

Si en verdad creyéramos que las almas se van al infierno, les predicaríamos con una pasión asombrosa. Nuestros corazones gemirían en constante oración. Correríamos a los pecadores con palabras serias de advertencia para capturarlos y rogarles que le den la espalda al pecado. En lugar de ello, nos falta el verdadero sentido de urgencia. Tenemos miedo de hablar francamente a los pecadores de sus pecados personales. Pensamos que el quemarlos bajo el calor de la ley les hará daño, en vez de beneficio. Pero considere cómo habló Jesús con la mujer junto al pozo en Juan capítulo 4. Él le aplicó el calor de la ley (v. 18) y habló de sus transgresiones personales. ¿Y cuál fue el resultado? Ella se convirtió en una obrera ese mismo día (vv. 28-29).

Recibí la siguiente carta sobre uno de mis libros, que demuestra el poder de la Ley para producir sed de justicia:

Este amigo mío durante los últimos ocho años siempre me ha dicho que la ley ya se terminó, y que los Diez Mandamientos básicamente no sirven para nada. Claro que suavemente traté de decirle que el conocimiento del pecado no puede venir de otra manera sino por la ley, pero esto siempre estaba diluido en una referencia azucarada al amor y la gracia, así que me quedé quieto.

Pero la semana pasada le di este libro a ese amigo. Al día siguiente me lo devolvió. Estaba llorando y temblando de emoción. Casi no podía hablar. Me dijo: “¡Acabo de nacer de nuevo!” Pienso que lo que pasó en verdad fue que el impacto fuerte de la ley de Dios le golpeó y le hirió, mostrándole claramente la gravedad del pecado. Estuvo en una condición muy diferente por varios días, y ahora, a cada rato, rompe en alabanza hacia Dios.

Fueron las dos tablas de la ley las que causaron el lamento de su corazón. Esto queda ilustrado perfectamente por las maravillosas palabras de Kirk Cameron:

De acuerdo a un comentario en su libro, creo que fui privado del dolor profundo de ver mi pecaminosidad, que lleva

experimentar el gozo sobreabundante y la gratitud que viene de la cruz, porque fui convencido del amor de Dios antes de ser convencido de mi pecado. No vi el gran problema, aunque por la fe creí que era pecador (había muchos peores que yo, pero sí, era pecador) y me arrepentí de mi “actitud generalmente pecaminosa y egoísta”. Nunca he abierto los Diez Mandamientos para ver la profundidad de mi corazón pecaminoso. Nunca me imaginé que Dios de veras estuviera airado conmigo a causa de mi pecado. A causa de la gracia, pasé por alto esta parte, y solamente estaba agradecido de que Dios me amara y me hubiera prometido la vida eterna.

Aunque pienso que fui salvado hace trece años, anoche fui tirado de mi silla y de rodillas confesé los pecados específicos que molestaban mi corazón y que nunca antes habían sido descubiertos. Creo que mi conocimiento del “nuevo pacto”, y el estar “bajo gracia, no bajo la ley”, me habían impedido examinar mi corazón a la luz de los Diez Mandamientos.

El peso nuevo de mi pecado causa más dolor en mí, hiriendo mi ego, mostrándome cuánto tuvo que pagar Jesús para libertarme. ¡¡¡Oh, la cruz maravillosa!!!

SIETE PECADORES TEMEROSOS

A finales de 1994 llegué a Baton Rouge para dirigir una serie de reuniones. Un hombre joven llamado Jeff me recogió en el aeropuerto y me expuso el plan que tenía para que yo predicara al aire libre en un funeral fingido.

Al día siguiente vinieron a buscarme al hotel donde me hospedaba, y mientras íbamos de camino al lugar de la predicación di las instrucciones a los portadores del ataúd, del cadáver y al gentío para que supieran lo que no debían y lo que sí debían hacer en una situación al aire libre.

Cuando entramos en el estacionamiento de un complejo comercial pensé que íbamos a comprar algo, pero era el sitio exacto que Jeff había

escogido para nosotros. Después de aproximadamente cinco minutos de predicación, se me acercó uno de los guardias de seguridad diciéndome que podía predicar por otros cinco minutos, y nada más. Le agradecí el tiempo extra, y después informé al pastor de la iglesia local que había venido con nosotros. Sonriendo me dijo: “Cuando empezaste a predicar, le dije al guardia de seguridad: ‘Mire toda esta gente alrededor del predicador. Van a mi iglesia y todos hacemos nuestras compras en este mismo centro comercial’ ”.

Después de esto, fuimos a una zona cerca de la Ciudad Universitaria y otra vez repetimos el funeral fingido. Esta vez Jeff había decidido dar un descanso a mi voz y predicar él mismo. Mientras organizábamos a los portadores del ataúd, oímos una sirena que sonaba fuerte detrás de mí. De repente vi a un policía que airadamente paraba una camioneta llena de jóvenes. Mientras la camioneta se paraba a un lado de la carretera, el guarda de tráfico se bajó de su motocicleta, corrió hacia la camioneta, abrió la puerta y agarró al conductor. Entonces lo sacó de su asiento, lo zarandeó contra el vehículo y le cacheó usando palabras obscenas. El joven temeroso no se resistió mientras se le gritó y se le maldijo.

El oficial aparentemente les había hecho señales para que pararan, pero ellos no se habían parado. Algunos de los pasajeros de la camioneta pensaron que el suceso era gracioso, lo que hizo enfurecer al guarda. Él era un representante de la ley lleno de ira, y un poco descontrolado, “vengador para castigar al que hace lo malo” (Romanos 13:4).

Decidimos que no era sabio predicar en ese lugar mientras que el guardia estuviera tan perturbado, así que nos trasladamos a la entrada de un bar a una distancia de aproximadamente 30 metros, al otro lado del estacionamiento. Mientras Jeff predicaba, salieron del bar algunos jóvenes medio borrachos burlándose de él. Era una repetición de algo que acabábamos de ver en lo natural. Estos jóvenes se negaban a escuchar la ley, y amontonaban ira sobre ellos mismos para ser revelada en el Día de la Ira. El día llegará cuando la airada ley los sacará de sus sillas de escarnekedores, y en ese día ya no habrá escapatoria.

Después de aproximadamente cinco minutos, salió el dueño del establecimiento y puso fin a la predicación de Jeff (los miembros de la iglesia no patrocinaban su bar).

Al regresar a la camioneta, pasamos junto a los jóvenes que habían sido detenidos. Fui a hablar con el grupo para averiguar lo que había pasado. Estaba claro que el conductor todavía estaba enojado, y me dijo que se había pasado un Stop mientras conducía sin luces y que tampoco se había parado cuando el agente le dio el alto. Los seis amigos que andaban con él se habían asustado mucho por lo que había sucedido. No pude menos que simpatizar un poco con el conductor, y le dije que me pareció que el policía había perdido un poco el control de sí mismo, y él estaba de acuerdo.

Quise testificarles, pero sentía que me faltaba saber cómo empezar. La situación era como la de un niño angustiado que se acaba de magullar la pierna, y yo había llegado a echarle sal a la herida. Estaba seguro de que si mencionaba el pecado, la justicia y el juicio en ese momento, me dirían de forma muy clara y fuerte que me fuera del lugar. Así que les dije que les vería más tarde, y regresé a nuestro grupo.

Al volver alguien me preguntó si les había testificado. Le dije que no. Le dije que no sabía cómo iniciar la discusión y que necesitaba un poco de tiempo para ordenar algunos pensamientos.

Después de un momento, regresé con ellos determinado a hablarles de su salvación eterna, aun corriendo el riesgo de que me rechazaran. De repente me acordé de que tenía unos diez billetes de un dólar en mi bolsillo, (suelo llevarlos para repartirlos en los cultos al aire libre, lo que hago a veces para ilustrar algunos puntos). Cuando les pregunté cuánto les costaría la multa, me dijeron que aproximadamente 200 dólares. De modo que saqué mis billetes y les dije: “Esto no es mucho, pero quisiera donarlo para ayudar a pagar la multa”. Los diez billetes juntos parecían ser mucho más de lo que eran. *¡Parecían una fortuna!*

Algunos de los jóvenes dijeron: “Hombre... usted no tiene que hacer esto... sin duda es muy buena persona... pero si ni siquiera nos conoce.” El conductor me dijo amablemente que no iba a aceptar el

dinero, pero el ofrecimiento tocó sus corazones. Pudieron ver que de veras me preocupaba por ellos, y la sugerencia me dio licencia para hablarles de su salvación. Les dije: “Soy un predicador. Aquí tengo un regalo para cada uno de ustedes”. Entonces les di una moneda con los Diez Mandamientos grabados sobre ella, y les pregunté si habían guardado la ley. Cuando les pregunté si habían mentado, robado, codiciado, etc., todos admitieron que habían quebrantado los Diez Mandamientos.

Entonces me dirigí al conductor y le pregunté si había sentido miedo cuando la ley lo sacó de su vehículo. Dijo que había estado aterrorizado. Entonces le dije: “Esta noche habéis transgredido la ley civil; y ahora también sabéis que habéis transgredido la ley divina. Si la ley civil os ha dado temor, entonces esperaos a estar ante Dios en el día del juicio, pues horrenda cosa es caer en manos de un Dios vivo”. Les expliqué el Evangelio, les pregunté si tenían Biblias, y les dije que les quitaran el polvo y leyeran el Evangelio de San Juan. Entonces me despedí dándoles la mano y agradeciéndoles su atención. Así los dejé en manos de un fiel Creador.

Mientras hablaba, el conductor se quitaba cinta adhesiva de sus tobillos. Había puesto bolsitas con droga en sus calcetines, algo que el oficial no había hallado cuando lo había revisado. Solamente Dios sabe lo que habría pasado si el conductor se hubiera ingerido esta droga e ido a casa con seis jóvenes drogados en su camioneta.

El oficial de la ley habría podido hallar el delito escondido, pero la Ley de Dios no fallará ninguna vez.

Ambos, la ley civil y la Ley Divina hicieron una obra profunda en algunos corazones en esa noche. Fue mi oración que siete filetes fueran asados y que algún día siete obreros fieles salieran a los campos de siega a trabajar gozosamente para su maestro.

Otra cosa, los talentos de Winkie Pratney no se limitan a asar carne. Este hombre no solamente es un excelente maestro de la Biblia y escritor, también es un excelente jugador de ping-pong, algo que pude comprobar después de dos días. También descubrí que su estilo de jugadas demostrativas se asemejaba a una mujer dando a luz. A pesar

del sudor, los gemidos y los gritos que emitía cuando no conseguía el punto, me di cuenta de que era extremadamente talentoso. Jugaba con la gracia de un maestro. Su velocidad, su genio, sus reflexiones y sus tiros rápidos se ejecutaban con asombrosa agilidad. Pero le gané.

15 - Un Dios Airado

Si nuestra teología deja fuera la ley y la necesidad de la convicción de pecado que el Espíritu Santo trae, no veremos nada malo en dejar al pecador con una falsa paz. Recuerde que en Jeremías 8:11 Dios dijo lo siguiente de los profetas y sacerdotes de Israel:

“Y curaron con liviandad la herida de la hija de mi pueblo diciendo: ‘paz, paz, pero no hay paz’ ”.

He aquí cómo se da falsa paz a un pecador. Pregúntele: “¿Tiene usted la seguridad de que va a ir al cielo cuando se muera?” ¿Qué persona con la mente lúcida no querrá ir al cielo? Aún así, muchas personas dicen algo parecido a lo siguiente: “Espero ir al cielo cuando me muera”. Entonces dígame: “Dios quiere que usted tenga esa seguridad. Todos hemos pecado y estamos destituidos de la gloria de Dios, pero Dios mandó a su Hijo para morir en la cruz para que podamos tener paz con Dios. Cuando nos arrepentimos y confiamos en Él, Dios nos da vida eterna. Él escribe nuestros nombres en el libro de la vida. ¿Quisiera usted aceptar a Jesús en su corazón ahora mismo para que su nombre sea escrito en el cielo? Yo podría guiarle ahora mismo en lo que se llama la oración del pecador. ¿Quiere orar?” Muchos lo hacen.

Pero tal vez me pregunte: “Bueno, ¿qué hay de malo en esto?” A ver si puedo contestar a esta pregunta con un ejemplo:

Un pecador ciego va hacia un barranco de mil metros. El evangelismo moderno viene a su lado y le dice: “Hombre ciego, le ofrezco un regalo maravilloso que le dará paz”. Entonces le regala un

walkman y le ajusta los audífonos sobre sus oídos. El hombre ciego oye el canto “Sublime Gracia del Señor” entonado por un coro de diez mil voces. Sus ojos ciegos se engrandecen con la delicia del canto. Sonriendo dice: “Lo que me acaba de decir es verdad. De veras, es maravilloso. Muchas gracias”. Se despide del hombre dándole la mano, aumenta el volumen de la música y continúa su camino hacia el barranco de mil metros.

¿Qué es lo que ha hecho el evangelismo moderno? Ha fallado en despertar al pecador ciego de su situación verdadera. En lugar de ello, le ha dado una falsa paz. No solamente sigue hacia el barranco de mil metros sino que, además, ahora está sordo a advertencias verbales futuras. Ha hecho un daño indecible al pecador ciego.

A millones de personas se les ha dado la seguridad de la salvación, aunque desconocen el arrepentimiento bíblico. La ley nunca los ha despertado. Nunca han sido advertidos para que dejen de caminar hacia los barrancos de destrucción eterna. Ahora, a causa de las técnicas del evangelismo contemporáneo, sus oídos son sordos al verdadero mensaje de salvación.

Un profesor de religiones llamado Wade Clark Roof dice en su libro *Baby Boomers and the remaking of American Religion* (La generación de los setenta y la recreación de la religión en Estados Unidos) que un tercio de los setenta y siete millones de abortistas dicen ser “cristianos renacidos”. De acuerdo a Roof, esto quiere decir que “han tenido una alta experiencia espiritual personal que ha cambiado sus vidas”. Roof dice que solamente la mitad de los que se llaman cristianos renacidos van actualmente a una iglesia de tradición protestante. Un veinte por ciento no pertenece a ninguna iglesia, y un tercio de los que dicen que son “renacidos” creen en la astrología y la reencarnación.

Hay otra tragedia escondida que es el resultado de los esfuerzos del evangelismo moderno. No se necesita un científico en astronomía para ver que esta nación ha perdido la bendición de Dios. La asociación norteamericana contra el cáncer (American Cancer Society) estima que en solamente un año se registraron 1.382.400 nuevos casos de cáncer. A esto se añade el ataque de las abejas asesinas, los huracanes

devastadores, los seísmos, las sequías, los tornados, etc. Después de años de evangelismo a cargo de predicadores modernos, la mayoría de los norteamericanos tienen un concepto de Dios como figura paterna, llena de benevolencia. Por eso, las tragedias terribles de los desastres “naturales” y las enfermedades mortales no son más que ruidos de la naturaleza: el Niño, la Niña, el calentamiento global, el enfriamiento global... Cualquiera cosa, menos los tratos de un Dios Santo contra nuestra nación pecaminosa. La idea de que un Dios de amor juzgaría a la nación con estos desastres no halla cabida en la mente de muchos.

De ahí se desprende un trágico dilema en el que se encuentra la Iglesia: volverse de la predicación “Dios le ama y tiene un plan maravilloso para usted” a “Dios está airado con el impío todos los días”, es un salto demasiado grande y difícil de hacer. En consecuencia, pocos predicadores tienen el ánimo de decir que Estados Unidos está bajo el juicio de Dios, y los que lo hacen son considerados como un poco fanáticos. Y esto se debe solamente a que hace algo más de cien años, el evangelismo moderno abandonó la piedra de gran peso: La Ley de Dios. Sin ella, el mundo no puede concebir que Dios esté airado con la humanidad. Recuerde que sin la Ley, el juicio es totalmente irrazonable. C. S. Lewis dijo: “Si solamente decimos que somos malos, entonces la ‘ira’ de Dios parece una doctrina bárbara. Pero cuando percibimos nuestra maldad, la ira parece inevitable, claramente un corolario de su bondad”. La ley nos ayuda a percibir nuestra maldad.

DIOS ES LINDO

En una ocasión, una joven señorita muy sincera me interrumpió cuando exponía los Diez Mandamientos a una audiencia que consistía en su mayoría de personas inconversas. Atrevidamente gritó: “¡No escuchen a este hombre! Dios les ama”. Dejé de hablar y le pregunté si a ella le importaba la salvación de los oyentes. Dijo que sí, así que la invité a subirse a la caja y le pedí que nos diera su testimonio. Después de haber hablado atrevidamente por algunos momentos, le pregunté a dónde se irían sus oyentes si murieran sin un Salvador. Con tono algo vacilante, dijo: “Al infierno”, y luego empezó a llorar y añadió: “Pero Dios es lindo”.

Dios es muchas cosas –santo, perfecto, justo, amable, bueno– pero no hay fundamento bíblico para decir que Él es lindo. Esta señorita era linda. Era encantadora. Pero decirles a los pecadores que su Creador es lindo les dará la impresión de que Él es “placentero, dulce, delicado y complaciente”. Si ésta era su imagen de Dios, entonces no es de extrañar que se ofendiera por la revelación bíblica de su naturaleza. Algún tiempo después de este incidente, otra mujer joven me reprendió por predicar acerca del castigo futuro. Ella gritaba: “Dios les ama, simplemente inviten a Jesús en su corazón ahora mismo”. Cuando le pregunté a dónde iría la gente si morían sin Cristo, dijo: “No van a ir al cielo”. Otra vez le pregunté a dónde se irían. Dijo: “No van a ir con Dios”. Otra vez le insistí acerca del lugar específico y me dijo: “No irán a un lugar placentero”. Su dilema era que no podía mencionar el infierno sin mencionar la ley (la cual explica la existencia del infierno) ya que si lo mencionaba haría que su Dios pareciera un tirano y ella sería objeto de burla.

El profesor Douglas Groothuis, del Seminario Evangélico de Denver, dijo: “Incluso algunos de los evangélicos que quieren apegarse más a las Escrituras, ven el infierno como “una mancha que hay cubrir con el cosmético del amor divino”. (*U.S. News & World Report*, 31 de enero de 2000). Deliberadamente evitan cualquier mención del barranco hacia el cual se dirige el ciego. No lo quieren alarmar. No es de extrañar que el mundo tenga una idea equivocada de la naturaleza de Dios. El periódico *Washington Post* de 9 de enero de 2000 lo dice de la siguiente manera:

A través de los años, Ed y Joanne Liverani han hallado muchas razones para acudir a Dios. Pero a su edad media, lo han reducido a un esencial: “no ser golpeado por la vida”.

Así pues, durante los pasados diez años, los Liverani empezaron a edificar su propia iglesia, guardando lo que les gustaba de su antigua religión y echando fuera el resto. Lo primero que desecharon fue un Dios airado y vengativo, y el infierno. “Esto solamente es algo que dicen para hacernos temer” dice Ed. Eso sí, retuvieron a Jesús, porque Él es grande en amor.

DIOS ODA EL PECADO

Dejar de usar la ley legalmente también forzó al evangelismo moderno a decir cosas como las siguientes: “Dios odia el pecado, pero ama al pecador”. En los últimos años de la década de los noventa, esto se percibía como una expresión inofensiva para alcanzar a los homosexuales. Pero esto produjo reacciones, y provocó que los cristianos fueran acusados de haber ignorado el pecado de homosexualidad, lo que también hicieron algunos.

La Biblia nos dice que la ley fue hecha para los homosexuales (1Timoteo 1:9-10). En vez de caer en la trampa de condenar a los homosexuales por su preferencia sexual, debemos mostrarles que son condenados cualquiera que sea su estilo de vida. Muchas veces he razonando con los homosexuales acerca de su pecado sin referirme al pecado sexual que ellos defienden. Cuando entiendan que tienen otros pecados –mentira, robo, idolatría, codicia, codicia sexual, blasfemia, odio, etc. – y que están en peligro de condenación, entonces verán su necesidad de arrepentirse y confiarán en el Salvador. Recibirán un corazón nuevo con nuevos deseos.

El concepto “Dios odia el pecado, pero ama al pecador” no es nuevo. Charles Finney escribió en el libro *The Guilt of Sin* (La culpabilidad del pecado):

Dios no solamente está airado con el pecado abstracto del pecador, sino contra el mismo pecador. Algunas personas se han esforzado duramente para establecer esta idea abstracta y ridícula, y quieren hacer entender que Dios está airado contra el pecado, pero no contra el pecador. Él odia el robo, pero ama al ladrón. El odia el adulterio, pero se complace del adúltero. Esto es una locura suprema. El pecado no tiene carácter moral aparte del pecador. El acto no es nada aparte del hacedor. La cosa que Dios odia y no aprueba es, no sólo el hecho, como algo aparte del que lo hace, sino también el mismo hacedor. Lo que le entristece es que un agente moral y racional bajo su gobierno se rebele contra su mismo Dios y Padre, contra todo lo justo y recto en el universo. Esto es lo que ofende a Dios. El mismo pecador es el objeto directo y único de su ira.

Esto es lo que enseña la Biblia. Dios está airado con los impíos, no solamente con el pecado abstracto. Si no se vuelven los impíos, Dios afilará su espada. “El extendió su arco y lo preparó”, no para apuntar al pecado, sino al mismo pecador, el hombre impío que ha cometido el pecado abominable. Ésta es la única doctrina de la Biblia y del sentido común (Publicaciones Kregel, 1965, reimpresso en 1995).

16 - El Misterio de los Peces

Ahora vamos a descubrir un misterio que me mantuvo perplejo por muchos años. Jesús dijo que el reino de Dios es semejante a una semilla de mostaza que un hombre plantó en su jardín. Creció y llegó a ser un árbol grande y los pájaros del aire anidaron en sus ramas (Lucas 13:18, 19). Entonces dijo:

[El reino de los cielos] es semejante a la levadura, que una mujer tomó y escondió en tres medidas de harina, hasta que todo hubo fermentado (v. 21).

Esto es un poco raro, porque los hijos de Israel debían comer solamente pan sin levadura (Éxodo 12:15-20). Cualquiera que comiera pan con levadura debía ser cortado de Israel.

El Evangelio de Marcos nos dice que poco después de que Jesús alimentara a los cuatro mil, los fariseos vinieron a Él y le pidieron una señal del cielo. Después Jesús dijo a los discípulos que se guardaran de la levadura de los fariseos y de la levadura de Herodes (en Mateo 16:6 también se incluye a los Saduceos). Los discípulos pensaron que estaba regañándoles por haber olvidado traer más pan. Todo lo que llevaban era un pan. Cuando empezaron a preguntarse por qué había hablado de la levadura, Jesús les dijo:

“¿Qué discutís, porque no tenéis pan? ¿No entendéis ni comprendéis? ¿Aún tenéis endurecido vuestro corazón? ¿Teniendo ojos no veis, y teniendo oídos no oís? ¿Y no recordáis? Cuando partí los cinco panes entre cinco mil, ¿cuántas cestas llenas de los pedazos recogisteis?”

Y ellos dijeron: “doce”. “Y cuando los siete panes entre cuatro mil, ¿cuántas canastas llenas de los pedazos recogisteis?” Y ellos dijeron, “siete”. Y les dijo: “¿Cómo aún no entendéis?” (Marcos 8:17-21).

¿Cómo podría el pan sobrante ser una clave para entender la levadura de los fariseos, de los saduceos y de Herodes? En Mateo 16:11-12 se nos da más luz acerca de lo que es la “levadura”.

Entonces entendieron que no les había dicho que se guardaran de la levadura del pan, sino de la doctrina de los fariseos y los saduceos.

Si la levadura de los fariseos y los saduceos era meramente su “doctrina”, ¿por qué se incluía a Herodes entre ellos? ¿Qué tenía que ver su doctrina con el exceso de pan?

La respuesta puede consistir en lo que hace la levadura. La levadura “hincha”. Sin ella, el pan se queda compacto, duro. En cambio, con un poquito, la masa se levanta mucho. Cuando Pablo hablaba de la obra de la levadura, lo hacía en el contexto del orgullo. Él dijo: “No es buena vuestra jactancia. ¿No sabéis que un poco de levadura leuda toda la masa?” (1 Corintios 5:6).

El fariseo que se autojustificaba oró con la cabeza levantada, hinchando su pecho, dándole gracias a Dios por no ser como la otra gente. Fue el orgullo lo que hizo a los saduceos, la élite intelectual del momento, negar la existencia de los ángeles y de la resurrección. Fue el orgullo lo que movió a Herodes a hacer matar al hombre más grande nacido de mujer, en vez de humillarse frente a sus honorables visitantes.

Es probable que la referencia a los panes que sobraron deba recordarnos que el compañero de cama del orgullo suele ser la

abundancia. El orgullo es alimentado por la riqueza independiente, sea riqueza de conocimiento (que, según 1 Corintios 8:1, envanece) o de bienes materiales. Esta riqueza independiente era el pecado de la iglesia de Laodicea. Los creyentes de esta iglesia decían: “Yo soy rico, me he enriquecido, y de ninguna cosa tengo necesidad”. (Apocalipsis 3:17). El hombre rico necesitaba graneros más grandes, pero no era rico a la vista de su Dios (Lucas 12:16-21). Estaba hinchado por el sentido de su propia seguridad carnal. Era altivo, pese a que se advierte a los ricos que no lo sean (1 Timoteo 6:17). El hombre orgulloso y justo ante sus ojos piensa que sus propias obras buenas lo salvarán. Está hinchado en su propia mente carnal (Col. 2:18).

En Lucas 12:1 se nos da más luz acerca de la levadura. Jesús dijo: “Guardaos de la levadura de los fariseos, que es la hipocresía”. Los saduceos y Herodes tenían esto en común: eran hipócritas (Mateo 16:1-3). Herodes escuchó con gusto a Juan, pero vivía en adulterio. ¿Por qué sucede que una persona es orgullosa y justa en su propia opinión, o hipócrita? Simplemente porque no ha sido humillado por la ley de Dios. “La perfecta ley de la libertad” nunca se ha usado para que viera su propio estado verdadero:

Porque si alguno es oidor de la Palabra pero no hacedor de ella, éste es semejante al hombre que considera en un espejo su rostro natural. Porque él se considera a sí mismo, y se va, y luego olvida como era. Mas el que mira atentamente en la perfecta ley, la de la libertad, y persevera en ella, no siendo oidor olvidadizo, sino hacedor de la obra, éste será bienaventurado en lo que hace. (Santiago 1:23-25)

LAS ASOMBROSAS COINCIDENCIAS DE PEDRO CON EL NÚMERO TRES

Antes de ver la razón por la que la levadura se echó en tres medidas de harina, veamos de cerca las coincidencias de Pedro con el número tres (parece ser, que el número tres y Pedro tienen que ver con la empresa evangelística):

- El Nuevo Testamento relata tres veces la historia de la transfiguración de Jesús, durante la cual Pedro sugirió la construcción de tres enramadas.
- En el huerto de Getsemaní, Jesús regresó tres veces a tres discípulos. Cuando hablaba con ellos acerca de su sueño, se dirigía a Pedro.
- Pedro negó a Jesús tres veces.
- La triple negación de Pedro se menciona tres veces en los Evangelios.
- Tres veces le preguntó Jesús a Pedro si le amaba.
- Cuando Pedro predicó en el día de Pentecostés, se convirtieron Tres mil personas.
- La Biblia menciona que la predicación en Pentecostés fue en la hora tercera (Hechos 2:15).
- En Hechos 11:10 la visión de Pedro del lienzo con los animales apareció tres veces.
- Cuando Pedro fue llamado a predicar a los gentiles, vinieron tres hombres a llamarle.

Ahora vayamos a Juan 21:1-14 y veamos de quiénes habla la Biblia cuando Jesús se apareció a los discípulos por tercera vez después de la resurrección.

Cuando Pedro decidió regresar a pescar, Tomás, Natanael, Santiago y Juan decidieron irse con él. Pescaron toda la noche y no hallaron nada. Cuando amanecía, vieron una figura a la orilla del mar. Una voz extraña se oyó: “Hijitos, ¿tenéis algo de comer?” Entonces dijo algo similar a las palabras que habían oído antes: “Echad la red a la derecha de la barca, y hallaréis”. Obedecieron y capturaron tantos peces que no podían levantar la red. Pedro dijo: “¡Es el Señor!”, se ciñó la ropa y se echó al mar. Los discípulos le siguieron con la barca, arrastrando consigo la red llena de peces.

Cuando llegaron a la orilla, hallaron que Jesús ya había encendido un fuego y preparado un pescado y algo de pan. Cuando les dijo que le trajeran algunos de los peces que habían capturado, Pedro fue y los trajo:

Subió Simón Pedro y sacó la red a tierra, llena de grandes peces, ciento cincuenta y tres; y aun siendo tantos, la red no se rompió.

¿Por qué menciona la Biblia tan específicamente que eran ciento cincuenta y tres peces?

En Lucas 5:4-7, cuando Jesús dijo a Pedro: “Bogad mar adentro y echad vuestras redes para pescar”, encerraron gran cantidad de peces. Eran tantos que la red se rompía. Entonces Pedro llamó a otra barca, y cuando ambas fueron cargadas, empezaron a hundirse bajo el peso. ¡Esto es impresionante!

En el caso de los ciento cincuenta y tres peces, se pudo arrastrar la red, y el peso no hizo ni que se hundiera la barca ni que se rompiera la red. Por eso podemos asumir que el gran número de peces que menciona Lucas fuera mayor de ciento cincuenta y tres. Si la Escritura solamente nos informara del número para impresionar a los lectores (como si se tratara de un cuento de pescadores), entonces tendría más razón para informarnos del número exacto de peces capturados en la pesca mayor, cuando la red se rompía y se hundían las barcas. Sin embargo, en aquel suceso no se menciona ningún número, pese a que Jesús conectó ese incidente con el evangelismo, al decir dijo a Pedro: “No temas, desde ahora serás pescador de hombres” (Lucas 5:10).

Por eso es lógico preguntarse por qué se nos dice que había ciento cincuenta y tres peces. Pero no se menciona el número ciento cincuenta y tres en ningún otro lugar en la Escritura para darnos una idea. A no ser que el número esté escondido... y por alguna razón lo está.

17 - El Misterio Resuelto

En el capítulo anterior vimos la levadura, a Pedro y su conexión con el número tres así como el misterioso número de ciento cincuenta y tres. Vamos ahora a poner nuestra atención en 2 Reyes 1:9-14:

“Luego envió a él un capitán de cincuenta con sus cincuenta, el cual subió a donde él estaba; he aquí que él estaba sentado en la cumbre del monte. Y el capitán le dijo: Varón de Dios, el rey ha dicho que desciendas. Y Elías respondió y dijo al capitán de cincuenta: Si yo soy varón de Dios, que descienda fuego del cielo y te consuma a ti y a tus cincuenta. Y descendió fuego del cielo, que lo consumió a él y a sus cincuenta.

Volvió el rey a enviar a él otro capitán de cincuenta con sus cincuenta; y le habló y dijo: Varón de Dios, el rey ha dicho así: Desciende pronto. Y le respondió Elías y dijo: Si yo soy varón de Dios, que descienda fuego del cielo y te consuma a ti y a tus cincuenta. Y descendió fuego del cielo, que lo consumió a él y a sus cincuenta.

Volvió a enviar un tercer capitán de cincuenta con sus cincuenta; y subiendo aquel capitán de cincuenta, le rogó diciendo: Varón de Dios, te ruego que sea de valor delante de tus ojos mi vida, y la vida de éstos, tus cincuenta siervos. He aquí ha descendido fuego del cielo, y ha consumido los dos primeros capitanes de cincuenta con sus cincuenta; sea estimada ahora mi vida delante de tus ojos”.

Se nos dice que cincuenta hombres con su capitán fueron enviados a tomar preso a Elías. Fueron arrasados por el fuego del cielo. Otros cincuenta fueron comisionados, encabezados por su capitán. Ellos también fueron devorados por fuego del cielo. Otros cincuenta hombres fueron enviados con su capitán. Esta vez el capitán cayó de rodillas, intercedió por ellos y los salvó del fuego del cielo.

Tres grupos de cincuenta y un hombres fueron enviados (otra vez tenemos el número tres). Cincuenta y uno por tres son ciento cincuenta y tres. Aquí está nuestro número escondido. Dos tercios perecieron por el fuego. Un tercio fue salvado por la intercesión de su capitán.

Hay paralelos interesantes entre el acontecimiento de Elías y la iglesia. Los que son salvados del que viene en llama de fuego (2 Tesalonicenses 1:8) son salvados por el ministerio del capitán de nuestra salvación (Hebreos 2:10), que siempre vive para interceder por nosotros (Hebreos 7:25).

¿Tenemos aquí una indicación que dos tercios de los que profesan ser parte del cuerpo de Cristo a través de los siglos oirán estas palabras terribles: “Nunca os conocí; apartaos de mí, hacedores de maldad”? ¿Es esto una indicación de que solamente un tercio de la iglesia será salva? Una cosa sí sé, y es que una gran parte del cuerpo actual de Cristo está tibio en cuanto a la salvación de los perdidos, la oración y la Palabra de Dios. Jesús advirtió que los tibios serían vomitados de su boca (Apocalipsis 3:16).

Solamente Dios sabe cuántos se salvarán, pero después que Jesús comparó al reino de Dios con la levadura, “que una mujer tomó y escondió en tres medidas de harina”, los discípulos le preguntaron cuántos se salvarían. Él contestó diciendo que muchos procurarán entrar y no podrán (Lucas 13:23-27). Entonces pone su dedo sobre el por qué. Son hacedores de maldad (v. 27). Son inicuos, transgresores de la ley moral. Obviamente, no temen lo suficiente a Dios como para obedecerle.

En relación al tercio salvo y a los dos tercios perdidos, veamos el contexto de estos versículos:

Levántate, espada, contra el pastor, y contra el hombre compañero mío, dice Jehová de los ejércitos. Hierne al pastor, y serán dispersadas las ovejas; y haré volver mi mano contra los pequeñitos. Y acontecerá en toda la tierra, dice Jehová, que las dos terceras partes serán cortadas en ella, y se perderán; mas la tercera quedará en ella. Y meteré en el fuego a la tercera parte, y los fundiré como se funde la plata, y los probaré como

*se prueba el oro. Él invocará mi nombre, y yo le oiré, y diré:
Pueblo mío, y él dirá: Jehová es mi Dios (Zacarías 13:7-9).*

No hay duda de que el pastor herido alude a Jesús (Marcos 14:27). También queda claro que estos versículos se aplican fácilmente al trato de Dios con la iglesia, a la que refina mediante el fuego, como se prueba el oro (1Pedro 1:7). La Iglesia está formada por los que invocan el nombre del Señor (Romanos 10:13). Dios puede decir de la Iglesia: “Éste es mi pueblo”. En otros tiempos no éramos un pueblo, pero ahora somos pueblo de Dios (1Pedro 2:10).

Tenemos una gran multitud en la red del Evangelio pensando que son salvos, cuando en realidad no tienen las cosas que pertenecen a la salvación (Hebreos 6:9). El doctor Joseph Kennedy dijo: “La gran mayoría de las personas que son miembros de las iglesias de Estados Unidos hoy en día no son cristianos. Lo digo sin el más mínimo temor a no estar en lo cierto. Lo baso en la evidencia empírica que me han dado veinticuatro años examinando a miles de personas”. Gracias en gran parte a los métodos de evangelismo moderno, han confesado el nombre de Cristo, pero nunca se han apartado de la iniquidad. A Jesús le llaman Señor, pero desconocen lo que Él les dice. Profesan conocerle, pero Él les dirá: “Nunca os conocí; apartaos de mí, hacedores de maldad” (Mateo 7:23). Él vendrá en llama de fuego, para dar retribución a los que no conocen a Dios, ni obedecen al Evangelio de nuestro Señor Jesucristo, los cuales sufrirán pena de eterna perdición, excluidos de la presencia del Señor y de la gloria de su poder (2Tesalonicenses 1:8-9). Entonces, finalmente conocerán el temor de Dios.

Quédese conmigo, porque ahora vamos a ver cómo se pueden identificar estas profesiones falsas. Parecen tener una cosa en común...

18 - La Carga por los Perdidos

En la oscuridad de la cueva de Adulam, David deseaba tomar de las aguas frescas del pozo de Belén. Saúl lo perseguía como un perro enojado. ¿Se debía arriesgar David a que le vieran fuera de la cueva? No. Pero su sed no lo dejaba. Recordaba los días calurosos de su niñez, cuando su sed lo llevaba a traer agua fresca del pozo profundo. Cuanto más lo pensaba, más aumentaba el deseo, hasta que rompió el silencio y dijo: “¡Quién me diera a beber del agua del pozo de Belén, que esta junto a la puerta!” (2 Samuel 23:15). Después las Escrituras nos dicen:

Entonces los tres valientes irrumpieron en el campamento de los filisteos, y sacaron agua del pozo de Belén, que estaba junto a la puerta; y tomaron y la trajeron a David; mas él no la quiso beber, sino que la derramó para Jehová, diciendo: “Lejos sea de mí, oh Jehová, que yo haga esto. ¿He de beber yo la sangre de los varones que fueron con peligro de su vida?” Y no quiso beberla. Los tres valientes hicieron esto (vv. 16-17).

Los tres valientes profesaban un gran amor por David, un amor que era más que solamente de labios, y lo demostraron arriesgando su vida tan sólo para traer un trago de agua a su amado líder. Sin embargo la reacción de David ante esta muestra de amor fue derramar el agua sobre la tierra, como sacrificio ante Dios.

Algunos podrían sentirse tentados a decir: “Si estos hombres arriesgaron su vida para traer el agua, David al menos se la debería haber tomado”. Pero aquí también vemos algo mucho más profundo que la gratitud humana. La conciencia de David no le permitió concederse tal gratificación. Dijo: “Ésta es la sangre de los varones que fueron con peligro de su vida”. ¿Cómo podría tomarla? Era más que un simple vaso de agua. Era una señal evidente, un símbolo, una prueba de su amor y devoción hacia él. El costo era demasiado grande. Su única opción era dar esta agua a Dios, derramándola como ofrenda al Señor.

UNA GRAN DIFERENCIA

Mi esposa Sue fue despertada una noche a las 4:00 de la madrugada por el sonido de la televisión a todo volumen. Inmediatamente pensó que uno de nuestros hijos no podía dormir y que estaba mirando la televisión. Pero el ruido era tal que ir a bajar el volumen.

Cuando llegó a la sala, descubrió que uno de los perros de la familia había pisado accidentalmente el mando a distancia y estaba mirando el canal de deportes.

Nos fascina ver cuando un animal nos imita con una mirada o lo que parece ser una sonrisa, o si ve el canal de deportes. Pero, aunque la evolución trate de conectarnos con los animales, la verdad es que hay una gran diferencia. Como humanos, sabemos que somos “seres”. Sabemos que tarde o temprano vamos a morir. Sabemos que existe un Ser Supremo. Dios ha puesto la eternidad en nuestros corazones.

Un amigo mío incrédulo se enfrentaba con la realidad de que le quedaban seis meses de vida. Sus amigos le dijeron que pasara los últimos seis meses yendo de burdel en burdel. No estaba interesado. Se dio cuenta de que había algo en su corazón que era bastante más fuerte que sus deseos sexuales –era el deseo de vivir. En lo profundo de su corazón decía: “¡No quiero morir!” La eternidad estaba en su corazón. Su gemido profundo era: “¡Oh, que alguien me dé un trago de agua de la fuente de salvación!”

Antes del inicio del tiempo, Dios no solamente vio el deseo de su corazón, sino el clamor de cada corazón humano. Los Tres Valientes, el Dios Trino, pasaron a través de las tropas del infierno para sacar aguas del pozo de Belén. Dios estaba en Cristo reconciliando al mundo consigo. Ahora puede ofrecer lo siguiente a la humanidad pecaminosa: “mas el que bebiere del agua que yo le daré, no tendrá sed jamás, sino que el agua que yo le daré será en él una fuente de agua que salte para vida eterna” (Juan 4:14).

El convertido verdadero sostiene el vaso de la salvación con manos temblorosas. Ha visto el costo de su redención. Ve que no fue redimido con oro y plata, sino con la sangre preciosa de Cristo. Al igual que

David, él no puede tomar de esta copa con un espíritu de desenfreno. En vez de beber de los placeres y las comodidades de la vida cristiana, su culto racional es presentarse como sacrificio vivo, santo y agradable, y derramar su vida como sacrificio al Señor.

CORAZÓN CONTENTO

Una vez me encontraba en unos grandes almacenes cuando un hombre de avanzada edad empezó a conversar conmigo. Después de pocos minutos, la conversación giró hacia las cosas de Dios. Cuando le pregunté si tenía algún tipo de trasfondo religioso, su respuesta fue interesante. Dijo: “Asisto a una iglesia. Creo en el Padre, y el Hijo... también estará por ahí”. Su respuesta fue graciosa, pero también trágica. Este hombre iba a la iglesia, obviamente tenía fe en Dios, creía en la divinidad y en la resurrección de Jesucristo, *pero no era salvo*.

Si usted ama a Dios, su corazón se extenderá hacia los millones de personas que se encuentran en ese mismo estado. Están en el valle de la decisión. Muchas veces los valles están desprovistos de la luz directa del sol, y los pecadores necesitan luz directa. No entienden las cosas. Están muy cerca de la salvación, pues la salvación está cerca de su boca y su corazón. Pero sin arrepentimiento perecerán. Tales pensamientos son espantosos. Si usted ha nacido del Espíritu de Dios, comprobará que hay algo que lo motiva a ir a los perdidos, a alcanzar a los perdidos, porque Dios le dio un corazón nuevo que desea hacer su voluntad.

Un escritor y capellán muy conocido del siglo pasado, llamado Oswald Chambers, dijo: “Mientras haya un ser humano que no conoce a Jesucristo, soy deudor a servirle hasta que lo conozca”. C. F. W. Walters, profesor de la Biblia, dijo: “Un creyente estará dispuesto a servir al que pueda dondequiera que sea. No puede más que profesar el Evangelio ante los hombres, aunque sepa de antemano que no recibirá a veces más que burla y ridículo, si de veras está dispuesto a dar su vida por el Evangelio”.

No podemos evitar ver la pasión de Pedro por los perdidos, que es tan evidente en el libro de los Hechos. Él puso detrás de sí el recuerdo de las tres veces que negó a su Señor, y se dirigió a una multitud en el

día de Pentecostés. Cuando se juntó el gentío alrededor del cojo que fue sanado, con valentía les predicó el Evangelio. Testificó a las mismas personas que dieron muerte al Salvador, y les dijo lo que habían hecho. Tenía una gran pasión por su Dios y una gran pasión por los pecadores.

¿Cuál era la mayor pasión del apóstol Pablo? Ese deseo y esa aspiración eran sencillamente *la salvación de los perdidos*. Su pasión más grande era el evangelismo, algo que es muy evidente en sus propias palabras. En su introducción en la carta a los Romanos, Pablo dijo que estaba en deuda con todo el mundo. Su celo evangelístico era tan grande, que dijo que estaba dispuesto a perder su relación con Jesucristo si de esa forma sus hermanos pudieran ser salvos. Considere estas serias palabras:

“Verdad digo en Cristo, y no miento, y mi conciencia me da testimonio en el Espíritu Santo, que tengo gran tristeza y continuo dolor en mi corazón. Porque deseara yo mismo ser anatema, separado de Cristo, por amor a mis hermanos, los que son mis parientes según la carne” (Romanos 9:1-3).

He estudiado varios comentarios bíblicos para ver lo que dicen de estos versículos. Se ha dicho que no es posible que Pablo hablara de su propia salvación. Más bien se trataría de su disposición a ser cortado de Israel. Yo entiendo que el apóstol Pablo ya había sido cortado de Israel por razón de su fe en Jesús. Si meramente fue una referencia a ser cortado de su gente, entonces, ¿por qué dijo que *ya había sufrido* la pérdida de todas las cosas? Si las estimaba como basura, entonces, ¿por qué tendría que defenderlo con algo que parece ser un voto para expresar lo que quería decir?

Parece que Pablo estaba escribiendo a unos oyentes que seguramente no entenderían tal amor. ¿Cómo puede un hombre tener tal intensidad evangelística como para estar dispuesto a renunciar a su relación con Jesucristo con tal de que se cumpla ese deseo? Tal expresión no puede hallar cabida en una mente egoísta, sin una preparación bien pensada. Como seguramente no podrían creerle, Pablo testimonia acerca de lo que está por decir: está diciendo la verdad en Cristo. El mismo que es la Verdad era testigo de Pablo, de que lo que estaba por decir era verdad.

Su conciencia regenerada por el Espíritu Santo le daba testimonio que estaba hablando la verdad. Había cultivado una conciencia tierna ante Dios y los hombres, y la obra de la ley no le acusaba de mentira. Sus palabras no pueden ser interpretadas como una mera exageración, o como una hipérbole.

En la profundidad de su alma había una carga, una gran tristeza, un lamento continuo. El horror de los horrores, él era salvo, pero sus hermanos no lo eran.

Quizá usted piensa que Pablo estaba mintiendo cuando dijo que su preocupación por los perdidos era más importante para él que su relación con Jesús. Quizá no tenía ningún temor de que todos los mentirosos tendrían su parte en el lago de fuego. Quizá no tenía ninguna preocupación en dar un falso testimonio, transgrediendo el noveno mandamiento, por razón del cual Ananías y Safira resultaron muertos al instante. Claro, no podemos juzgar si Pablo decía la verdad en Cristo o si su conciencia contenía el testimonio del Espíritu Santo, pero ciertamente hay evidencias de su prioridad evangelística en sus escritos.

Moisés dijo algo bastante similar cuando pidió a Dios que le cortara del libro de la vida, en vez de cortar a Israel.

A la luz de estos ejemplos, no veo cómo alguien puede llamarse cristiano y no tener una carga por los perdidos. Charles Spurgeon dijo: “¿No tiene el deseo de que otros sean salvos? Entonces quizá usted mismo no es salvo. La pasión le llevará a tal extremo que casi se olvidará de sí mismo por la salvación de otros. Será como el bombero atrevido a quien no le importan las quemaduras ni el calor, con tal de rescatar a esa pobre criatura que está a punto de perecer. Si los pecadores tienen que ser condenados, entonces que salten al infierno sobre nuestros cuerpos. Y si perecen, que perezcan con nuestros brazos alrededor de sus rodillas implorándoles que se queden. Si se tiene que llenar el infierno, que se llene de los dientes de nuestra lucha, y que nadie vaya ahí sin ser advertido y sin que se haya intercedido por él”.

Cuando un vehículo de emergencia pasa por una ciudad, la ley obliga a los demás vehículos a apartarse hacia un lado y a detenerse. ¿Por qué? Porque la vida de alguien puede estar en peligro de muerte. Se le debe dar prioridad. Así deberíamos ser cuando se trata de la eterna salvación de hombres y mujeres. Hay una emergencia extrema. Todo lo demás debe detenerse, o estaremos en peligro de transgredir la ley moral que ordena: “Amarás a tu prójimo como a ti mismo”.

El infierno debe ser tan real para nosotros que sus llamas quemem toda nuestra apatía y nos motiven a advertir a los perdidos. ¿Vemos a los que no son salvos como el futuro combustible del infierno? ¿Entendemos que la humanidad pecaminosa es el yunque de la justicia de Dios? ¿Alguna vez hemos sido horrorizados o hemos llorado porque tememos su fin? La profundidad de nuestro celo evangelístico está en directa proporción con el amor que tenemos. Si usted no se preocupa por la salvación de su vecino, entonces a mí me preocupa su propia salvación.

El celo evangelístico descrito en las páginas anteriores debe caracterizar a un cristianismo normal y bíblico. Pero, de acuerdo al *Dallas Morning News* (un periódico de Dallas) del 11 de junio de 1994, el sesenta y ocho por ciento de los que profesan ser cristianos no ven el evangelismo como la prioridad de la iglesia.

El *Grupo de Investigaciones Barna* descubrió en 1994 que, de los adultos estadounidenses que decían ser nacidos de nuevo, el setenta y cinco por ciento no sabía lo que era la Gran Comisión. Una encuesta hecha por *Christianity Today* (El cristianismo de hoy), una revista evangélica muy reconocida, reveló que solamente el uno por ciento de sus lectores había testificado a alguien últimamente. Esto quiere decir, que el noventa y nueve por ciento de sus lectores eran “tibios” en cuanto a su preocupación por el fin de los impíos. De acuerdo a *Zondervan Church Source* (importante editorial evangélica radicada en los Estados Unidos), el noventa y siete por ciento de la Iglesia no está involucrada en ningún tipo de evangelismo. En contrapartida, el Señor Jesús pronunció tres parábolas seguidas (Lucas 15) tan sólo para demostrar la profunda preocupación de Dios por las almas perdidas.

¿Cómo es que tantos que están en la iglesia pueden profesar amar a Dios cuando descuidan o incluso desechan el evangelismo? La respuesta es alarmante.

19 - El Hombre Rico

Hace algunos años, leí la historia que Jesús contó acerca del Hombre Rico y Lázaro, y la interpreté de forma radicalmente diferente a la mayoría. Verdaderamente he investigado muchos comentarios y no he hallado ninguno con la misma interpretación. He sometido mi interpretación a siete hombres piadosos. Seis de ellos dijeron que era bíblicamente sana. El séptimo no estaba tan seguro. Ahora se la presento a usted para su propia consideración.

Había un hombre rico, que se vestía de púrpura y de lino fino, y que hacía cada día un banquete con esplendidez. Había también un mendigo llamado Lázaro, lleno de llagas, que estaba echado a la puerta de aquel y ansiaba saciarse de las migajas que caían de su mesa; y los perros venían y le lamían las llagas.

Aconteció que murió el mendigo, y fue llevado por los ángeles al seno de Abraham, y murió también el rico, y fue sepultado.

Y en el Hades alzó sus ojos estando en tormentos, y vio de lejos a Abraham, y a Lázaro en su seno. Entonces él, dando voces, dijo: “Padre Abraham, ten misericordia de mí, y envía a Lázaro para que moje la punta de su dedo en agua, y refresque mi lengua; porque estoy atormentado en esta llama”.

Pero Abraham le dijo: “Hijo, acuérdate que recibiste tus bienes en tu vida, y Lázaro también males; pero ahora éste es consolado aquí, y tú, atormentado. Además de todo esto, una gran sima está puesta entre nosotros y vosotros, de manera que los que quisieren pasar de aquí a vosotros, no pueden, ni de allí pasar acá”.

Entonces le dijo: “Te ruego, pues, padre, que le envíes a la casa de mi padre, porque tengo cinco hermanos, para que les testifique, a fin de que no vengan ellos también a este lugar de tormento”.

Y Abraham le dijo: “A Moisés y a los profetas tienen, óiganlos”. Él entonces dijo: “No, padre Abraham; pero si alguno fuere a ellos de entre los muertos, se arrepentirán”. Mas Abraham le dijo: “Si no oyen a Moisés y a los profetas, tampoco se persuadirán aunque alguno se levantara de los muertos” (Lucas 16:19-31).

¿Es ésta una ilustración del camino de la salvación? Si lo es, entonces es totalmente inconsistente con todas las demás referencias bíblicas a liberación de la muerte. Los que desean justificar las buenas obras como medio de entrar al cielo podrían encontrar una prueba adecuada aquí. Veamos al pasaje a la luz de tal pensamiento.

En primer lugar, ¿cuál es el pecado del hombre rico? Obviamente, que no alimentó a Lázaro. Si éste es el caso, entonces podría haberse ganado la salvación. Si una persona no cristiana quisiera ganar su entrada al cielo, ¿debería alimentar a los destituidos? ¿Cuánto alimento se requiere para merecer vida eterna? No, porque la salvación es “por gracia [influencia divina]... por fe ... y no por obras” (Efesios 2:8-9). Entonces el pecado del rico no fue solamente haberse negado a alimentar a Lázaro.

También puede pensarse que su pecado consistía en ser rico. Entonces, Abraham debería haber sido condenado, pues era rico. ¿Fue su pecado la glotonería? No necesariamente. Según el idioma original, “banquete con esplendidez” quiere decir que comía bien.

¿Por qué se hace referencia a su ropa? ¿Aborrecía Dios su ropa o el color de la misma?

En segundo lugar, ¿qué hizo Lázaro para merecer la vida eterna? ¿Acaso la ira fue apaciguada por su sufrimiento en esta vida, lo que le dio entrada a la vida futura? Si es así, busquemos el sufrimiento en vez de al Salvador. Aflijamos nuestros cuerpos como lo hicieron los profetas de Baal, o subamos de rodillas las escaleras de alguna catedral fría hasta que nos salga sangre, y luego llamemos a los perros para que

laman nuestras llagas. Si ésta es la realidad del camino de la salvación, entonces se puede pervertir la justicia eterna, Dios puede ser sobornado, y el sacrificio de los impíos no es una abominación para el Señor.

Por todo eso, la historia tiene que tener un significado diferente.

¿QUIÉN ES ESTE HOMBRE RICO?

Establezcamos algunos principios de interpretación bíblica que nos ayudarán a descubrir el significado verdadero del hombre rico y Lázaro.

- Púrpura es el color bíblico de los reyes (Ester 8:15).
- El lino fino representa la justicia de los santos (Apocalipsis 19:8).
- La iglesia es llamada “real sacerdocio” (1 Pedro 2 :9).
- El tabernáculo (un tipo de la Iglesia) fue hecho de lino fino y púrpura (Éxodo 26:1).
- El hombre rico es un tipo de la Iglesia *profesante*, y el leproso (según creen la mayoría de los comentaristas de la Biblia) es un tipo del pecador.

Las feas llagas del pecado penetran todo el ser del pecador. Él es como “una cosa inmunda”. Su justicia es como trapos de inmundicia. Los que le tocan son mandados a aborrecer hasta la ropa contaminada por la carne (Judas 23). Espíritus inmundos se alimentan de las llagas de su pecado, como perros hambrientos, esperando consumirlo a la hora de su muerte. Él es puesto a las puertas de la iglesia – la iglesia rica y gorda de Laodicea, el “real sacerdocio” de creyentes vestidos de lino fino y púrpura que hacen banquetes con esplendidez con las enseñanzas acerca de la oración, la profecía, la justificación, la santificación y la purificación. Esta iglesia disfruta la “vida abundante” de retiros de hombres, retiros de jóvenes, seminarios de matrimonios, juntas de mujeres, estudios bíblicos, audiocasetes, videocasetes y CDs. Se amontonan sus propios maestros, teniendo “comezón de oír”, con oídos tan ensordecidos por las fiestas, tan torpes por el exceso de consumo, *que los clamores de Lázaro junto a la puerta no se oyen.*

Hemos llegado a ser como Israel cuando Dios le hablaba en su prosperidad, y él dijo: “No oiré” (Jeremías 22:21). El pecado de la

Iglesia no es que sea rica, sino más bien consiste en *que no tiene la compasión para dar, cuando menos, algunas migajas del Evangelio a los pecadores moribundos que están a su puerta.*

Los pensamientos del rico son solamente para sí mismo. Está lleno de sus propios caminos. Nos hemos construido edificios hermosos con buenos sistemas de sonido, pisos decorosos, donde nos sentamos sobre bancas cómodas, viviendo en lujos, mientras los pecadores se hunden en el infierno. Decimos que somos ricos, pero somos pobres, ciegos, desventurados, miserables y desnudos. Doy gracias a Dios por las bancas cómodas, por los buenos sistemas de sonido, pero no al costo de descuidar a los perdidos. Hemos disfrutado del lujo en el bote salvavidas, mientras que las multitudes se hunden a nuestro alrededor.

He observado a grandes multitudes en torno a ministerios de “poder”, “sanidad” y “fe”, y he orado que lo que sospechaba fuera mentira. He escuchado los mensajes de estos hombres y mujeres, y esperaba errar en mis sospechas de que algo iba radicalmente mal. No me molesta lo que dicen, pero sí lo que no dicen. Claro que *hay* sanidad en la expiación (¿quién no ora que Dios sane a un ser querido?). Necesitamos tener fe en las promesas de Dios, e históricamente Dios sí bendice a su pueblo y lo saca de la pobreza, del hambre y del sufrimiento. Pero, *¿cómo es que estos ministerios no predicán a Cristo crucificado por los pecados del mundo?* De manera casi sistemática dejan la cruz fuera de su mensaje, a excepción de cuando la mencionan para comprar sanidad y prosperidad para el pueblo de Dios. *¿Por qué no se predica contra el pecado, exaltando la justicia de Dios?*

Veo las multitudes en frente de ellos, y pienso que debe de haber muchos que desconocen la misericordia de Cristo, pero a quienes no se les advierte para que huyan de la ira venidera. El día del juicio no se menciona, ni el infierno, ni tampoco hay un llamado al arrepentimiento. Trato de ser benigno con ellos y disculparlos pensando que quizá ellos son “maestros” dentro del cuerpo de Cristo, cuyo don particular es el de exhortar y animar en vez de buscar y salvar lo que se ha perdido. Pero los maestros más dotados no pueden ser excusados de no tener carga por el fin de los impíos. El apóstol Pablo era el más grande de los maestros, pero él pidió oración para que compartiera el Evangelio con

denuedo, para que hablara como es debido. Dijo: “¡Ay de mí si no anunciare el Evangelio!” (1Corintios 9:16). ¿Cuáles son las implicaciones éticas de un jefe de bomberos que insiste en que sus bomberos se vistan bien mientras las personas a quienes deben salvar mueren en las llamas?

Oro para que la siguiente carta que recibí no represente a una gran cantidad de personas que son seguidores de estos hombres y mujeres. Tiemblo al sospechar que así es:

Creo que todavía no le he dado las gracias por haberme despertado de mi falsa conversión. Por favor, no permita que el desánimo le impida seguir predicando “lo que el diablo no quiere que sepas”. Creo que es el mensaje perfecto para despertar a cualquier persona, sin importar cuál sea su denominación. Nunca, nunca hubiera pensado que llegaría el día en que yo mismo me llamaría un “excreyente” de la Palabra de la Fe. Si Pablo era hebreo de hebreos, yo era un hombre de fe entre los hombres de fe. Yo era un hombre que llevaba cartas, escuchaba casetes, leía libros, acudía a seminarios y hacía confesiones positivas. Y todo era una pérdida de tiempo. Escribo esto para demostrar que, si alguien que era tan extremo como yo puede ser despertado de tal sueño, entonces creo que cualquier persona con algo de honestidad puede ser despertada. No me opongo a los errores del movimiento de La Palabra de la Fe más que a los demás errores del cristianismo contemporáneo, aunque los conozco más que cualquiera de los demás. Su mayor error consiste en que se trata de un camino espacioso con una puerta ancha.

Si el hijo pródigo hubiera regresado a su padre antes de darse cuenta de su pecado, habría regresado con una actitud diferente. Y si en vez de ver que tenía deseos de alimentarse con la comida de los cerdos y de decir: “Padre, he pecado... hazme como uno de tus siervos”, hubiera dicho: “Padre, me falta dinero”; si en vez de decir “hazme”, hubiera dicho: “dame”; entonces, en vez de querer servir a su padre, el padre hubiera llegado a ser su siervo. Ésta es la categoría de muchos que están sentados en la iglesia. La ley no ha sido usada para mostrarles

que sus deseos pecaminosos son *sobremana* pecaminosos. Dios solamente es un medio para lograr sus propios fines.

ADMIRADORES DEL ALMIRANTE

Pocos son los que ven la gravedad del pecado de descuidar el evangelismo, son muy pocos los que tienen carga por los perdidos. Dentro de la Iglesia hay muchos que piensan que estamos aquí para adorar al Señor, y que el evangelismo es para los pocos que tienen ese don. Su llamado a la adoración es un llamado más alto.

Hubo una vez un capitán muy respetado y muy querido por su tripulación. Todos le decían cuánto le respetaban. Pero un día el capitán vio con horror que otro barco que cruzaba el océano había chocado contra un iceberg y que la gente se estaba ahogando en el agua helada delante de ellos. Rápidamente dirigió su barco hacia el lugar, se colocó sobre el puente y ordenó a gritos a su tripulación que les lanzaran los salvavidas. Pero, en lugar de obedecer su mandato, la tripulación levantó sus manos y empezó a clamar: “¡Te adoramos, capitán, te adoramos! ¡Te amamos, eres digno de nuestra alabanza!”

¿Se da cuenta de que la realidad de su adoración debería manifestarse en la obediencia a su mandato? La admiración de ellos era sólo palabras vacías.

Si adoramos en espíritu, también adoraremos en verdad. Levantar nuestras manos en adoración a Dios sin extender nuestras manos en evangelismo, no significa más que hipocresía vacía para Dios. “Adorarás al Señor tu Dios, y a Él sólo servirás” (Mateo 4:10). Esto es más que una reprensión a Satanás. Si la Iglesia hiciera tanto ruido por Dios el lunes como el que hace el domingo, tendríamos avivamiento.

Sin embargo, en su libro *The Coming Revival (El avivamiento verdadero)*, Bill Bright nos dice que “solamente el dos por ciento de los creyentes en Estados Unidos comparte regularmente su fe en Cristo con otros” (NewLife Publications, pág. 65).

El evangelista Bill Fay ha hablado en más de 1.500 conferencias e iglesias. En cada reunión suele preguntar cuántos han compartido su fe

durante ese año. Ni una sola vez halló una iglesia donde más del diez por ciento levantara las manos. En diciembre de 1999, en una iglesia al sur de California, pudo comprobar que solamente 12 personas de una iglesia de casi 4.000 miembros habían compartido su fe durante el año anterior. A principios del año 2000, *The Gatekeeper*, una revista de una de las denominaciones más mayoritarias reveló que el noventa y siete por ciento de sus miembros van a su tumba sin haber compartido su fe ni una sola vez. El evangelismo debería ser el aliento de vida del Cuerpo de Cristo. Si el aliento no está en el cuerpo, entonces no hay vida.

Esta preocupación por los perdidos puede haberse perdido porque a los cristianos no se les ha enseñado la prioridad bíblica del evangelismo, aunque sea tan evidente en las Escrituras. Pero si somos conscientes de nuestro deber hacia judíos y gentiles, y nos negamos a ofrecer el pan de la vida, nos asemejamos al hombre rico de quien hablaba Jesús.

Siempre he insistido en que la razón por la que existe la Iglesia es evangelizar a este mundo, “ser una luz en las tinieblas, predicar el Evangelio a toda criatura”. Si adoramos a Dios pero ignoramos su mandamiento de llevar el Evangelio a toda criatura, entonces nuestra adoración es vana. Es como acercarnos a Él con nuestros labios mientras que nuestros corazones están lejos de Él. A veces me refiero al hecho de que para poder encontrar el apartado de evangelismo en las librerías de las iglesias, uno tiene que ir con una lupa. No es culpa de la librería, es solamente una indicación de las prioridades que tiene la Iglesia actual.

Con esta preocupación en mente, escribí un libro llamando a los cristianos al evangelismo. Mandé el manuscrito a una organización para que lo revisaran. Si ellos pensaban que el libro tenía potencial, lo mandarían a una casa de publicaciones. Esto es lo que me respondió el crítico:

Me gusta mucho el contenido de este manuscrito. Contiene un mensaje muy necesario para los cristianos acerca de la Gran Comisión. Pero veo un problema muy serio para poder lanzar este material al mercado. Para que se pueda poner

efectivamente un libro en el mercado su identidad tiene que ser clara. ¿En qué clasificación entra este libro? ¿Es un libro devocional o es un libro de inspiración para la vida cristiana?

Lo rechazaron en base a esto. A pesar de que era un mensaje muy necesitado, pensaron que el verdadero problema no está en la misma Iglesia, sino en el mercado del libro.

LA EMPRESA EVANGELÍSTICA

Uno de los predicadores norteamericanos más conocidos realizó una vez una declaración bien clara que puso de manifiesto sus prioridades. Dijo: “No creo que jamás se haya hecho algo en el nombre de Cristo y bajo la bandera del cristianismo, que sea tan destructivo para el ser humano y al mismo tiempo tan contraproducente para la empresa evangelística, que la estrategia ruda, tosca y no-cristiana de intentar hacer que las personas sean concientes de su condición perdida y pecaminosa”.

Lo que él considera la “empresa evangelística” es advertir a los pecadores que huyan de la ira venidera. Está muy claro cual es el problema. El cristianismo moderno se ha convertido en un mero medio de superación personal, autoestima y desenfreno. Se centra en sí mismo, en vez de centrarse en la voluntad de Dios. El mismo predicador revela la causa de su error al decir: “Los Diez Mandamientos fueron diseñados para dar autoestima y dignidad a su vida”. Esto no es lo que enseña la Biblia. Los Diez Mandamientos fueron diseñados para hacer exactamente lo contrario: humillarnos. Nos muestran que el pecado es “sumamente pecaminoso”, y que estamos en necesidad de la misericordia de Dios. La Biblia nos dice que la ley produce ira (Romanos 4:15). Nos muestra la realidad de la ira de Dios sobre nosotros. Es el plan de Dios que nosotros usemos la ley legítimamente para hacer que la gente reconozca su estado perdido y pecaminoso, aunque a algunos les parezca “rudo y tosco”.

El problema del hombre rico en Lucas 16:19 consiste en que era un idólatra. Su entendimiento de Dios era erróneo. Le faltaba el conocimiento de Dios y por eso no temió a Dios, y porque no temió a Dios, no le obedeció. No amaba a su prójimo como a sí mismo. Lázaro

se moría a su puerta, y no le importaba. Lo más triste de la historia del rico es que éste esperó hasta estar en los tormentos del infierno para preocuparse por otros.

20 - ¿De Quién Son las Galletas?

Si testifica regularmente, se dará cuenta de que actualmente muchos individuos en Estados Unidos piensan que son buenas personas. Éste es el fruto de una nación que ha desechado la ley de Dios. La ley es “buena”, pero cuando no hay conocimiento de la ley, lo “bueno” llega a ser subjetivo. Éste era el caso con la pregunta del joven rico: “Maestro bueno, ¿qué bien haré para tener vida eterna?” (Mateo 19:16). Jesús corrigió su mal uso de la palabra “bueno”. El hombre joven usaba la palabra sin saber su verdadero significado.

Muchas veces los pecadores dicen cosas similares. Quizá el atleta diga: “El de arriba me ayudó a ganar la carrera”. Otros tratan de justificar su pecado, diciendo: “Usted que es una buena persona; dígame lo que la Biblia dice acerca de...” Por eso es tan frustrante para mí cuando hago algo bueno por alguien que no sabe que soy cristiano. Si les ayudo a empujar un coche, por ejemplo, no quiero que piensen: “Yo sabía que todavía hay buenas personas. Esto me hace creer otra vez en la naturaleza humana”. Muchas veces, cuantas más personas “buenas” se encuentran en el mundo, más justifican sus buenas acciones, y más rechazan la misericordia de Dios. Al igual que el joven rico, necesitan ser alumbrados para saber lo que es bueno. La manera de hacer esto es seguir el ejemplo de Jesús y exponer el error de justificarse a uno mismo por medio de los Diez Mandamientos de la Ley de Dios.

Una famosa canción de Rogers y Hammerstein contiene estas palabras: “En algún momento de mi pasado debo de haber hecho algo bueno”. La dama joven que estaba cantando esta canción se había

enamorado y estaba rebosando de felicidad. Era su manera de decir que Dios la estaba premiando con la bendición del amor verdadero porque se lo merecía. Aunque es cierto que Dios recompensa con el bien y el mal, sus palabras ejemplifican la filosofía errónea del mundo. Cualquier cosa buena que nos llega no nos viene simplemente porque seamos buenos, sino porque Dios es bueno. Hasta que no entendamos que no hay nadie que sea bueno, ni siquiera uno, seguiremos esperando las bendiciones porque pensamos que somos buenos y que por eso las merecemos. Cuando la vida nos trae sufrimientos, nos enojamos con Dios porque pensamos que Dios nos debe la felicidad.

La ley no solamente nos abre los ojos a la gracia de la cruz, sino también a la gracia de la vida misma, al hecho de que Él no nos ha tratado según nuestras iniquidades. La única cosa que Dios nos “debe” es ira.

En una ocasión, en un aeropuerto de Londres, que un hombre decidió comprar un paquete de galletas típicas inglesas. Abrió el paquete, sacó una galleta, y puso la cajita a sus pies. Después de estar ahí un rato esperando, vino una mujer de edad media que le sonrió cortésmente y se sentó a su lado. Para su sorpresa e indignación, la mujer se inclinó, tomó una galleta del paquetito y se la comió, y eso sin pedir permiso. No podía creer lo que esta mujer totalmente desconocida había hecho. Sospechando que tenía que ser una costumbre local, sonrió y tomó una galleta él mismo. Pero después de algunos minutos, ella tomó otra. Con una sonrisa algo forzada él tomó la segunda galleta también. Entonces ella tomó la tercera galleta. *¡Pero bueno!, ¿quién se cree que es?*, pensaba él. Ella entonces cogió la última galleta, lo miró y la partió en dos ofreciéndole una mitad. *¡Qué audacia la de esta mujer!* Palabras como “descarada”, “descortés”, “caradura” y “atrevida”, le vinieron a la mente.

Justo cuando estaba a punto de expresar sus pensamientos, se inclinó y vio que un paquete idéntico de galletas inglesas todavía estaba a sus pies. En un instante se dio cuenta de que él mismo había sido la persona descarada, descortés, caradura y atrevida. Se había comido las galletas de una persona totalmente desconocida. También se dio cuenta de que la reacción de la mujer había sido muy graciosa.

Un mundo no regenerado juzga a Dios de ser el culpable de los sufrimientos de la humanidad. Para ellos, Él es injusto. Pero la Ley de Dios alumbra nuestros falsos conceptos y nos muestra quién se está comiendo las galletas de quién. Nosotros somos los que estamos transgrediendo la ley. Se nos aclara que nosotros somos más que descarados e imprudentes en nuestras acusaciones. Somos delincuentes culpables que estamos frente a un Juez muy Santo y lleno de gracia a quien además nos atrevemos a acusar de transgresión. A la luz de la santidad de Dios, es difícil entender cómo es que a esta humanidad pecadora que somos nosotros, Él le concede un respiro más.

DAÑOS FACIALES

En marzo de 1993, Sue y yo nos vimos involucrados en un choque frontal. Afortunadamente, sólo tuvimos algunas heridas de poca importancia en la cabeza.

Yo salía del baño una mañana temprano justo cuando Sue salía de mi lado de la cama. Por alguna razón, miró hacia abajo en ese momento y chocamos de frente lo que resultó en un golpe y labios hinchados para los dos. Ella asumió que yo debería haberla visto en la oscuridad, pero yo venía de la luz a un cuarto oscuro. No podía ver nada.

Asumir que un hombre no regenerado ya tiene la luz necesaria para salvarse es igual que chocar con las muchas Escrituras que aclaran que “no hay quien entienda” (Salmos 53:2-3; Romanos 3:11-12 y 8:7). Si *adulteramos* la Palabra haciendo inválida la Ley en su uso legítimo de llevar a la luz a los pecadores, tendremos convertidos *adúlteros*. Sus corazones amarán al mundo y las cosas del mundo. Pero si “enseñamos a todas las naciones”, como lo hicieron los discípulos; si no dejamos de predicar y enseñar que Jesús es el Cristo, llegaremos a ver que los pecadores encuentran la verdad y que, instruidos por la ley, aprueban lo mejor (Romanos 2:18). El ser instruidos por la ley es más que una referencia casual a los Diez Mandamientos. Quiere decir usar bien la palabra de verdad, como el padre de familia reparte el pan a sus hijos. Charles Spurgeon, cuando enseñaba evangelismo a sus estudiantes, dijo: “Expliquen los Diez Mandamientos y obedezcan la orden divina:

‘Anuncia a mi pueblo su rebelión, y a la casa de Jacob su pecado’
Abran la espiritualidad de la Ley como lo hizo nuestro Señor”.

El pastor Jack Hayford escribió un artículo en el que relataba como muchas personas habían venido al Señor después de haber impartido una serie de enseñanzas acerca de Los Diez Mandamientos. Dijo:

Como pastor, he tenido que enfrentar un hecho devastador: Mientras enseñaba sobre la gracia de Dios, sucedió que un alarmante número de mi rebaño empezó a creer que ya no hay nada que aprender de los Mandamientos, ya que la ley, como ayo, los ha llevado a Cristo. Demasiadas personas ven su conversión como una simplificación de la responsabilidad hacia la ley, lo que va en contra de los objetivos propios de Jesús.

Este hermano pudo ver las consecuencias de no equilibrar bien la ley y la gracia como un “hecho devastador”. Yo lo ampliaría diciendo que lo que resultó es algo “totalmente desastroso”. Este alarmante número de personas no se limita a su iglesia solamente. Piensan que su responsabilidad hacia la Ley ha quedado simplificada y en consecuencia viven en iniquidad. Por eso, solamente “tienen forma de piedad”. Son oidores, pero no hacedores. Escuchan lo que Jesús dice, pero no lo hacen.

CONVERTIDOS QUE PECAN

El resultado directo de que la Iglesia sea confrontada con la enseñanza bíblica de la Ley inmutable de Dios será que el convertido que peca ya no seguirá sintiéndose a gusto con sus pecados. En vez de tratar con los síntomas del estilo de vida irresponsable que lleva el pecador: fornicación, pornografía, falta de disciplina, falta de santidad, adulterio, borracheras, mentira, odio, rebeliones, avaricia y demás, el pastor tratará la causa. Dirá: “Un árbol bueno *no puede* llevar fruto malo”, y “ninguna fuente puede dar agua salada y dulce”. Con mansedumbre tendrá que informar a su oyente: “Usted ha tenido una conversión rápida, y necesita arrepentirse de sus malos hechos y hacer que Jesucristo sea su Señor”. Entonces, usando la ley de Dios, deberá mostrarle su profundo pecado y el regalo inexplicable de la cruz. Esto

despertará a un falso convertido. Esto haría que la mayoría de los psicólogos cristianos perdieran su empleo, y el trabajo de consejería se vería claramente reducido. Un entendimiento claro de la realidad de las conversiones falsas y genuinas daría luz a los dirigentes de las iglesias que se encuentran horrorizados ante la situación de lo que ellos ven como “la Iglesia”. Un líder bien conocido dijo:

Encuesta tras encuesta revelau que el estilo de vida de los cristianos renacidos casi no se distingue del estilo de vida de los no creyentes. El porcentaje de divorcios entre los cristianos es similar al porcentaje entre los incrédulos. Los jóvenes cristianos son casi tan sexualmente activos como los jóvenes no cristianos. La pornografía, el materialismo, la glotonería, la codicia sexual, la avaricia e incluso la incredulidad es normal en muchas de nuestras iglesias.

El discernimiento del cual hemos hablado también detendrá el falso celo evangelístico carente de conocimiento, y mostrará que la categoría de convertidos tibios simplemente no existe. No hay ninguna sección en el reino de Dios para los que son tibios. Podemos ser calientes y vivificantes, o fríos y refrigerantes. Los convertidos tibios no son parte del cuerpo de Cristo, sino que solamente caen pesadamente en el estómago de Su Cuerpo, hasta que Él los vomite de Su boca en el día del juicio (Apocalipsis 3:16). Nunca pasaron por los engranajes demoledores de la Ley de Dios. Siguen duros e impenitentes. Nunca fueron quebrantados por la Ley para poder ser absorbidos al flujo de la sangre del cuerpo de Cristo, para llegar a ser sus manos, sus pies y su boca. Nunca sintieron el latido del corazón de Dios, así que sus manos no se extendieron con compasión a los perdidos, ni se prepararon sus pies con el Evangelio de la paz, ni predicaron sus bocas el Evangelio a toda criatura. Esta masa de “convertidos” parece tener su corazón lleno de sus propios caminos, y no de los caminos de Dios. Decir: “Heme aquí Señor, mándale a él”, no viene de un temor racional de hombre, sino de una rebelión contra la voluntad revelada del Dios que ellos llaman Señor y Maestro.

Eliseo dijo a sus sirvientes que prepararan un potaje. Sin embargo, “salió uno al campo a recoger hierbas, y halló una como parra montés y llenó de ella su regazo de calabazas silvestres; y volvió, y las cortó en la

olla del potaje, pues no sabía lo que era”. Cuando se disponían a comer el potaje, exclamaron: “¡Varón de Dios, hay muerte en esa olla!” Entonces Eliseo puso harina en la olla, y “no hubo más mal en la olla” (2 Reyes 4:38-41).

Los siervos del Señor han salido al campo de este mundo y han traído la vid silvestre del Evangelio moderno, y la han añadido a la Iglesia. Ahora hay muerte en la olla. Lo que debería dar nutrición y vida, ahora lleva a la muerte. A los pecadores se les da el Evangelio envenenado por el evangelismo moderno, y éstos consumen una mezcla fatal y se vuelven falsos convertidos.

La solución es añadir la harina. La harina se fabrica pasando el cereal por un proceso de quebrantamiento. Se muele hasta hacerla polvo. La ley es la piedra trituradora que hace este trabajo tan necesario.

LA PUERTA ANCHA

En Mateo 7:13-14 Jesús dijo: “Entrad por la puerta estrecha; porque ancha es la puerta y espacioso el camino, que lleva a la perdición, y muchos son los que entran por ella; porque estrecha es la puerta, y angosto el camino que lleva a la vida, y pocos son los que la hallan”.

Jesús nos advirtió que el camino que lleva a la destrucción es ancho. Pero además de esto, dijo que tenía una “puerta”, y que muchos entrarían por ella. Si el camino de la destrucción es el camino del mundo, ¿cómo se explica que Jesús hablara de una “puerta” por la que muchos “entrarían”? Si ése fuera el caso, habría dicho que los impíos ya han nacido en ese camino de destrucción. Pero hay otra idea, que se apoya en la conjunción que Jesús usa para unir los versículos 13 y 14. Dice que el camino a la destrucción es ancho, y que muchos entrarán en él, *porque* el camino que lleva a la vida es angosto. Solamente hay dos puertas. Si no entran por la puerta angosta, terminarán entrando por la puerta ancha. Dijo que entran por la puerta ancha *porque* la otra puerta es angosta.

Parece que Jesús habla aquí de conversiones falsas y verdaderas, al igual que en las parábolas del Sembrador, de las Diez Vírgenes, del Trigo y la Cizaña, de los Peces Buenos y los Peces Malos, de los Cabritos y los Corderos y del Hombre Sabio y el Necio que construyeron casas sobre distintos fundamentos. Otra vez usa la palabra “muchos” para describirlos, al igual que cuando habló de los obreros de maldad que nunca conoció (Mateo 7:22-23).

¿Recuerda con qué comparó Jesús el reino de Dios? “Es como un hombre que yéndose lejos, dejó su casa, y dio autoridad a sus siervos, y a cada uno su obra, y al portero mandó que velase” (Marcos 13:34). El portero debía aguardar a la puerta. Debía “velar” para permitir la entrada solamente a los que correspondía. En lugar de ello, hemos dejado de velar.

FORRAJE ACEPTABLE

El falso convertido es como el Hijo Pródigo *antes* de que entendiera que había pecado contra el cielo y contra su padre. Esto es así porque el evangelismo moderno ha fallado en mostrarle el estándar santo del cielo; por eso el pecador no ve que su pecado es contra Dios, y por ello piensa que es aceptable desear el alimento de los cerdos. Regresa a su padre, pero su corazón todavía está con las prostitutas. Escoge estar con el pueblo de Dios y al mismo tiempo disfrutar los placeres del pecado a escondidas. También le es más fácil mentir (aunque sean mentiras piadosas) que hablar la verdad, más fácil robar que pagar algo, más fácil codiciar que ser santo, más fácil vivir para sí que para otros, más fácil alimentar su mente con las cosas del mundo que con las del cielo.

La mente del que profesa ser convertido sin serlo, está en las cosas de la carne porque todavía está atado a la iniquidad, como lo estaba Simón el mago (Hechos 8:23). Al igual que Simón, puede creer, asociarse con los apóstoles y ver los milagros de Dios. Puede pasar por las aguas del bautismo e impresionar a muchos con su engaño sutil, pero los que entienden la parábola del sembrador y sus implicaciones no se dejan llevar por el viento. Ven más allá de su engaño, ven la realidad. Pueden ver horrorizados como la Iglesia, gracias a su predicación de un Evangelio sin ley, está invitando a multitudes a entrar

por la puerta ancha, una puerta ensanchada por el evangelismo moderno.

21 - Invasores del Contenido del Arca Perdida

Estaba sentado en mi coche y esperaba que alguien se acercara para darme un golpe en la cara, ya que había proyectado una serie de anuncios de televisión advirtiendo que la música rock era una causa de la mucha violencia y asesinatos. Uno de los grupos que me movió a hacer esto se llamaba: *The Dead Kennedys*. Sus canciones incluyen letras como ésta:

Yo mato niños. Me gusta verlos morir. Yo mato niños, hago que sus madres lloren. Aplastándolos bajo mi coche, me gusta oírles gritar, darles dulces venenosos, destruir su Halloween.

Estos anuncios me hicieron pensar que alguien podría romperme la cara por el disgusto que le había causado. Un hombre de unos cuarenta años, se me acercaba al coche con el puño cerrado y una mirada de determinación.

Al acercarse a la ventana abierta de mi vehículo, me miró a los ojos y me dijo: “¿Es usted Ray Comfort?” Con mansedumbre le dije que sí, que era yo. Entonces, sin mediar palabra, levantó su puño cerrado, lo metió por la ventana... y dejó caer un billete de veinte dólares. Entonces se fue, sin decir ni una palabra.

Parece que a Dios le place sacar victorias de lo que parecen ser situaciones desastrosas. Israel se encontraba junto al Mar Rojo, atrapado y sin ninguna posibilidad de escaparse. Entonces Dios hizo lo imposible. Sacó la victoria de lo que en principio parecía un puño cerrado. Daniel se encontraba en el foso de los leones feroces. Otra vez,

Dios obtuvo una victoria a pesar de lo que parecía ser una situación desastrosa. Jesús de Nazaret había sido crucificado. Los discípulos habían sido esparcidos. ¡La situación no podía ser peor! Fue entonces cuando Dios reveló la luz brillante de la resurrección. Sacó la victoria más grande de lo que parecía haber sido el desastre más grande.

EL CÓDIGO MORAL DE LOS CRIMINALES

Se cuenta la historia de una madre que llevó con celeridad a su bebé de diez meses, que padecía de diarrea, desde su aldea a un hospital de Bogotá, Colombia. Al día siguiente, cuando volvió para ver a su bebé, lo encontró con los ojos vendados y con manchas de sangre en la cara. Horrorizada, preguntó qué había pasado con su hijo, y un doctor la despidió fríamente diciendo que su hijo se estaba muriendo.

Asustada, lo llevó a otro doctor, que, tras examinarlo, le dijo: “¡Le han robado los ojos!”

Su bebé había sido víctima de un robo de órganos. En este caso, habían robado los ojos para vender las córneas en el mercado negro. En cierto modo, el bebé había tenido suerte, ya que la mayoría de las víctimas son asesinadas.

En 1980, cuando se suprimieron los Diez Mandamientos de las escuelas de los Estados Unidos, los ojos de toda una nación fueron quitados. “El mandamiento es lámpara” (Proverbios 6:23), y al quitar los mandamientos toda una nación fue dejada en oscuridad en cuanto a los principios morales absolutos. Ahora vivimos en un tiempo en el que la raza humana puede matar, robar, odiar, deshonrar a sus padres y blasfemar a Dios, sin que les moleste su conciencia.

En junio de 1993, seis miembros de una pandilla en del noroeste de Houston abusaron y mataron a dos jovencitas de edades comprendidas entre los 14 y los 16 años. El jefe de la pandilla, llamado Peter Cantu (de 19 años de edad), se jactaba de cómo él y los demás miembros de la pandilla habían secuestrado a las dos jovencitas y las habían violado antes de estrangularlas. De acuerdo a su testimonio, “tardaron un buen rato en morir”. A una de las jóvenes le pegaron en la boca con una bota

de acero, sacándole tres dientes, y entonces la estrangularon con un cinturón hasta que éste se rompió. A la otra la estrangularon con un cordón de zapato. Entonces se turnaron para pisarles el cuello y asegurarse de que morirían. Estos crímenes atroces son demasiado comunes en nuestra sociedad impía.

A la generación de hoy no le faltan simplemente los valores morales de sus abuelos, sino que no tiene *ningún valor moral*. En años anteriores existía al menos un código moral entre los criminales, un código de honor entre ladrones. Si robaban, al menos no mataban a balazos a la víctima. Hoy no es así. A diario se nos recuerda que lo que una generación permite, la siguiente lo acepta como algo normal. Hace algunos años, una mujer temía caminar frente de un grupo de hombres por si le silbaran un poco y la desnudaban con sus ojos. Hoy en día, su temor es que la violen y la asesinen sin más.

A la luz de las estadísticas que vimos al inicio de este libro, parece que el enemigo ha quitado al cuerpo de Cristo su habilidad para ser luz y sal en un mundo oscuro y putrefacto. Jesús advirtió que si la sal pierde su sabor, ya no sirve para nada, sino para ser pisada por los hombres. Por eso, tantas personas creen que la Iglesia es absolutamente irrelevante. El mundo nos ha pisado bajo sus pies y está segando consecuencias terribles.

Vivimos en tiempos de gran oscuridad, pero recuerde que éste no es un mundo olvidado por Dios, sino un mundo que ha olvidado a Dios. En su gran soberanía Él puede abrir el puño cerrado de Satanás y dar las riquezas del avivamiento a la Iglesia. Eric W. Hayden escribió en su libro *Spurgeon on Revival* (Spurgeon: el Avivamiento): “Casi cada libro que trata de un despertar espiritual o de un avivamiento en la historia, empieza con una descripción de la situación previa al avivamiento con palabras similares. Por ejemplo: ‘la oscuridad antes del amanecer’; ‘el sueño de medianoche y profunda oscuridad’; o ‘disolución y pudrición’”. W. T. Stead, hijo del avivamiento del País Gales de 1859, escribió acerca de este avivamiento más tarde, en el siglo veinte: “Fíjese como el avivamiento siempre es precedido por un período de corrupción”.

Hay una gran esperanza para las masas de falsos convertidos que están sentados en la iglesia. Ellos son un gran campo evangelístico. El hecho de que todavía están ahí es un testimonio a la verdad de que todavía están abiertos a las cosas de Dios. La historia nos dice que casi todos los avivamientos del pasado han nacido de un gran despertar entre los que pensaban ser salvos y no lo eran. He visto que esta enseñanza ha despertado a muchos falsos convertidos a su verdadera condición. Ahora, Dios los ha salvado y han empezado a ser testigos como se les ha mandado.

ATAQUE DEL ENEMIGO

Permítame compartirle unas palabras muy reveladoras de Martín Lutero. Al hablar del uso de la Ley como ayo para llevar a los pecadores a Cristo, él decía: “Ésta es la enseñanza y la predicación cristiana, la que, gracias a Dios, nosotros conocemos y poseemos, y no es necesario que ahora la desarrollemos más, sino que tan sólo deberemos lanzar la advertencia y mantenerla en el cristianismo con toda diligencia. *Porque Satanás la ha atacado fuertemente desde el principio hasta el presente, y con gusto la extinguiría y la pisaría bajo sus pies*” (énfasis añadido).

El enemigo ha engañado a la Iglesia para hacerla creer que está avanzando al lograr “decisiones para Cristo”. Lo que ha pasado en verdad es que nos ha invadido y le ha quitado el poder al Evangelio. El arca del pacto ha sido invadida.

John Wesley dijo a los que menospreciaban la ley y su capacidad de preparar el corazón para la gracia:

“¡Oh, date cuenta de lo que Satanás ha logrado robarte y, de ahora en adelante, nunca pienses o hables de manera liviana ni vistas de lujo como a un espantapájaros al instrumento bendito de la gracia de Dios! Sí, ámala y apréciela por causa del que la envió y hacia quien nos dirige. Que esto sea tu gloria y tu gozo, después de la cruz de Cristo. Declara su alabanza, y hazla honorable ante todos los hombres”.

Sé que estas palabras son veraces. El enemigo odia estas enseñanzas. Tengo muchos ejemplos de la resistencia del enemigo, pero

uno sobresale en mi mente. Durante los años que he enseñado esto, he intentado hacer una grabación de esta enseñanza para poder compartirla con otros. Pero cada vez que escuchamos ese casete, hallamos un sonido misterioso en toda la cinta, o un silencio de quince minutos en medio de una ilustración importante. Sin embargo, a finales de los años noventa prediqué en una gran iglesia de la ciudad de Chicago que tenía un sistema de sonido muy sofisticado. Me dieron una grabación de una hora sin ningún error en todo el cassette. Pero se tuvo que quitar una oración de siete palabras porque fue cortada por la mitad cuando se dio la vuelta al casete. Esta oración de siete palabras que se tuvo que quitar de una enseñanza de una hora de duración, era “Satanás no quiere que oigas esta enseñanza”.

El diablo está bastante contento si la Iglesia canta del poder de la presencia de Dios. Pero recuerde que en el Antiguo Testamento el arca del pacto significaba su presencia. No era el arca misma lo que Dios apreciaba, sino el contenido. ¿Alguna vez se ha preguntado por qué Dios se manifestaba de una manera tan gloriosa que los sacerdotes de la casa del Señor no podían ministrar? (1 Reyes 8:10-11). Esto sucedió cuando los sacerdotes trajeron el arca del pacto. Las Escrituras nos dicen lo que había en el arca:

En el arca ninguna cosa había sino las dos tablas de la Ley que había puesto Moisés en Horeb (v. 9).

Parece que Dios estimaba tanto su Ley que no podía apartar su gloriosa presencia del templo. El salmista no dijo: “¡Oh, cuánto amo tu arca!” Pablo no dijo: “Me deleito en el arca de Dios”. Era la santa Ley de Dios lo que ellos amaban y reverenciaban. Esta ley fue escrita por los dedos de Dios. Era una expresión de su carácter. Nosotros (como individuos y como Iglesia) somos “el templo del Señor”, y cuando le demos el lugar correspondiente a la ley moral, probablemente veremos de manera verdadera el poder de su presencia, algo que hace que los demonios tiemblen.

Satanás odia esta enseñanza por varias razones. Despierta al convertido falso de su estado verdadero. Pone el terror de Dios en el corazón del cristiano y le ayuda a caminar en santidad. Le da una razón

para alcanzar a los perdidos. No se trata de felicidad en esta vida, sino de su eterno bienestar a la luz de un Creador lleno de ira.

La siguiente carta es típica de cómo la Ley hace su obra maravillosa:

“Tengo 53 años. He cometido todo tipo de pecados. Fui bautizado y salvado por la gracia de Dios, o, al menos, eso pensaba. Durante mucho tiempo sentí que algo andaba mal. La semana pasada mi esposa trajo a casa un casete gratuito (“Lo que el Diablo no quiere que sepas”) que encontré sobre el mostrador de una tienda de bocadillos. Escuché el casete después de que mi esposa me lo diera y... ¡Bingo! Desde luego que entendí lo que me faltaba. No había sido llevado a la salvación a través de la Ley. Al mismo tiempo, me di cuenta de que el evangelismo era algo que yo debía hacer. Oigo el casete mencionado cada día y he perdido la cuenta de cuántas veces lo he escuchado. Dios ha capturado mi corazón. Tengo una fe fuerte, una Biblia, mucha alegría y una gran libertad. Ansioso por su respuesta”.

El enemigo ha atacado al uso de la Ley de manera fuerte y dura desde el principio. Pero nuestro gran consuelo está en la verdad de que se trata de la enseñanza de *Dios*, y creo que es el tiempo de Dios para traer esto a la luz.

Me arriesgo (aunque suene melodramático) a pedirle que lea este libro otra vez, simplemente porque la experiencia me ha enseñado que las verdades que ha leído una persona pronto se borrarán de su mente, si no hace un esfuerzo consciente para que penetren profundamente en la tierra de su corazón.

Fue A. W. Pink quien dijo: “Es cierto que muchos están orando por un avivamiento mundial. Pero en estos tiempos sería más apropiado y más bíblico, pedir al Señor de la cosecha que levante y envíe obreros que fielmente y sin temor prediquen estas verdades que de seguro pueden traer un avivamiento”. El uso de la ley en el evangelismo es la llave de oro para el avivamiento. Es la respuesta del cielo a las oraciones de los que anhelan la salvación de un mundo destinado al

infierno. Si queremos ver un avivamiento en estos últimos tiempos, tenemos que tomar esta llave firmemente, con convicción y sin vacilar.

¿Recuerda la experiencia del rey David con el arca? (2Samuel 6:3-8). En lugar de que los hijos de Coat la llevaran como ordenaban las Escrituras, la puso sobre un carro de bueyes. Al entrar en Jerusalén, el buey tropezó y el arca empezó a moverse. Cuando Uza extendió su mano para sostenerla, Dios lo mató. R. C. Sproul dijo acertadamente que Uza asumió que su mano era más limpia que la tierra.

Nosotros hemos puesto el arca del Evangelio sobre el carro de bueyes del evangelismo moderno. Aunque hayamos sido sinceros, no debemos atrevernos a asumir que podemos extender nuestra mano pecaminosa para sostener las cosas de Dios y seguir como lo hemos hecho.

Si tememos a nuestro Creador, tendremos que desechar nuestros propios métodos y hacer todas las cosas de acuerdo a lo que nos muestra la Santa Escritura.

22 - ¿Y Qué Hay de mi Abuelita?

Una persona que acababa de escuchar las enseñanzas presentadas en este libro, dijo: “Veo lo que quiere decir. Estoy de acuerdo. Pero pongamos por caso que estoy intentando testificarle a mi abuelita anciana, que no es cristiana, pero cree que lo es. ¿Quiere decir que tengo que preguntarle: ‘¿Alguna vez ha tenido pensamientos impuros?’”

Buena pregunta. La respuesta es sí y no. A continuación le muestro cómo lo puede decir sin resultar descortés. En primer lugar, de una manera suave aborde este tema preguntándole acerca de su pasado cristiano (cuándo empezó a ir a la iglesia, por ejemplo). Entonces, dígame: “¿Sabe, lo que me convenció de que yo era pecador? Los Diez Mandamientos. No reconocía lo que Jesús dice: ‘El que ve a una mujer

para codiciarla, ya cometió adulterio con ella en su corazón'. No reconocía que Dios ve todo lo que pensamos. ¿Cree usted, abuelita, que ha guardado los Diez Mandamientos? ¿Se considera una buena persona?"

Cuando ella le diga que sí cree ser una buena persona, dígame: "Bueno, veamos algunos de los Diez Mandamientos para ver si los hemos guardado". Recuerde siempre que no está solo como testigo. No solamente tiene al Espíritu Santo para ayudarlo, sino también la conciencia de su abuela, que colabora con usted.

Vimos ya la historia de la mujer que fue sorprendida en el acto de adulterio. Había violado el séptimo mandamiento, y la ley de Dios (junto con los que profesaban ser sus representantes) exigía su muerte (Juan 8:1-11). Ignorando sus acusaciones, Jesús se inclinó y se puso a escribir en la tierra algo que causó en los oyentes convicción tan fuerte que y se fueron. ¿Alguna vez se ha preguntado qué fue lo que escribió? Algunos piensan que escribió los pecados de los que estaban alrededor. Si éste fuera el caso, sin duda necesitó una gran superficie de tierra para hacerlo.

Hay otra manera de convencer a la gente de que han pecado contra Dios, y ésta no requiere que se escriba mucho. Yo supongo que cuando Jesús se inclinó, escribió los Diez Mandamientos. Porque, ¿qué otra cosa escribe Él con su dedo? (vea Éxodo 31:18). La obra de la Ley se escribió sobre los corazones de cada uno de sus oyentes, y ellos se fueron uno por uno, mientras su conciencia hacía su obra acusadora, verificando con franqueza la verdad de cada mandamiento. La ley nos quita nuestra justicia propia y nuestra creencia de que somos más santos que otros. No nos debemos atrever a señalar con un solo dedo a otros, mientras que los diez dedos condenadores de un Creador Santo nos señalan a nosotros.

Fue la ley lo que trajo a la mujer pecadora a los pies de Cristo. Ya no tenía ninguna otra opción aparte de la de huir de la ira venidera y correr al Salvador. Ésta es su función. La ley nos lleva a Jesús para alcanzar misericordia. Pero además de esto, la ira de la Ley hace que *apreciemos* la misericordia.

También se nos dice que Jesús empezó a escribir como si no los escuchara. No se puede razonar con la ley. No hay excusa de demencia. Está escrita sobre piedra. Claramente dice: “El alma que pecare, esta morirá”. La Ley demanda nada menos que la muerte. No oye el clamor por misericordia. Es fría y sin misericordia. Las Diez Grandes Piedras de la ira solamente claman por justicia.

La primera vez que Dios escribió su Ley, ésta fue grabada sobre una dura piedra. Si fue la Ley lo que Jesús escribió en la arena, fue como señal de que solamente puede ser borrada con un movimiento de la poderosa mano de Dios. Y esto fue precisamente lo que Él hizo en la cruz.

La Biblia también nos dice que los acusadores vinieron a prenderle. El hombre arrogante y pecador se pone a acusar a un Dios sin pecado. ¿Puede recordar a algún escéptico que se burla de Dios y de su Palabra? ¿Acusa él a Dios de cometer crímenes contra la humanidad? Entonces, no tema callar al acusador con la Ley; tápele la boca (Romanos 3:19). Regrese la ira de Dios sobre él. Muéstrele que él mismo, no Dios, es culpable de crímenes terribles.

He estado repitiendo muchas cosas en este libro. Lo he hecho porque quiero que estos principios lleguen a gravarse bien en usted. Pero permítame compartirte algo muy personal. Hoy por hoy, ni mis padres, ni ninguno de mis hermanos son cristianos. Ya han pasado treinta años desde que me convertí, y con diligencia he estado orando por su salvación todos los días. Me oyen predicar. Con gusto toman mis libros y casetes. No están en contra del cristianismo; sencillamente están apáticos en cuanto a su salvación eterna. Aún así, *sigo enseñando a los cristianos a compartir su fe de manera efectiva*. Casi diariamente, la gente se alimenta de mis enseñanzas, pero para mi propia tristeza, *mi propia familia amada no es salva*. Esto hace que sea genuinamente humilde y me muestra que lo que comparto no es un método seguro para atraer a la gente al Reino de Dios. Si lo fuera, toda mi familia sería salva. En lugar de ello, es *evangelismo bíblico*, y esto quiere decir que nadie puede venir al Hijo si el Padre no le trae. Me muestra que fielmente podemos predicar la Ley, pero que ésta es una letra muerta, seca y polvorienta si no se acompaña con la vida del Espíritu.

LA VARA DE MEDIR

Estoy seguro de que usted está igualmente preocupado por la salvación de sus seres queridos. A la luz de esto, le hago ahora una pregunta que le hará pensar: ¿Cuál es la profundidad de su amor? Le diré como se puede medir. Usted se preocupa por la salvación de su propia familia inmediata, pero, ¿qué hay de la salvación de sus demás familiares? ¿Qué de sus vecinos? ¿Qué hay de los desconocidos? ¿Se preocupa por la salvación de la gente que no conoce? ¿Y sus enemigos? ¿Se preocupa profundamente por la salvación de la gente que le ha hecho daño? ¿Ama tanto a sus enemigos que le duele profundamente la verdad de que no irán al cielo si se mueren en su pecado? Si cumple con todo lo anterior, le felicito. Usted es un cristiano normal y bíblico, que tiene el mandamiento de amar a sus enemigos y amar a su prójimo como a sí mismo.

Hay una manera de demostrar la profundidad de su amor: ¿saluda a los desconocidos? Quizá esto le cueste algo, pero por causa del Evangelio quisiera que probara este experimento. La próxima vez que salga de un restaurante, o pase por dondequiera que alguien esté parado, quizá junto a la salida de un supermercado, esperando a pagar algo, estudie por un momento la expresión en el rostro de la persona. Probablemente se vea un poco triste. No nos gusta admitirlo, pero todos parecemos un poco tristes cuando estamos esperando algo. Las cargas del día tienden a encontrar una expresión en nuestra cara. De esto se trata el experimento. Olvídense de sus temores y con un tono caluroso y animado dígame: “¡Hola!” Entonces observe como la cara de la persona cambia de tristeza a alegría. Casi seguro que va a sonreír.

Si sucede que la persona no responde, no habrá perdido nada (solamente se sentirá un poco tonto). Pero si hay una sonrisa, entonces ahí está su oportunidad para compartir el Evangelio. Tome un folleto de su bolsa o bolsillo y dígame como si se le estuviera ocurriendo en ese momento: “¿Ya ha recibido uno de éstos?” Suelo hacer esto con uno de nuestros folletos en inglés. Con este folleto, en vez de parecer un cabrito religioso tratando de meterle la religión por las narices a un desconocido, me ven como alguien que trata de alegrarle el día.

Hay otra cosa que yo encuentro muy eficaz. Una manera de ganarse la confianza instantánea de los jóvenes es acercarse a un grupo de dos o tres de ellos, y decirles: “¿Ya habéis visto esto?” Entonces muéstreles los folletos de “Una ilusión frustrada”. Con esto podrá captar su atención. Para ganarse su confianza, saque diez monedas de un euro de su bolsillo y pregúnteles (con el dinero en la mano): “¿Cuál es la capital de Inglaterra?” Cuando alguien diga “Londres”, dele un euro. Si no lo saben, pregúnteles por la capital de Francia o de otro país. Después de dos o tres preguntas sencillas (y después de darles los euros pertinentes), dígalos: “¿Quién de vosotros piensa que es una buena persona?” Normalmente alguien va a decir: “Yo soy una buena persona”. Entonces pregúntele: “¿Quieres jugar por veinte euros? Te voy a hacer tres preguntas, y si me demuestras que eres una buena persona, te daré los veinte euros”. Si alguien tiene interés en probarlo, pregúntele su nombre y dígalos: “Bien, Juan. Te haré tres preguntas para ver si eres una buena persona. Primera: ¿Has mentido alguna vez?”

La mayoría de la gente dirá que sí. Si Juan dice que no, presiónelo de la siguiente manera: “¿Nunca has dicho ni siquiera una mentira piadosa?” Cuando haya admitido que sí la ha dicho, pregúntele: ¿Cómo se llama a una persona que miente? La mayoría dirá: “Mentiroso”, mientras otros dirán, “Una persona no muy buena”. Si Juan no quiere ser llamado mentiroso, pregúntele cómo le llamaría a usted si le mintiera. Normalmente la gente admite entonces que una persona que miente se llama mentiroso. Una vez que ha admitido que es mentiroso, pregúntele si alguna vez ha robado algo. Si dice que no, sonría diciéndole que no le crees ya que ha admitido que es un mentiroso. Entonces dígalos: “Adelante, sé honesto. ¿Alguna vez has robado algo en toda tu vida, aunque sea algo pequeño?” Cuando diga que sí, pregúntele cómo se llama una persona que roba. Muy probablemente le dirá: “Ladrón”.

La tercera pregunta: “Jesús dijo: ‘El que mira a una mujer para codiciarla, ya cometió adulterio con ella en su corazón’. ¿Alguna vez has mirado con codicia?” Los hombres normalmente se ríen cuando dicen que sí lo han hecho. Seriamente dígalos: “Juan, de acuerdo a tus propias palabras eres un mentiroso, un ladrón y un adúltero de corazón, y tendrás que enfrentarte con Dios en el día del juicio. Si Dios te juzgara por los Diez Mandamientos en el día del juicio, ¿crees que

serías inocente o culpable?” Si dice: “Culpable”, pregúntele si irá al cielo o al infierno. Si dice: “Al infierno”, pregúntele si eso le preocupa. Si dice: “Al cielo”, pregúntele por qué. Entonces continúe con estos versículos (en paráfrasis): “Todos los mentirosos tendrán su parte en el lago que arde con fuego y azufre” (Apocalipsis 21:8). Este versículo puede parecer duro, pero cítele de todos modos. Es Palabra de Dios, y es poderoso. Cítele también 1Corintios 6:9-10: “No se engañe, ni los fornicarios, ni los idólatras, ni los homosexuales, ni los sodomitas, ni los ladrones, ni los codiciosos ni los borrachos heredarán el reino de Dios”. Esto incluye primero, segundo, séptimo, octavo y décimo mandamientos. También cubre el quinto. Alguien que demuestra ser un ladrón y un mentiroso, también ha deshonrado a sus padres. Todo lo que quiere hacer en este punto, es despertar a la persona a la exigencia de la Ley de Dios y a su situación desesperada frente al juez del universo.

Muéstrele un interés genuino por su destino. Trate de asegurarse que todos sus oyentes (los otros jóvenes) escuchan, y hágales saber que ellos también tendrán que comparecer ante Dios. Dígales: “Dios no quiere que vayáis al infierno. Seguro que vosotros tampoco queréis ir al infierno. ¿Sabéis lo que Él hizo para que no tuvierais que ir ahí?” Entonces, llévelos a la cruz del calvario, enfatizando su necesidad urgente de arrepentirse, y recordándoles que mañana quizá ya no estén aquí.

SU PARTE AL TESTIFICAR

Consuélese en la verdad de que no es usted quien tiene que convencer al pecador de la realidad del día del juicio. Ésa es la labor del Espíritu Santo. Juan 16:8 dice que el Espíritu Santo convencerá al mundo de pecado, de justicia y de juicio. La mente del inconverso no puede entender el juicio de Dios. “El malo, por la altivez de su rostro, no busca a Dios; no hay Dios en ninguno de sus pensamientos. Sus caminos son torcidos en todo tiempo. Tus juicios los tiene muy lejos de su vista” (Salmos 10:4-5). Ciertamente, el Espíritu Santo puede convencer al pecador de su pecado y del juicio. Nosotros no lo podemos hacer. Todo lo que podemos hacer es sembrar la semilla de la verdad. Cuando el pecador se arrepiente y confía en el Salvador, entonces el

Espíritu Santo entra en él para morar en él y sellarle (Juan 14:17; Efesios 1:13).

Tampoco es nuestro trabajo convencer a alguien de la deidad de Jesús. Cuando Pedro identificó a Jesús como el Hijo de Dios, Él le dijo: “Bienaventurado eres, Simón, hijo de Jonás, porque no te lo reveló carne y sangre, sino mi Padre que está en los cielos” (Mateo 16:17). Es Dios quien revela esta gran verdad. Así que deje que Él lo haga.

Tampoco tiene que ser un experto en el debate de la creación. Yo a veces uso este tema para atraer a la gente cuando predico al aire libre, pero raramente sale en una conversación personal. Es algo que casi no les importa a las personas cuando admiten que son mentirosos, ladrones y adúlteros de corazón, y que tienen que enfrentarse con un Dios santo en el día de la ira.

Como mencionaba antes, debemos razonar con el pecador usando la Ley. Nunca menosprecie el poder de razonar sobre la realidad del infierno. Aprenda a usar situaciones extremas que metan a la persona en un dilema moral. Dígales: “Imagínese que alguien abusa de su madre o su hermana y la estrangula. ¿Cree usted que Dios debería castigarle?” Si la persona tiene uso de razón, dirá: “Claro que sí. Tiene sentido”. Entonces pregúntele: “¿Cree usted que Dios debería castigar a los ladrones?” Entonces siga con la misma pregunta sobre los mentirosos y todo lo demás. Dígale que Dios es perfecto, santo y justo, y que castigará todo pecado, hasta toda palabra ociosa, y que su prisión es un lugar llamado infierno.

Llévele siempre a sus pecados personales. No olvide hablarle a su conciencia. “Usted conoce el bien y el mal, Dios le dio una conciencia”. Algunas personas enseñan que sólo hay un infierno temporal (purgatorio), o de una aniquilación total (en la cual el alma deja de existir después de la muerte). Pero la Biblia habla de un castigo eterno y consciente. Si él piensa que esto es algo duro, dígale que sí que lo es.

Si pensamos que el castigo eterno es horrendo, ¿qué deberíamos hacer en cuanto a eso? ¿Mostrarle nuestros puños a Dios? Cada vez que pensamientos tan necios como éste entren en nuestras mentes, debemos ir al pie de la cruz y meditar en el gran amor que Dios tuvo para con

nosotros, el amor que estuvo en Cristo reconciliando al mundo consigo mismo. Entonces deberemos convertir todo nuestro horror en preocupación, y exhortar a los pecadores para que huyan de la ira venidera.

Parece que C. S. Lewis resumió los terrores del infierno al decir: “No hay ninguna otra doctrina que de buena gana yo quitaría del cristianismo que la doctrina del infierno, si pudiera, claro. Pero es evidente que tiene todo el apoyo de las Escrituras y especialmente en las mismas palabras de nuestro Señor. Siempre se ha enseñado por la Iglesia cristiana y también tiene el apoyo de la razón”.

Por eso la Ley es tan maravillosa. Da razón al infierno, y de esa forma da acceso a un corazón que antes estaba cerrado. Pude ver que éste fue el caso después del ataque terrorista del día 11 de septiembre de 2001. No todos los días se puede ver en vivo, en la televisión, como 4.000 personas van a la muerte en un momento. La experiencia despertó a todo el mundo no sólo a su vulnerabilidad, sino también a su propia mortalidad.

UNA OPORTUNIDAD ÚNICA PARA TESTIFICAR

Fue en este ambiente en el que me encontré predicando a cientos de estudiantes universitarios no cristianos. Muchas veces he dicho que una buena sesión de predicación al aire libre puede alcanzar a más personas en treinta minutos que las que una iglesia normal alcanza en un año. Pero también hay algunas desventajas. Es difícil atraer a una multitud, y sobre todo mantenerla. Muchas veces las personas que interrumpen crean confusión. Pero creo haber encontrado algo que puede alcanzar a más gente en treinta minutos que varias sesiones de predicación al aire libre.

En agosto de 2001, fuimos a una gran universidad de la ciudad donde yo crecí (Christchurch, Nueva Zelanda), y hablé con el presidente de la asociación de estudiantes. Dije que iba visitar ese lugar en octubre, y que le daría a cualquier ateo unos honorarios 100 dólares si hablaba durante 25 minutos sobre el tema “Por qué no hay Dios”. Sería un “debate”, pero sin oportunidad de argüir. Primero yo hablaría durante 25 minutos simplemente presentando mi posición sobre la

existencia de Dios, y luego el oponente presentaría su posición y recibiría 100 dólares por su tiempo.

Dijo que sería interesante, pero creía que muy pocos iban a venir a escuchar, ya que la fecha caía en medio de los exámenes. Dije que de todos modos me gustaría probarlo. Al poco tiempo, se me informó que un profesor titular de filosofía había aceptado hacer el debate.

Éste es el anuncio que hizo el presidente de los estudiantes:

Como ahora es tiempo de exámenes, muchos estudiantes van a estar orando por un milagro. Pero, ¿hay alguien que nos escucha?

A esta Universidad UCSA le complace presentar un debate para decidir la teoría de más peso en el mundo.

Por un lado, saludándonos desde el departamento de filosofía de la UCSA, estará el Dr. Paul Studtman, que defenderá el ateísmo.

Por el otro lado tendremos al autor de How to Make an Atheist Backslide (Cómo Hacer Que un Ateo Abandone su Fe), Ray Comfort, abogando la causa del Dios Omnipotente.

Se ofrecen 250.000 dólares para cualquiera que pueda probar científicamente la teoría de la evolución.

Este debate no será transmitido por ningún sistema en red y será exclusivo para las personas que asistan a la Sala Shelley Common (piso alto de la UCSA) el miércoles, 24 de octubre a la 1:00 de la tarde.

Cuando llegué a la sala ese día a las 12:40 de la tarde, había una docena de personas. A las 12:45 había alrededor de cien. A las 13:00, la sala estaba llena con cientos de estudiantes sentados en las butacas sobre el suelo, y de pie en las puertas y en los pasillos. Sin duda querían ver cómo un profesor de filosofía le daba una buena paliza a un cristiano.

Hablé durante 25 minutos. Mi bosquejo a favor de la existencia de Dios era: 1) la evidencia de la creación; 2) la evidencia de la Biblia; y 3) la evidencia de la conciencia. Cuando llegamos a la evidencia de la conciencia, expliqué que si alguien no era cristiano, su conciencia estaba muerta, y que yo la iba a resucitar pasando por los Diez Mandamientos. Les expliqué que no iba a ser una experiencia placentera, sino algo así como verse al espejo recién levantado de la cama, pero que era algo muy necesario para presentar mis argumentos, y les pedí que tuvieran paciencia conmigo. Me dieron permiso para cubrir cada uno de los Diez Mandamientos y, después, el día del juicio, la cruz, la fe y el arrepentimiento.

Entonces el profesor expuso sus ideas. Sus palabras eran tan grandilocuentes y sus oraciones tan largas, que era fácil olvidar el tema que estaba tratando. Francamente, era difícil mantenerse despierto. Después de haber hablado, tuvo que irse, dejándome con cientos de estudiantes no cristianos haciendo preguntas como, por ejemplo, “¿quién hizo a Dios?” (una de mis favoritas).

Durante la presentación, expliqué que la evolución no es científica y que no existía ninguna prueba para esta teoría. Entonces les dije que consultaran la página web www.raycomfort.com y reclamaran la oferta de 250.000 dólares ofrecidos por el Dr. Kent Hovind a cualquier persona capaz de “proveer cualquier prueba científica de la evolución”. Durante el tiempo de preguntas, uno de los estudiantes dijo: “Quisiera saber si alguien *tiene* evidencia científica de la evolución”. Hubo un silencio ensordecedor mientras todos esperaban que alguien dijera que sí que existían esas pruebas. Nadie dijo nada, así que seguimos con la siguiente pregunta.

Un hombre ya mayor (probablemente un profesor) sarcásticamente me preguntó si yo creía en los extranjeritos. Le dije que sí, y que California tenía un problema con ellos sobre todo en la frontera con México. Todos se rieron, y él se sentó.

Les agradecí su atención y aplaudieron con fuerza. Cada uno de los 250 folletos que traje fue recogido de la mesa. La mayoría de ellos eran el folleto “La ciencia confirma la Biblia”, que tapaba la boca de nuestro

escéptico. El profesor estaba contento con sus 100 dólares y yo estaba extasiado.

Esto es algo que todos pueden hacer. Es mucho más fácil que predicar al aire libre. No hay personas que interrumpen, el gentío ya está presente... y nadie trata de pegarte. Es una oportunidad única. No permita que el temor le detenga.

Recuerde que no tiene que debatir o tener un tiempo de preguntas y respuestas. Solamente ore, presente sus pruebas y tenga folletos disponibles. Asegúrese de hablar primero, para no ser tentado a responder a las preguntas de la persona que se opone, distrayéndose así del mandato en sí. Este mandato simplemente es presentar el Evangelio, que “es poder de Dios para salvación”.

Permítame terminar citando a George MacLeod, de Escocia:

“Yo argumento que la cruz debería levantarse en alto, tanto en el centro del mercado como en la torre de la iglesia. Estoy reclamando que Jesús no fue crucificado en una catedral entre dos velas, sino en una cruz entre dos ladrones; sobre el montón de basura de la ciudad; sobre una cruz tan cosmopolita que tuvieron que escribir su título en hebreo, latín y griego; en un lugar donde los cínicos hablan obscenidades, los ladrones maldicen y los soldados apuestan. Porque éste es el lugar donde murió. Ésta es la razón por la que murió. Éste es el lugar donde los hombres y las mujeres de las iglesias deberían estar, lo que deberían estar haciendo”.

Gracias por tener la mente abierta y permitirme compartir mi corazón con usted. Que Dios lo siga bendiciendo y le conceda los deseos más profundos de su corazón, siempre y cuando le agraden a Él.